



# 4759

**EL ABAD.**

**Esta obra es propiedad de sus Editores, quienes perseguirán como furtivos los ejemplares que no lleven la contraseña que tienen adoptada para los suyos.**

# EL CLAD.

NOVELA

ESCRITA EN INGLÉS

MAGISTERIO MASCULINO

POR

MALAGA

**SIR WALTER SCOTT,**

Y

traducida libremente del orijinal ingles  
al castellano

por D. Francisco Alejandro Ferner.

**TOMO II.**

SEVILLA :

Establecimiento Tipográfico, Plaza del Silencio, n.º 23.

1845

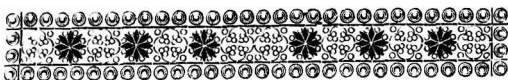
BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6103766280







# EL ABAD.

## CAPITULO I.

---



dejamos á Orlando Græme trotando con nó poca satisfaccion suya, en elséquito de Sir Alberto Glending, y de este modo aliviado de los sérios temores que habia concebido de ser tratado con desprecio por la familia del castillo, si á él regresaba. Antes que me vuelvan á ver, pensaba para sí, mi persona y circunstancias habrán experimentado no pequeña mudanza. En lugar de este jubon verde, llevaré la coraza ó la cota de ma-

lla; y en cambio de mi gorro y pluma, un acerado capacete: y cuando esto sea, osados han de andar ¡vive Dios! los que se atrevan á echar en rostro al hombre de armas, las locuras del paje. Además, que antes de volver pienso con la ayuda de Dios haber hecho alguna hazaña mas digna de causar respeto, que el animar á los perros en persecucion de una cierva, ó el escalar una peña para cojer un nido de halcones.

Lo que le parecia sobremanera extraño era que su abuela, á pesar de sus preocupaciones y católica rijidez, hubiese consentido tan de lijero en que volviese á entrar al servicio del señor de Avenel; y aun era mayor su sorpresa cuando recordaba con cuánta alegría se despidiera de él en la Abadia, sin mas que besar su frente y decirle estas palabras: el Cielo obra su voluntad por medios inescrutables, haciendo que la cumplan aquellos mismos enemigos que se tienen por mas fuertes y sábios. Tú, hijo mio, no olvides que á cada hora y en todas partes, debes hallarte pronto á obedecer á la voz de tu sacrosanta relijion y de tu patria; y ten presente tambien que ningun lazo, ningun afecto terrestre debe entrar en comparacion con la salvacion de tu alma, que es el único objeto

que debe tener el hombre. ¿Supongo que no se habrán borrado aun de tu memoria las facciones y figura de Catalina Seyton?

Quisiera Orlando decir y asegurar bien positivamente que no; pero su lengua parecia pegada al paladar, y no pudo articular palabra: Magdalena sin esperar su respuesta, continuó en estos términos:

¡Cuidado, hijo mio, con no olvidarla! aquí tienes una memoria que cuidarás de entregarla en propia mano tan pronto como te se presente oportuna ocasion para ello; lo que yo espero no tardará.

En esto puso en manos de Orlando un pequeño paquete, recomendándole encarecidamente no lo dejase ver á nadie, sino á la misma Catalina; y de nuevo le recordó (sin necesidad por cierto) que aquella Catalina era la misma doncella que viera la noche anterior en el abandonado monasterio. En seguida le dió su bendicion, y le dejó ir encomendándole al Todo Poderoso.

Habia un no sé qué en los modales y conducta de aquella mujer, que indicaban profundo misterio; pero ni la edad ni el genio de Orlando le inclinaban á gastar mucho tiempo en descifrar el enigma. El placer que le prometiera aquella jornada, absorvia todos

sus pensamientos; y sobre todas cosas, le regocijaba la idea de que se encaminaba á Edimburgo, donde era probable fuese tratado como un hombre y no cual un muchacho como hasta allí. Tambien tenia gran parte en su júbilo, el saber que en aquella capital volveria á ver á Catalina Seyton, cuyos hermosísimos ojos y alegre genio le habian interesado sobremanera. Finalmente, su jóven cabeza anticipaba con delicia aquellas escenas de cortesano esplendor y guerreras aventuras, que los hombres de armas de Sir Alberto contaban á los embelesados criados del castillo, durante las frecuentes visitas que á él hicieran. Escenas y aventuras que excitaban tanto mas la admiracion y envidia de los sirvientes, cuanto que era mayor el contraste que hacian con las diversiones solitarias y la casi monástica reclusion de la fortaleza de Avenel, rodeada por el tranquilo lago y engarzada, por decirlo así, en el centro de sus intransitables montañas. Mi nombre será pronunciado con respeto, decíase á sí mismo el paje, aun cuando para ello fuera necesario hacer el sacrificio de mi existencia; y los provocativos ojos de Catalina habrán de acostumbrarse, mal que les pese, á mirar de otro modo al valeroso soldado, que al paje

jugueton y sin experiencia. En fin, nada faltaba para que su alegría fuese completa, yendo como iba montado en un fogoso caballo, en lugar de andar chapuzando charcos como en los dos días precedentes.

Animado por tan satisfactorias ideas, el buen humor de Orlando era sin límites, y sus carcajadas y alegres dichos superaban de tal modo al ruido que hacían los pies de los caballos, que llamaron la atención del mismo Sir Alberto, quien viera con satisfacción la gracia con que recibía las chanzas que le daban los hombres de armas con motivo de su despedida y regreso al castillo.

¿Sabeis, maese Orlando, le dijo un guerrero, que yo creía que la rama de arrayán de vuestro capacete (1) se había marchitado para siempre?

Nada de eso, contestó el paje; sino que la puso un tanto mística una noche de helada: ya veis que al presente se halla tan lozana como siempre.

Sí, mas tened cuidado, seor paje, repuso otro servidor antiguo y favorito decidor de

---

(1) Haciendo alusión á la rama de arrayán que era el distintivo de la casa de Avenel.

Sir Alberto; ved que esa planta es demasiado grave y fria para que pueda florecer y prosperar en un suelo tan cálido como el de vuestro molde de morrion.

Pues siendo así, contestó el mancebo, por si no pudiere crecer sola, la juntaré con mirtos y laureles, y haré que de tal modo crezcan estos y se acerquen á los nuevos, que quien los vea, olvide de todo punto la humildad de sus raices.

Diciendo esto, metió ambas espuelas á su brioso caballo, y refrenándole al mismo tiempo le hizo levantar de manos y hacer una graciosa corveta. Sir Alberto reparaba en la conducta de su novel soldado, con aquel placer melancólico con que los que han adquirido larga esperiencia en los negocios mundanos y conocen su vanidad, ven á los jóvenes alegres é irreflexivos para quienes la existencia está llena de esperanzas y mentirosas promesas.

Entretanto, Adan Woodcock, habiéndose desembarazado de su ridículo disfraz de Abad, se habia vuelto á poner los atributos de su oficio; su verde gaban, su bolsa para la carne pendiente del costado derecho y una especie de machete del izquierdo: llevaba en la siniestra mano un guante que le llegaba

hasta cerca del codo, y en la cabeza un gorro con su pluma de gallo. Venia tras de la tropa á todo el correr de su jaquilla, y tan luego como á ella llegara entró en plática con Orlando del modo siguiente:

¿Con que, mi buen amigo, os habeis vuelto á poner á la sombra de la rama santa? (1)

Y tambien en estado de pagaros vuestras diez monedas, mi leal camarada, contestó Orlando.

Sí por cierto, replicó el halconero: y en verdad que hace apenas una hora que por poco me las pagais con diez pulgadas de acero. Creo, ¡Dios me perdone! que está escrito en el libro de nuestro destino, que he de catar vuestro puñal que quiera que no.

No hableis de eso, os ruego, dijo el jóven: os aseguro que hubiera mas bien hendido mi pecho que tocar al vuestro: ¿pero quién diablos os habia de conocer con el ridículo vestido que llevábais?

Cierto, contestó el halconero (quien como hemos dicho tenia alta opinion de sí

---

(1) Dícese así, porque se lleva el Domingo de Ramos en lugar de palmas que no se crian en Escocia.

mismo, tanto en calidad de poeta, como en la de farsante ó actor), creo que hice tan bien el papel de Votovas, como el mas pintado que jamás lo hiciera en una fiesta de Carnestolendas: ¿pues dónde me dejais al Abad de la sin razon? Aseguro que el mismo demonio no me conociera cuando se me antoja disfrazarme! Pero lo que deseara saber á fin de no rezarle jamás, es, qué santo fué el que tan inoportunamente nos enviara al caballero Alberto sin mas que para aguar nuestra fiesta? A no ser por él, hubiéraisme oido cantar mi nueva balada con una voz que llegara á veinte leguas. Pero os quiero dar un consejo, maese paje ó lo que seais, y és que en lo sucesivo no andeis tan listo en echar mano de vuestra herramienta; porque ya veis que á no haber sido por el embutido de mi barriga, hubiera cesado de ocupar mi lugar en la Iglesia para irlo á hacer en el cementerio.

Ruégoos que dejemos esa disputa, contestó Græme; puesto que no hemos de tener lugar para concluirla, á causa de que segun las órdenes de mi señor, me encamino directamente á Edimburgo.

Y así es en verdad, contestó Adan; por lo mismo, es probable que tengamos tiempo para concluirla, atendido á que mi señor me



ha nombrado á mí para que os sirva de acompañante y de guia.

¡De veras! y con qué objeto? preguntó el paje.

Cuestion es esa, á la que no puedo responder, dijo Adan; pero lo que sí sabré decir es, que á riesgo de que la carne de los halcones se lave ó quede sin lavar, y aun con gran peligro de que se echen del todo á perder, lo que seria no pequeña desgracia, á Edimburgo voy acompañándoos y sin perderos de vista, hasta que os haya entregado en manos del mismo rejente.

¿Del rejente decis? repuso Orlando con la mayor sorpresa.

Del mismo, por vida mia, contestó el halconero: os aseguro que si no entráis á su servicio, al ménos quedareis en él, como perteneciendo al del caballero de Avenel.

Pues no veo yo con qué derecho, observó el jóven, el caballero de Avenel transfiere de ese modo mis servicios, aun suponiendo que le fueran debidos á él.

Silencio, mancebo, dijo Adan; esa es una cuestion que yo no aconsejaré á ningun amigo ajite, ínterin no haya interpuesto entre su persona y la de su señor feudal, por lo menos cincuenta leguas de mal camino, ó

bien las fronteras de otro reino; y aun así, qué sé yo.

Pero Sir Alberto no es mi señor feudal, dijo el mancebo; ni tiene autoridad para....

Ruégoos, hijo mio, que pongais cortapisa á vuestra lengua, dijo Adan interrumpiéndole: creed que el displacer de mi señor, si llegárais á incurrir en él, seria algo peor que el de mi señora. Nada mas que con tocaros con su dedo pequeño, os haria mas daño que ella con el golpe mas recio que pudiera daros. Y júroos, porque le conozco bien, que es hombre de acero, tan verdadero y puro como el mismo metal, y tan duro y sin piedad tambien. ¿No os acordais del valiente de Capperlaw, á quien hizo ahorcar en su misma puerta, por una mera equivocacion? por un miserable par de bueyes que habia tomado en Escocia, creyendo tomarlos en Inglaterra. Yo queria mucho á aquel muchacho: jamás los barones de Kerr tuvieron hombre mas honrado en sus dominios; y eso que los tienen capaces de servir de modelo á todos cuantos existen á lo largo de las fronteras: hombres que se creyeran deshonrados en cojer menos de veinte vacas á la vez; y que primero se cortaran las manos que volver de un forraje con menos de un centenar de ovejas: en fin,

hombres que saben cumplir con su obligación. Pero ved! su señoría ha hecho alto al pié del puente: apretad el paso y no os durmais que es preciso que nos presentemos á recibir sus últimas órdenes.

Era con efecto, como Adan decia. En la cima de un pequeño repecho que iba á parar al puente, se detuvieron Sir Alberto y toda su escolta hasta que llegaron Orlando y el halconero.

Ya os he dicho Adan, dijo el caballero, á quién habeis de entregar á este jóven. Y vos, mancebo, obedeced pronta y obedientemente las órdenes que os serán comunicadas. Poned un freno á vuestro genio impaciente y vano: sed justo, leal y verdadero; que si así lo hiciéreis hay en vos elementos para alzaros muy superior de lo que al presente sois. Y contad tambien, suponiendo como he dicho y creo, que sereis fiel y honrado, con que la proteccion y valimiento de Avenel, no os han de faltar.

Sin hablar mas palabra, el caballero dejó á Orlando y al halconero en frente del puente que empezaba ya á dibujar su sombra en el rio, y volviendo sobre su izquierda, sin atravesarle, se internó en la cordillera de montañas entre las cuales están situados el lago y castillo de Avenel.

Quedáronse solos los dos como hemos dicho; pero quedó tambien con ellos un establero del caballero, destinado á cuidar de los caballos en el camino, á llevar su equipaje y á servirles en lo que les pudiera ocurrir.

Tan luego como perdieron de vista al caballero y su tropa, Orlando y el halconero llamaron al guardian del puente, para que les abriese.

No quiero abrir la puerta, respondió nuestro antiguo conocido Pedro (1) con voz cascada por la edad y regañona por costumbre. Que seais papistas (2) ó protestantes, todos sois iguales. Los católicos nos amenazaban con el purgatorio y nos pagaban con indulgencias. Los protestantes nos mandan con la espada y nos pagan con libertad de conciencia; pero á buen seguro que haya ninguno que diga: Pedro, ahí tienes para pan. Digoos que estoy muy cansado de esto, y que el puente no ha de abrirse para hombre alguno sobre la tierra, como no me pague adelantado: y ademas, quiero que sepais que

---

(1) Véase el Monasterio.

(2) Católicos.

tanto se me da por Roma como por Lutero, y que en tanto tengo á las predicaciones de los discipulos de este, como á las induljencias del Papa. Aqui no se conoce otro pasaporte sino el dinero ¿me entendéis?

Buen perro sarnoso tenemos aqui, dijo Woodcock á su compañero; y levantando la voz gritó al guardian. Oye, marrullero, Bridgeward, villano, ladrón. ¿Crees por ventura que rehusaremos dar la limosna á tu tocayo S. Pedro, para venírtela á pagar á tí en el puente de Kennakuhair? Abre la puerta á los hombres de armas de Avenel, ó yo te juro por la espada de mi padre, que estaba bien templada, como podrán decirlo no pocas cabezas en el otro mundo, que mi señor te haga saltar en el aire, á tí y á tu torre, con la pequeña culebrina que vamos á traer mañana de Edimburgo.

Oyóle el del puente y respondió entre dientes: El diablo te lleve á tí y á todas las culebrinas, cañones y pedreros, con que se derriban en nuestros dias hasta los muros de cal y canto. ¡Dichosos tiempos aquellos en que los hombres peleaban cuerpo á cuerpo, y en los que á lo mas se disparaba contra las murallas alguna que otra descarga de flechas, que las hacian tanto daño como una

nube de granizo! ¡Pero cómo ha de ser! no conviene dar coces contra el aguijon: y tratando de consolar su disminuida importancia con este antiguo refran, el guarda abrió la puerta y los dejó pasar. A la vista de sus escasos cabellos blancos y á pesar de su cara de mal humor, Orlando iba á darle una limosna, pero le detuvo Adan. No le deis nada, dijo; que pague sus viejos pecados, que yo os aseguro que no son pocos. Además, que no porque el lobo haya perdido sus dientes, se le ha de tratar como á una oveja.

Dejando al guarda del puente lamentar á su sabor la mudanza de los tiempos, que le enviaban soldados dominadores y vasallos insolentes, en lugar de pacíficos peregrinos, y de este modo le reducian á ser el oprimido en lugar del opresor, nuestros viajeros, tan luego como hubieron pasado, tomaron el camino del norte; y Adan que conocia perfectamente toda aquella comarca, propuso á Orlando echasen por un atajo que acortaba considerablemente el camino, pasando por el valle de Glendearg, famoso desde la aventura de la aparicion de la dama blanca. Orlando la sabia de memoria no menos que cuantos comentarios se hicieran acerca de ella; porque en el castillo de Avenel sucedia como en

todas las casas donde hay criados, y es que estos de nada se ocupaban con tanto placer, como de los asuntos privados y particulares de sus amos. Pero mientras que Orlando examinaba con el mayor interés aquellos lugares en que fueran representadas escenas que tenian todos los visos de sobrenaturales, Adan Woodcock solo pensaba en su interrumpida fiesta y en la famosa balada que para ellas habia compuesto, sin que tuviera tiempo de cantarla. Asi es, que para indemnizarse, ibala repitiendo entre dientes por la trijésima vez cuando menos.

A fé mia, Woodcock, dijo el paje; aunque os conozco por hombre de pelo en pecho y que no temeis ni á muertos ni á vivos, juroos que en vuestro lugar no me atreviera á cantar canciones profanas en el valle de Glendearg, suponiendo que creais, lo que se dice que pasara en él no ha muchos años.

Yo me rio de esos espíritus vagamundos, contestó Adan, y los tengo en tanto, como una zorra estima una sarta de perlas. Ademas que desde que los curas y frailes se convirtieran en predicadores reformados, las creencias de nuestros padreshan desaparecido. Algo digo yo de eso en mi balada que no os pesara oir

si me la hubieran dejado acabar: y en esto empezó de nuevo y medio cantó algunos rústicos y desaliñados versos acerca de espíritus, fantasmas y aves nocturnas; añadiendo en seguida: con que Sir Alberto tuviera siquiera bastante juicio para dejarnos llegar á este punto de mi cancion, yo aseguro que d'era una buena carcajada, lo que á buen seguro no todos los dias le sucede.

Si lo que se refiere de su juventud es cierto, contestó el paje, nadie menos que él debiera reirse de semejante materia.

Ya se vé, si ello fuese cierto como vos decis: ¿pero quién nos asegura que lo sea? ademas, esos eran cuentos de brujas que inventaban los frailes, porque con ellos sacaban de las crédulas mujeres no pocos huevos y limosna de toda especie. Mas hoy dia que hemos dejado de adorar imájenes de barro, piedra ó madera, me parece que fuera locura creer en apariciones y vestiglos.

En verdad que vuestro argumento no es muy satisfactorio, contestó el paje. En primer lugar los católicos no adoran como Dioses las figuras de los Santos, sino los que representan, y aun á estos no los adoran, sino que los invocan como intercesores para con Dios; por lo que toca á fantasmas y apariciones no



creo que ni la Iglesia ni la relijion católica prescriban su creencia.

Sí, sí, contestó el halconero, eso es lo que dicen ellos; pero sabe Dios si será cierto. De todos modos nuestros predicadores nos aseguran que no lo es, y nosotros debemos creerlos: mas si os he de decir la verdad, aunque tengo una biblia muy bien cosida en pergamino y á veces cuando llueve ó cuando me siento de mal humor, me pongo á leer en ella, asi entiendo lo que dice como si fuera griego: por lo que creo que no de otro modo la entienden la mayor parte de los de nuestra creencia: siendo mejor á mi ver que asi suceda, porque si al pié de la letra hubieramos de tomar muchas de las cosas que en ella se leen, no habria sino salir á matar filisteos á millares; y á mas, que si filisteos hubieran de ser todos aquellos que oyen misa, ayunan en cuaresma, rezan el rosario ó hacen cosas algo mas dificiles, fuerza seria matar á la mitad del jénero humano, y aun desenterrar á nuestros padres y abuelos que lo hicieran sin condenarse por ello, segun se me alcanza.

Estaba Orlando acostumbrado á considerar su relijion como un secreto, y por tanto á escuchar con paciencia las invectivas que

la dirijian los reformistas, absteniéndose de contestar á ellas, á fin de no dar lugar á una discusion que pudiese acarrear su descubrimiento. Asi que, oyó cuantas sandeces se le ocurrieron á Adan sin responder ni una palabra, dejándole gozar del triunfo que imajinaba haber obtenido, y esperando á que para castigarle, se apareciese algun espíritu ó cosa semejante antes de que saliesen del valle; pero en esto se engañó. Pasaron la noche tranquilamente en una cabaña, y al dia siguiente volvieron á emprender su viaje hácia Edimburgo.

## CAPÍTULO II.



¿Con que ese es Edimburgo? preguntó el jóven paje de Avenel, al llegar á la cima de una eminencia, al sur de la ciudad, desde la cual se descubria completamente la entónces moderna capital.—¡Ese es aquel Edimburgo que tanto nos ponderaran!

Asi es, como vos decís, contestó el halconero: ved alli á Auld Reekie (1). El humo que sale de sus chimeneas, puede verse á mas de diez leguas de distancia, tan fácilmente como el águila ve á la liebre entre la yerba: ved mas allá al famoso riñon de Escocia, del que cada pulsacion se hace sentir desde la orilla del Solway, hasta la bahía de

---

(1) Modo familiar y cariñoso que tienen los escoceses de apellidar á su capital.

**Duncan.** Un tanto á la derecha teneis al castillo de Craigmillar, que yo conocí bien alegre en otros tiempos.

¿No era en él, preguntó el paje en voz baja, dónde la reina tenia su córte?

Asi es la verdad, contestó Adan: entonces era la reina; pero ahora arriesgárais vuestra vida con solo darla ese título. Mas lleve el diablo lo que puedan decir: yo afirmo que hay mas de un buen corazon escoces, que llora las desgracias de esa cuitada señora. Y quiero que sepais, maese Orlando, que era la mujer mas hermosa que jamás vieran mis ojos: ni habia en toda la Escocia una dama que la aventajara, ni aun igualara, en cazar con halcon. Aqui donde me veis, estuve presente á la gran cacería y apuesta que se hizo en la dehesa de Roslin, entre los halcones de Bothwell: (este Bothwell era el mismo demonio para Maria): y el baron de Roslin, el hombre mas intelijente en halcones de toda Escocia. La apuesta era de una pipa de vino del Rhin, con una sortija de oro. Jamas se conociera desafio mejor disputado: viérais allí á la hermosísima reina montada en su blanca hacanea, que bebia los vientos tras los valientes hazores; y oyérais la gritar con voz tan clara y linda como la del mejor cla-

rin, animando á la par que nosotros á los competidores pájaros: regocijaba así mismo el corazón la vista de los engalanados nobles que la rodeaban, entre los cuales se tenía por más dichoso aquel á quien ella distinguía con una palabra ó tan solo con una mirada; arriesgando cada cual por obtenerla, hasta su propia vida, tanto en la carrera, como en los peligrosos saltos de fosos y barrancos. ¡Cómo han variado los tiempos! en el lugar en que ahora se encuentra la pobre señora pocas fiestas tendrá, pocos halcones verá volar! Así pasan la pompa y el placer, como la pelusa del ala de un halcón.

¿Y en qué sitio han confinado á esa pobre reina? volvió á preguntar Orlando interesado vivamente en la suerte de una mujer, cuya hermosura y gracia hicieran impresión hasta en el corazón frío é indiferente de Adán Woodcock.

¿Que en dónde está encarcelada? contestó el honrado Adán; según creo, en un castillo hácia el norte. Aunque no lo sé de fijo, ni vale la pena que uno lo sepa; puesto que de nada sirve el tomar á pecho cosas que uno no puede remediar. Además, que si hubiera sabido hacer buen uso de su poder, mientras que lo tenía, á buen seguro que no

se viera ahora donde se ve. He oido decir que quieren que abdique la corona en esc mocosuelo de rey; porque los grandes no se la quieren confiar otra vez. Nuestro señor amo se ha metido tan de patas en el negocio, como el que mas: y tengo para mí que si la reina volviera á recobrar su autoridad, no habria para qué arrendar la ganancia al amo ni al castillo de Avenel, á menos que el primero hallase medio de capitular con tiempo.

¿Con que decis que la reina Maria está confinada en un castillo del norte? dijo el paje.

Digo que asi lo oyera decir, respondió Adan. En un castillo, al otro lado del gran rio que se descubre allá abajo, que parece un rio sin serlo; puesto que es un brazo de mar, con agua mas amarga que la hiel.

¿Y es posible, dijo el paje, que entre todos sus vasallos no haya ni siquiera uno que se atreva á aventurar su vida por socorrerla?

Seor paje, esa pregunta es algun tanto cosquillosa, contestó Woodcock: y lo que sé deciros es, que si la repetis muy á menudo, correis no poco peligro de veros tambien encerrado en lo alto de una torre como en una jaula, á menos que prefieran daros una

vuelta al pescuezo, á fin de acabar mas pronto. ¿Con que aventurar su vida? Ya se ve, ¡asi se arriesgan las vidas sin mas ni mas! pues qué, ¿no sabeis que el Rejente Murray tiene por ahora el viento en popa, y corre con tanta fuerza que no puede menos de aniquilar á quien quiera que se le oponga al paso? No, no; alli está y alli tiene que quedarse, hasta que el cielo la ponga en libertad; ó euando menos, hasta tanto que su hijo tenga bastantes años para tomar las riendas del gobierno, lo cual, aunque el cielo le dé vida, no sucederá en mucho tiempo. Por lo que hace al rejente, no hay cuidado que la ponga en libertad, pues la conoce sobrado. Y esto quiero deciros en conclusion: vais á parar en derechura á Holyrood, (1) en donde encontrareis muchos cortesanos, que no se ocupan de otra cosa sino de saber noticias y de repetir-las tambien. Cuidad de vuestra lengua, y atá-rosla si me quereis creer: escuchad á todos, pero callaos vos: y si por ventura oyéseis alguna noticia que os agrade mucho, no vayáis á saltar de alegria, antes por el contrario,

---

(1) Antiguo palacio de los monarcas de Escocia, existente aun: en él residió muchos años Cárlos X de Francia, cuando en 1850 fué arrojado de su trono.

permaneced en apariencia lo mas indiferente que podais. Nuestro maesedomo Wingate, que sabe mejor que nadie donde le aprieta el zapato, os aconsejará que cuando oyéreis decir que el rey Coul (1) ha vuelto al mundo, contesteis:—¿De veras ha vuelto? pues no lo sabia.—Y con esto habeis de parecer tan indiferente, como si os hubieran dicho por cosa nueva que ese mismo rey Coul habia muerto y sido enterrado. Mirad bien lo que haceis, Maese Orlando, y ojo alerta, que vais á vivir entre gentes las mas disimuladas y falsas que podais imaginar, y tan perspicaces como un halcon hambriento.

Sobre todo, cuidado con echar mano al puñal, á cada palabrilla que os desagrade; porque hallareis muchas cabezas tan calientes como la vuestra, y habrá sangrias sin receta de maestro ó cirujano.

No temais, que me he de portar como juicioso en adelante, mi buen amigo; dijo Orlando. Pero en nombre del cieio, decidme ¿qué casa es esa á la entrada de la ciudad, que tan hermosa debió ser en otros tiempos,

---

(1) Se dice de *Coul*, en Escocia, como nosotros de *Wamba*.



y que parece estar enteramente arruinada al presente? ¿Ha habido tambien por aqui un Abad de la sin razon que concluyera la diversion quemando la iglesia?

¡Otra vez! os digo jóven que sois mas incorrejible que un potro, y mas variable que una veleta. ¿Con qué diablos de pregunta me venis ahora? Esas cosas se dicen tan pasito, que apenas puedan oirlas los mismos á quienes se dirijen.

Vaya que me vais haciendo creer, replicó Orlando, que para vivir en este pais seria preciso que perdiese uno el uso de la lengua: pero decidme si gustais ¿qué ruinas son esas?

Esas ruinas son las de la Kirk-of-field (1), contestó Adam, en voz sumamente baja, y poniendo un dedo en los lábios, y no me preguntéis nada mas acerca de ellas: basteos saber que en este sitio se cometieron grandes crímenes, y se dió principio á un drama, que probablemente no se concluirá en nuestros dias. ¡Pobre Enrique Darnley! (2) para

---

(1) *Kirk*, palabra escocesa, que equivale á la inglesa *Church*, Iglesia. *Field*, campo; de consiguiente la Iglesia del campo.

(2) Uno de los maridos de Maria Estuardo.

ser tan menguado, os aseguro que entendia perfectamente de halcones: al infeliz le hicieron tambien volar una noche de luna.

Estaba aun la memoria de esta catástrofe tan reciente, que el paje apartó su vista con horror del paraje en que tuviera lugar; mientras que al mismo tiempo recordaba las acusaciones que con aquel motivo se habian hecho á la reina las que no podian menos de embotar en parte la compasion que le inspirara el triste estado en que al presente se veia aquella princesa. Con todo, sintiérase cruélmente ajitado de horror y curiosidad al pisar el teatro donde se representara una tragedia, cuya sola relacion angustiaba el corazon de los escoceses hasta en las mas remotas y solitarias partes del reino.

¡Ahora, sí dijo Orlando, ahora ó nunca puedo esperar ser hombre y tomar parte en esos grandes hechos históricos que los simples habitantes de nuestros lugares se cuentan unos á otros como si fueran obra de seres sobrenaturales! ¡Ahora sabré el por qué el caballero de Avenel lleva su cabeza tan erguida, y trata con tan poca consideracion á los demas barones sus vecinos; y tambien aprenderé como se hace para cambiar el paño burdo y colete de cuero del labrador, por la

túnica bordada de oro y plata del caballero! Dicen que mi sabiduría es harto corta para que servirme pueda de recomendacion: y si es cierto, claro está que el valor ha de suplir su falta: juro, pues, ser hombre entre los hombres, ó cadáver entre los muertos.

De estos sueños de ambicion, su imajinacion pasó rápidamente á los del placer, empezando á formar mil conjeturas acerca de cuándo y cómo volveria á ver á Catalina Seyton, y de qué modo se renovarían sus relaciones con ella. Absorto en estas ideas, no reparó en el tiempo y la distancia, y cuando acordó á volver en sí, se halló en medio de la capital: entónces todo otro sentimiento cedió al del asombro que naturalmente debia causar á un habitante de la aldea la primera entrada en una ciudad populosa, en la que apenas hay un objeto que tenga analogía con los que él viera hasta entónces.

La principal calle de Edimburgo era entónces como lo es en el dia, una de las mas anchas de Europa; lo cual junto con la eleccion extraordinaria de las casas, la variedad de góticos, antepechos, torreones y miradores que las adornaban, hubieran bastado y aun sobrado, para dejar atónito á un hombre de harta mas esperiencia que nuestro

paje. La poblacion, siempre muy considerable en esta capital, pero que entónccs se viera notablemente aumentada por el gran número de señores y nobles del partido del rey, que acudieran á ella con el objeto de hacer su córte al rejenté, circulaba por aquella anchurosa via mas que por otra alguna, y la asemejaba á una colmena. En lugar de las inmensas ventanas magníficamente acristaladas que tienen los almacenes modernos, las tiendas entónccs solo tenian puestos que proyectaban muy afuera de las aceras, y en los que se ofrecian á la vista de los curiosos y compradores, cuantos géneros tenian de venta: y aunque aquellos artefactos comparados con los que en el dia se ven en los elegantes y suntuosos depósitos de Lóndres y Paris, eran del mas ínfimo valor; no obstante la inesperada vista de Orlando Græme creyera ver en los fardos de paños, de lencerías y tapices de Flandes todos los tesoros del mundo reunidos: no menos incalculable le parecia el precio de los muebles y utensilios domésticos que en otros parajes veia, juntamente con pesadas y macizas piezas de plata labrada. Aumentaron no poco su sorpresa las tiendas de los armeros, llenas de toda especie de armas blancas, fabricadas en Escocia.

y de armaduras magníficas de brillante acero que venian de Milan. Finalmente, era tanto y tan interesante lo que llamaba su atencion, que Adam Woodcock tuvo no poco que hacer para reducirle á que continuase su camino, y se alejase de aquella, para él, escena encantada.

No menos escitaba su admiracion el concurso de gente que por la calle andaba: aquí se veía una noble dama con su manto echado, precedida de un escudero que la abria paso, un paje que la llevaba la cola del vestido y una dueña con su libro de oraciones, lo que indicaba que iba á la Iglesia: mas allá paseaba gravemente un grupo de ciudadanos con sus capillas cortas á la española, calzones bombachos atados debajo de la rodilla, jubones con cuello alto en forma de media luna y mangas abiertas y abotonadas por delante; moda á la que los escoceses permanecieron fieles por muchos años despues, como tambien á las gorras con pluma.

Por otra parte víérase caminar con paso medurado y severo continente, alguno de los doctores de la Iglesia reformada prestando oido á varias personas de grave aspecto, que sin duda departian con él sobre asuntos religiosos. Tampoco faltaban corrillos de un carác-

ter enteramente distinto. A cada esquina veia Orlando á algun galan vestido á la francesa, con su jubon acuchillado y puntas del mismo color que el forro: estos llevaban un gran espadon de Toledo á la izquierda y un puñal á la derecha, é iban acompañados de un número de criados mas ó menos considerable, segun el rango y nobleza del dueño, los cuales tenian todos aire militar y determinado. Llevaban espada y una pequeña rodela con una punta de acero en el centro. Sucedió precisamente, cuando el paje iba pasando, que dos caballeros de distincion bien acompañados, se encontraron en el arroyo de la calle, que era entónces (como hoy dia lo son las aceras) el puesto de honor, y por lo mismo se mantenian tenazmente. Los dos gefes eran sin duda de un rango igual, y quizás estaban enemistados por motivos políticos ó de odio feudal; lo cierto es, que lejos de cederse el paso, se adelantaron fiéramente casi hasta tocarse, sin querer ni uno ni otro, desviarse una sola pulgada. Paráronse un instante y se miraron de pies á cabeza: viendo luego que ninguno estaba dispuesto á usar de cortesanía, ambos sacaron las espadas á un tiempo. Sus criados, ó mejor diremos valedores, imitaron su ejemplo: en un momento vié-

ronse relucir al sol mas de dos docenas de hojas, y se oyó el ruido de las cuchilladas, que por la mayor parte eran paradas con los broqueles: entretanto, los hombres de cada partido apellidaban á sus amos pronunciando sus nombres, á guisa de grito de guerra: ¡Leslie, Leslie, decian unos! ¡Seyton, Seyton! gritaban otros; y á esto se añadian las vociferaciones de costumbre; como ¡muerte! ¡muerte! ¡á ellos! ¡á ellos!

Si antes le fuera difícil al halconero hacer andar á Orlando, embebecido ahora con la escaramuza, no habia esfuerzo humano que le hiciera mover. Refrenó su caballo, y encantado de lo que veia, empezó á dar palmadas y gritos, casi tan fuertes como los de los mismos combatientes.

La vocería y el ruido de las armas atrajeron al sitio á algunos caballeros mas con sus valedores y á no pocos escoters, que al oir nombres tan célebres como los de los principales caudillos, tomaron de buen grado parte por uno ú otro, segun que su inclinacion les moviera á hacerlo.

Con esto, arreciaba el combate; y aunque los hombres de espada y rodela hacian mas ruido que daño, repartiéronse no obstante algunas buenas cuchilladas, particularmente

por los que llevaban espadas largas toledanas; cuyos golpes eran mas peligrosos que los de las cortas escocesas; de suerte que hubo heridas de consideracion de una y otra parte. En esto, ya habian caido dos hombres muertos ó mal heridos, y el partido de Seyton que era muy inferior en número al de su contrario (habiéndose unido á este no pocos ciudadanos), empezó á perder terreno; lo cual visto por Orlando, y que el gefe de los Seytons, hombre de noble aspecto que se defendia valientemente aunque acosado y rodeado por los enemigos, no podía hacer mucha resistencia, sin poderse contener dijo á Adan Woodcock: *si eres hombre, ven conmigo á tomar parte por los Seytons*; y sin mas, se arrojó de su caballo, sacó su espada y voló al lado del gefe, gritando como los demás; ¡Seyton! ¡Seyton! ¡muerte! ¡muerte! y á ellós! y á los primeros golpes, hizo morder la tierra al enemigo que mas de cerca oprimia al Lord. Ejecutó todo esto con tal precipitación, que ni siquiera oyó los ruegos y amonestaciones de Adan, que le gritaba no se metiera en una reyerta, en que nada le iba ni venia. No obstante, su socorro vino tan á tiempo, que infundió nuevo aliento al partido mas débil, y le hizo renovar el combate con nuevo ardor. Al fin, cuatro



majistrados de la ciudad, que fácilmente se distinguían por sus capas de terciopelo y sus cadenas de oro, llegaron con una guardia de alabarderos, sobrado acostumbrados á estas revueltas, los cuales terciando las lanzas y alabardas, se metieron sin hablar palabra por entre los combatientes, y en breve los obligaron á cesar la refriega y escapar cada cual por su lado, dejando á los heridos y estropeados tendidos en medio de la calle.

El halconero, que se habia estado arrancando las barbas y mesando los cabellos al ver la locura de su compañero, se acercó entonces á él, llevando su caballo del diestro, y le dijo:—Maese Orlando, maese borrico ó maese demonio: ¿tendréis á bien montar á caballo y seguirme? ¿O preferís quedaros aquí, para que os lleven á la cárcel y os hagan responder de todo este fregado?

Habia emprendido el paje su retirada con los Seytons, como si fuera uno de ellos, pero comprendió por las palabras de Adan que estaba obrando con poca cordura: y así sin replicar, montó lijeramente á caballo, y derribando con una pechada del animal á uno de los ministros de la ciudad que le mandaba parar, empezó á trotar calle arriba seguido de su compañero, de modo que tardó poca

en alejarse del bullicio. A la verdad, escenas por el estilo de la que acabamos de describir, eran tan comunes en Edimburgo por aquellos tiempos, que terminadas que eran, no se hablaba mas de ellas, ni llamaban la atención, á menos que algun personaje de alta categoría quedase muerto ó mal herido; en cuyo caso, sus deudos y amigos esperaban sijilosos la primera ocasion oportuna para vengarle. Sucedia tambien que cuando los partidos eran numerosos y bien armados, las reyertas duraban horas enteras, sin que nadie fuese osado á intervenir y menos la policía de la ciudad, que tenia poca ó ninguna fuerza para ello. No obstante, en la época á que nos referimos, el rejente, que era hombre de mucho carácter, conociendo los infinitos males que no podian menos de resultar de semejantes revueltas, obtuvo de los majistrados que formasen á su costa un cuerpo de tropa, capaz en todas ocasiones de poner término á una riña, cualquiera que fuese el número de los combatientes.

Proseguian el paje y el halconero su camino por la Canon-gate, habiendo acertado el paso de los caballos, tanto para no escitar sospechas, como porque no veian el menor peligro de ser perseguidos. Orlando cami-

naba con la cabeza baja, conociendo que su conducta no habia sido de las mas cuerdas, y en tanto, el halconero le dirijió la palabra en estos términos:

Quisiera me dijéseis una cosa, maese Orlando; y es, si realmente teneis ó no, un diablo en vuestro cuerpo.

En verdad, maese Adan Woodcock, contestó el paje, lo que sé deciros es, que no deseo abrigar en él á semejante compañero.

Si? pues ahora quisiera saber quién demonios hace que siempre esteis enredado en alguna quimera ó sangrienta travesura? ¿Qué teniais vos que ver con esos Seytons y Leslies, cuyos nombres, si no me engaño, jamás habeis oido pronunciar hasta este dia?

En eso os engañais, hermano, dijo Orlando; porque habeis de saber, que yo tenia muy buenas razones para tomar el partido de los Seytons.

Pues señor, vuestras razones deben ser muy secretas por vida mia: porque yo me hubiera atrevido á jurar que jamás conociérais á una sola persona de ese apellido; y por mas que me digais, estoy seguro que el meteros en esa contienda no tuvo otro motivo, sino la maldita mania que os devora, por el choque de las espadas, que tiene para vos

tantos encantos como el de un caldero para una colmena de abejas. Pero quiero que sepáis, señor paje sin seso, que si habeis de sacar vuestra tizona cada vez que veais otra desenvainada en esta calle de High-gate, bien podeis arrojar la vaina para siempre: porque si no me engaño, esa mano que tan pronta teneis y el corazon que la guia, no durarán muchas horas. Con que tomad mi consejo en buena parte y ved lo que mas os conviene.

Os juro, Adan, contestó Orlando, que os estoy de veras agradecido por vuestros consejos, que creo muy prudentes; y á mas, os prometo someterme en un todo á ellos tan estrictamente, como si fuera vuestro aprendiz; de modo que no os hayais de arrepentir jamás de haber sido mi maestro en el nuevo sendero de la vida en que acabo de entrar.

Pues si así lo hiciéreis, nada perdereis, contestó el halconero: y ademas os diré en confianza, que no me pesa el ver en vos algún tanto de audacia (por mas que á veces peque en demasía), porque bien sabeis vos, que se puede enseñar á obedecer á un halcon aunque sea salvaje, mejor que á un pollo que no sabe salir del estiercol. Asi que, en conclusion, de dos defectos, el vuestro es el mejor. Pero ademas de vuestra maldita ma-

nia por riñas y reyertas, teneis tambien el vicio, segun parece seor paje, de escudriñar por bajo el manto de cuantas mujeres veis, de un modo sobrado atrevido y aventurado. No parece sino que á cada paso pensais dar con alguna antigua conocida. Y por Dios, que el que la hallárais, me sorprenderia tanto (sabiendo cuán pocas mujeres habeis conocido en este mundo), como me estrañó el diabólico y profundo interés con que tomásteis la defensa del Lord de Seyton.

Calla, tonto: no hables tan de recio, contestó Orlando: ¿no ves que no quiero sino ver los ojos de estos halcones bajo su caperuza?

Ya, ya, contestó Adam; pero es que esa curiosidad es algo peligrosa, amigo mio: tanto valdria que alargáreis vuestro puño sin el guante, para que viniera á pararse en él un águila. Es preciso que sepais, maese Orlando, que estas palomitas, aunque son muy guapas, no se pueden cazar sino con mucho peligro; porque tienen tantas tretas como una zorra; y ademas, hablando claro: cada una de esas mujeres tiene su marido, ó su galan, ó su hermano, ó su primo, ó cuando menos un apasionado. Pero ¿en qué diablos estais pensando, que así parece que me escuchais co-

mo si yo fuera el Papa? por la Virgen, que no se diria sino que aquella ninfa que camina delante, os ha robado los ojos; y á fé que debe ser una gran bailarina segun es ligero su paso: juro á brios, que un vestido de bolera á la española, la iria tan bien, como los cascabreles de plata á un halcon.

E es un loco, Adan, respondió el mancebo :dígoté, hombre, que no se me dá un cornado ni por la muchacha ni por sus pies; ¡pero, qué diablos: si querrás tú que uno meta sus ojos en el bolsillo para no mirar á nadie!

Nada de eso, dijo Adan; sino que quisiera que escojiérais mejor los objetos á quien mirais. Ya os he dicho que ninguna de las mujeres que se pasean por esta calle, está sin marido, amante ó primos; cuando menos, es seguro que lleva tras sí, un par de jayanes robustos, con espada y rodela, que aunque lo disimulen, se hallan bastante á mano para que uno los tenga encima cuando menos se cate de ello.—¿Otra vez? vamos que me escuchais como quien oye llover.

En verdad que os equivocais, Adan; digoos que os escucho con mucha atencion, contestó Orlando; pero tenedme, os ruego, el caballo un instante: soy con vos en un abrir

y cerrar de ojos. Diciendo esto, antes que el halconero hubiese terminado su sermón, Orlando, con gran maravilla de Adán, le arrojó la brida, saltó de su caballo abajo y echó á correr por una de las callejuelas que desembocau en la calle mayor, tras la misma doncella de quien hablara su compañero, la cual tomara aquella direccion.

¡Santa Maria, Sta. Magdalena, S. Buenaventura, S. Bernabé! exclamó el pobre halconero cuando se halló otra vez solo en medio de la Canon-gate (puerta de los canónigos) y vió al mismo tiempo al paje, que corria como un demente tras de una doncella, á quien en su opinion, jamás habia visto. Por vida del Dios Baco, que esto es capaz de hacerle á uno llamar al mismo demonio, que le lleve á ese maldecido loco y desesperado doncel. Pues estamos frescos: aquí estoy como un pájaro sin plumas que ha perdido su nido, sin poder ir ni atrás ni adelante; y lo que es peor, es que van á matar ó cuando menos á degollar á ese pobre chico; ¿si por ventura pudiese dar con alguien que quisiera tenerme los caballos por un rato? pero sí, búscatelo: buena gentecilla es esta de por acá, para que uno se fie de ellos: no, sino, entregarles la brida, y volvereis á ver las bestias

en el valle de Josafat! ¡Si quisiera Dios que se me apareciera por aquí alguno de los nuestros! por mi santo patrono, que una ramita de arrayan en un gorro ó un capacete, valdria mas en este momento que una presilla de oro: ¿si al menos pudiere dar con uno de los hombres del rejente? ¡pero sí, ahí están ellos!.... y por otra parte, lo que es dejar los caballos á un estraño, no hay que pensar en ello: y con todo, lo peor del caso, es dejar que se meta ese maldito jóven en alguna caverna de asesinos.

Por grande que nos figuremos la angustia del halconero, fuerza es le dejemos en ella, para seguir los pasos del atolondrado mancebo, causa de todos los percances del pobre Adan.

La última parte del sermon de este, habia sido desatendida por el paje, sin reparar en lo mucho que en ello perdia; siendo la causa de tan imperdonable falta de atencion, el haber descubierto en una de las jóvenes que por la calle pasaban, tapada con su manto, una semejanza estremada al talle elegante y paso airoso de Catalina Seyton: de suerte que aunque las palabras de Adan resonaban en sus oidos, su vista y todas sus potencias estaban fijas en el objeto que las



cativara. Al fin, la doncella en el momento de pasar por debajo de uno de los arcos que, como ya dijimos, daban entrada de la Canon-gate á algunas casas y callejuelas vecinas, deseosa sin duda de examinar mejor quién fuera el caballero que con tanta pertinacia la observara, levantó con precaución un lado del manto: y esto fué suficiente para que Orlando pudiese descubrir aquellos ojos azules tan dulces á la par que picaruelos, y aquellas facciones de una belleza sin rival. Fuera de sí el atolondrado jóven, que hasta entonces no reconociera mas ley que la de su propia voluntad, arrojó, como hemos dicho, las riendas de su bridon á Adan, que parecia destinado á ser su caballero, y saltando de la silla de un brinco, corrió como un corzo tras la doncella, metiéndose por debajo del arco ya mencionado, sobre el cual se veia en profundo relieve un gran escudo de armas de piedra sostenido por dos gigantescas zorras tambien de piedra.

Dícese que la imaginacion de las mujeres es fértil por demas; pero la de Catalina en aquel momento no la sujirió mejor expediente que el de apelar á sus pies, esperando con la rapidez de su carrera, poder burlar la curiosidad del paje, de modo que no viese dónde .

entraba. En consecuencia, voló mas bien que atravesó un inmenso patio, decorado en todos sus costados con jarrones de alabastro, entre los cuales veíanse plantados altos cipreses, arrayanes y otros arbustos siempre verdes, que ostentaban silenciosa pompa en frente de un inmenso edificio cuadrado con cinco pisos, y en cada uno grandes hileras de ventanas adornadas con pesados arquitraves, que sostenian escudos de armas y divisas relijiosas.

Tal era el patio que atravesara Catalina con la velocidad de una perseguida cierva, á costa de aquellas hermosas piernas que merecieran la aprobacion hasta del sesudo Adan Woodcock. Fuese derecha á una puerta grande que en el medio de la fachada se veía, y tirando fuertemente de una cadena levantó el picaporte, y en el mismo instante desapareció en lo interior de aquella lúgubre mansion. Mas si ella corria cual una cierva, Orlando la seguia como un jóven sabueso que por la primera vez se ve en libertad de perseguir su presa. Asi fué que no la perdió de vista; siendo de reparar la ventaja que tiene el galan que desea ver, sobre la doncella que quiere ocultarse: ventaja que casi siempre hace inútiles los esfuerzos del sexo débil.

Primero divisó un pliegue de su vestido á volver un ángulo; despues oyó el ruido de sus pasos, aunque tan lijeros, sobre el pavimento del patio, y por fin, vió distintamente su cuerpo en el momento en que desaparecia por la puerta principal.

Orlando, inconsiderado y voluntarioso cual le conocemos, sin esperiencia de los usos del mundo, ni otra idea de la sociedad que la que le proporcionara la lectura de las novelas y romances que habia leído; poseyendo ademas mucho valor personal y decision, no vaciló un instante en irse derecho á la puerta, por dó entrara su ídolo: tiró de la cadena y el picaporte, aunque macizo y pesado, cedió al impulso. Entró sin titubear con la misma precipitacion con que emprendiera la persecucion, y se halló en un inmenso y melancólico vestibulo ó antecámara, al que suministraban escasa luz algunas altas y estrechas ventanas con vidrios pintados, que parecian mas sombrías aun, por los altos muros que rodearan á todo el edificio y patio. Las paredes de aquella espaciosa sala estaban adornadas con un gran número de antiguas armaduras, completamente cubiertas de orin, entre las cuales se veian grandes escudos de armas, cada cual con infinitos cuar-

teles, y tal diversidad de curiosas divisas, que el mas sabio y entendido heraldo tuviera no poco que hacer en descifrarlas; cuanto mas que nuestro héroe ni tenia tiempo ni voluntad para ocuparse en ello. El hecho es que el atrevido paje no tenia ojos sino para mirar á Catalina; la cual creyéndose en seguridad, se había echado en un gran sillón de encina que al otro extremo de la gran sala se hallaba, con el fin de recobrar el aliento que casi habia perdido con la rapidez de la carrera. Empero el ruido que hiciera Orlando al entrar, la volvió en sí al punto, y asi como le vió, levantándose precipitadamente, arrojó un chillido, y tornó á desaparecer por una de las muchas puertas de dos hojas que daban á la antecámara, como al centro de un laberinto. Esta puerta, que Orlando sin curarse de las consecuencias abrió en seguida, daba entrada á una larga y bien alumbrada galeria, hacia cuyo extremo distinguió varias voces y pasos pesados y precipitados, que parecian acercarse al sitio donde él se hallaba. La aproximacion de un peligro que no podia menos de considerar como harto sério, hicieron detener al paje, quien se puso á meditar sobre el partido que debia tomar; en esto que de improviso se abrió una puerta lateral de la

galeria, y vió á Catalina que corria hácia él con tanta ansia, como antes tuviera en huirle.

¿Por qué fatalidad habeis venido aqui? le preguntó: huid, huid, ó sois muerto. Pero ay de mí! ya vienen: ya es imposible la fuga. Decid que habeis venido á preguntar por Lord Seytón.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, salió como una flecha por la misma puerta por donde entrara: y en el mismo instante se abrió estrepitosamente otra de dos hojas, á la estremidad de la galeria, por la cual se precipitaron en ella seis ó siete jóvenes caballeros ricamente vestidos; con la espada en la mano.

¿Quiés es, dijo uno, el atrevido que asi osa penetrar en nuestra casa?

Cortarle en pedazos, dijo otro; y que pague su osadía con la vida: es sin duda algun valedor de los Rothes.

¡No, por Satanás! exclamó otro; es del séquito de ese demonio en figura humana, de ese noble pechero Alberto Glendining, que se abroga insolentemente el titulo de Avenel. Antiguamente era un vasallo de la Iglesia, y ahora es un ladron de la misma.

Asi es, por vida mia, dijo otro: fácil es de conocerle por la rama de arrayan que lle-

va en la gorra: asegurad la puerta, y que su vida nos responda de su insolencia.

Al momento, dos de los jóvenes, sacando las espadas, corrieron á la puerta por donde entrara Orlando, y se quedaron de centinela para impedirle el paso. Los demas se adelantaron hácia él, y le dieron á conocer que la resistencia produciria tan solo una muerte inevitable. Entónces todos á la vez le preguntaron con tono imperioso y desabrido quién era, de dónde venia, cómo se llamaba, y quién le enviara. Este cúmulo de preguntas sirvió de excusa á Orlando para no contestar en el acto, y antes de que hubiese pasado tiempo suficiente para agotar la paciencia de sus enemigos, entró un personaje en la galeria, á cuyo aspecto los jóvenes que tenían rodeado á Orlando, se apartaron y bajaron la punta de sus espadas con el mayor respeto.

Era el recién venido un hombre alto, de noble y severo aspecto, cuyo pelo negro, aunque empezaba á encanecer, no impedía que sus ojos y demas facciones conservasen la vivacidad y fuego de la juventud. Venia en pechos de camisa; y esta, que era de un lienzo muy fino, estaba manchada con sangre en varias partes. Pero llevaba rodeada al cuerpo

una capa escarlata, ricamente forrada con pieles, que suplía la falta del jubon y demas ropa: estaba su cabeza cubierta con un sombrero de copa puntiaguda pero baja; y el ala arremangada por un lado se sostenia con una cádena de oro, que despues de dar muchas vueltas al sombrero, terminaba en una medalla del mismo metal, segun las llevaban los ricos homes de aquellos tiempos.

¿A quién teneis ahí, hijos y parientes mios, dijo el caballero, que así os apiñais á su alrededor? ¿No sabeis que este techo debe ser un sagrado para quien quiera que á él se acoja, ya sea con pacíficas intenciones, ó con francos aunque hostiles designios?

Pero, señor, contestó uno de los jóvenes, este pillo no es sino un espia.

Eso es falso, contestó Orlando atrevidamente: yo no vine aquí sino á preguntar por Mylord Seyton.

Buena apariencia de verdad tiene eso, contestaron sus acusadores, siendo como sois hombre de Glendining.

Paraos, señores, exclamó Lord Seyton: pues como ya lo habrán conocido nuestros lectores, era él mismo; dejad que mire á ese mancebo. ¡Por la Virgen, que es el mismo que no há muchos minutos se puso tan deno-

dadamente á mi lado, cuando algunos de mis pícaros criados parecían tener mas consideracion por sus miserables huesos que por los míos! ¡Atrás! atrás vuelvo á decir, señores, que ese jóven merece honores y consideracion de vuestra parte, en lugar de ese rudo y descortés recibimiento.

Retiráronse todos obedientes al mandato de Lord Seyton: y este tomando á Orlando por la mano, despues de agradecerle afectuosamente el oportuno socorro que le diera, añadió: sin duda, el mismo interés que os indujera á tomar mi defensa en la reyerta, os habrá traído aquí para saber de mi herida.

Orlando hizo una profunda reverencia por via de respuesta, y el caballero añadió: ¿Teneis, mancebo, algo que pedirme, en que yo pueda manifestaros la gratitud que os debo por vuestra valerosa ayuda.

El paje juzgó que el motivo que el mismo Lord asignara á su visita, seria el mas conveniente en aquellas circunstancias; y así, contestó sin titubear; que con efecto no otra causa tuviera su venida, sino la de saber del estado de su herida, puesto que habia creído verle derramar sangre en la contienda.

Un arañazo, querido, nada de momento, contestó el de Seyton: acababa de quitarme



el jubon, á fin que el maestro le aplicara un bálsamo cualquiera, cuando estos jóvenes atolondrados suspendieron la curacion con sus ruidosos clamores.

Con esto, Orlando, cuyos temores de ser tratado como un espía se vieran tan felizmente disipados, y que temia que el buen Adan Woodcok no viéndole volver, viniese á buscarle, y sin querer le enredase en un nuevo dilema, ó bien que cansado de esperar se marchase con los caballos, quiso despedirse. Pero no entraba en las ideas de Lord Seyton el darle tan fácil licencia. Deteneos, jóven, le dijo con suave violencia, y decidme vuestro nombre y cuna. Y no achaqueis á vana curiosidad esta pregunta, puesto que no tiene otro objeto que el de procurar mostrarme cortés y agradecido como conviene á un Seyton; aunque, á deciros verdad, de algun tiempo á esta parte no he tenido muchas ocasiones de poner en práctica ni una ni otra virtud; siendo así que aun mis propios amigos se mostraran harto mas dispuestos á huirme la cara, que á declararse por mí quanto mas los estraños: esto es deciros que la novedad del caso aviva mi deseo de saber quién sois, que aun pudiera dar tal vuelta la rueda de la fortuna, que hasta el mismo Seyton tu-

viera en su mano mostrarse eficazmente agradecido.

Llámome Orlando Græme, señor, contestó el jóven, y hasta ahora he sido paje de Sir Alberto Glendining.

¿No os lo dije yo? exclamó uno de los jóvenes caballeros: á no dudarlo, ese mozo es hechura de aquel hereje, y por su órden ha representado la escena anterior, sin mas objeto que el de captarse vuestra confianza, introduciendo así en vuestra misma casa un espia de su devocion. Harto notorio es que esos sectarios tienen particular saber para instruir á las mujeres y hasta á los niños en las artes de traicion y bastardia.

Si lo que decís se entiende conmigo, contestó Orlando con fuego, os digo que es falso, y os haré retractar vuestras palabras con la espada. No hay un hombre en toda la Escocia capaz de hacerme representar tan infame papel.

Digo que creo, mancebo, cuanto decís. Los golpes que repartierais en la pendencia llevaban demasiada fuerza y buen ánimo, para que fuesen dirigidos contra amigos y confederados. Pero puedo juraros por Dios que nunca esperara ser socorrido por un hombre de Avenel: y asi, quisiera saber ¿qué

causa pudo induciros á socorrerme esponiendo vuestra propia vida?

Os diré, señor, contestó Orlando, que estoy seguro que mi propio amo, hallándose presente, no hubiera permitido ver caer á un valiente caballero en tan desigual combate, sin esponer su vida por salvarlo. Al menos, tal era el importe de las lecciones que nos dieran en el castillo de Avenel, cuando nos esplicaban las leyes de la caballería y del honor.

¡Y en verdad, jóven, que aquella buena simiente cayera en fértil tierra! dijo Lord Seyton. Pero yo os puedo asegurar que si poneis en práctica tan generosos principios en estos dias de deshonra que alcanzamos, en los que no hay otra razon sino la fuerza, vuestra vida, mi valiente amigo, será de corta duracion.

Séalo en hora buena; mas mientras dure, la quiero honrar, contestó Orlando: y ahora dadme, señor, vuestro permiso para retirarme: mi compañero me espera en la calle con el caballo, y sin duda estará inquieto de mi larga ausencia.

Libre sois, jóven, de ir á uniros con él; pero antes aceptad esta cadena y medalla, dijo el Lord Seyton (quitándola de su som-

brero) como una lijera prueba de mi aprecio y gratitud.

Orlando recibió el don del ilustre señor con noble orgullo, é inmediatamente le colocó al rededor de su gorra, del modo que habia reparado la llevaban algunos galanes de la córte. En seguida pidió de nuevo besar la mano de Lord Seyton, y se retiró.

A poco llegó al paraje en que le esperaba Woodcock, precisamente en el momento en que este, cansado de aguardar é inquieto por demas, se habia decidido á dejar los caballos á merced de quien quisiera recojerlos y salir en busca de su atolondrado compañero. ¿Con quién demonios te las has habido, cabeza de golondrina? exclamó en tono refunfuñon, así que vió al paje, cuyo aire anunciaba haber sufrido alguna reciente ajitacion.

Ruégote, buen Adan, que no me hagas pregunta alguna, le contestó Orlando, saltando alegremente en la silla; bástete ver, añadió, cuán corto tiempo es necesario para ganar una rica cadena de oro, enseñándole la que llevaba en la gorra.

No permita Dios, contestó el halconero abriendo tamaños ojos, que la hayas robado ó arrancado de fuerza al que la tenia; aunque lléveme el diablo si comprendo como

podiera venir á tus manos de otro modo. De mí sé decir, que he estado no pocas veces en Edimburgo, sí, y por meses enteros, sin que nadie haya pensado en regalarme medallas ni menos cadenas de oro.

Pues ya ves, que lo que tú no hicieras en meses enteros, como dices, yo lo he hecho en pocas horas. Por lo demas, tranquiliza tu conciencia, amigo halconero, que esta cadena y medalla que ves, fué ganada con honra, y conferida con buena y franca voluntad: por tanto, ni ha sido robada, ni menos quitada á la fuerza.

Llévete el diablo á tí y á tu fanfarrona (1), replicó Adan. Empiezo á creer que ni el agua te ha de ahogar, ni el cáñamo ahorcar. Cesaste de ser el paje de mi señora, y te volviste escudero del señor: y ahora, sin mas que por haber seguido como un cachorro á una jóven doncella y haber entrado desvergonzadamente en alguna casa grande, hete ahí con una cadena de oro, cuando otro en tu lugar solo hubiera recibido en pago de su

---

(1) Asi se llamaban las cadenas de oro que se estimaba llevar en aquellos tiempos en los gorros y sombreros, siglo de Felipe II.

atrevimiento una buena paliza, cuando no una puñalada en el corazon. Pero hénos aqui delante de la antigua Abadía: si tu buena suerte te acompaña, despues de haber pasado sus umbrales, puedes contar con no ser el hombre mas pobre de Escocia.

En esto detuvieron los caballos, pues habian llegado al gótico portalon de la Abadía, ó si se quiere palacio de Holyrood, que se halla á la estremidad de la calle, por donde habian venido: mas allá del oscuro y melancólico pórtico, se veia un inmenso patio cuadrado, rodeado de edificios monásticos, uno de los cuales aun existe y hace parte del palacio construido por Cárlos I.

Apeáronse Orlando y el halconero, y entregaron sus bridones á uno de los criados que en el se hallaban: no sin que el segundo hubiese mandado con aire de autoridad que los condujeran á las caballerizas y los tratasen con el mayor esmero; añadiendo, somos de la comitiva del caballero de Avenel.—Escucha, dijo al oido de Orlando; en este sitio á cada uno le dan lo que exige y nada mas; con que asi es preciso que nuestra conducta dé muestras de lo que somos; puesto que la modestia, en lugar de virtud es un vicio en el palacio de los reyes; asi pues,

cálate el gorro y marchemos adelante, que paso se da al que paso pide.

Diciendo esto, el halconero tomó un aire de importancia tal; cual juzgó convenia á la nobleza y valor de su amo, y dando del codo á derecha é izquierda, entró en el gran patio de Holyrood,

## CAPÍTULO III.

---

**A**l entrar en el patio, el mancebo se paró de repente, y rogó á Woodcock le permitiese un momento de espera; tú no te haces cargo, amigo Adan, le dijo, de que nunca pisé estos umbrales hasta hoy; déjame respirar. ¡Con que este es el sitio tan célebre, donde se reune la flor y nata de los caballeros de Escocia! de los fuertes en las armas; de los sábios en el consejo! este en fin es Holyrood!

Asi es, como dices, buen Orlando, contestó Woodcock; pero por ahora, lo que yo quisiera seria poderte vendar los ojos como á un halcon; puesto que tu modo de mirar, solo es propio para acarrear una pendencia, ó tal vez, como el diablo parece estar de tu parte, alguna nueva fanfarrona, semejante á la que ya llevas en el bonete. Dos velas ofrezco á la Vírjen, por tal que me permita



entregarte al rejente, sin que te suceda algún percance.

Nada de extraño tuviera el asombro de Orlando al hallarse por la primera vez de su vida en la antesala de un palacio, ocupada por una porcion de grupos de gente de todas clases, tan variados por sus fisonomías y porte, como por sus vestidos. Veiase aqui al profundo politico, fácil de conocer por su aire macilento, pero altivo; su capa forrada de armiño y sus zapatos negros con rosetas del mismo color: mas allá, se paseaba con aire fanfarron un soldado vestido de gamuza y hierro; arrastrando ruidosamente su tizona por las losas del pavimento; retorciendo su largo bigote, y mirando á cuantos á su lado pasaran con ojos de perdona vidas, aunque quizás fuera de alli, y en paraje donde se pudiera poner á prueba su valor, no fuera hombre de hacer bueno su ademan altivo: por otro lado, pasara el criado de ún grande, muy satisfecho de su persona, y pronto á derramar la sangre de su prójimo á la menor indicacion de su señor; humilde con este y con los iguales de este; pero insolente en sumo grado para con todos los demas. Viérase tambien al pobre pretendiente, de porte cobarde y raidos vestidos. El

Ujier, hinchado con su momentánea autoridad, empujando á los que valian mas que él, y que quizás fueran sus bienhechores: el orgulloso pastor protestante, que solicitaba mas pingüe beneficio: el soberbio baron que reclamaba las tierras de algun suprimido convento: el castellano ladron, que venia á solicitar su indulto por los males que hiciera sufrir á sus semejantes, favorecido hasta alli, por la impunidad que proporcionaban las revueltas del pais: el hijo-dalgo, que pedia venganza contra los que le habian saqueado su casa, como si estos no hicieran parte del séquito de los mismos á quienes la pedia. Añadiase á la confusion que tan diversos personajes no podian menos de ocasionar, la no menor de formar y relevar las guardias, mudar y colocar los centinelas, la salida de correos; la llegada de otros; el relinchar de los caballos; el reflejar de las armas; el crujir de las sedas y el ruido de numerosas espuelas. Era en fin aquella una escena, en la que el ojo de la juventud vé cuanto puede encerrar el mundo de lujo y valentía; mientras que el del hombre experimentado que penetra al través de la agradable apariencia no vé sino lo que es dudoso, engañoso, falso y despreciable en todos conceptos. Esperanzas que

nunca deben realizarse: promesas que jamás pueden tener efecto: el orgullo disfrazado de humildad, y la insolencia só la capa de la bondad franca y generosa.

Cansado sobremanera el halconero de la inagotable curiosidad del paje, y temeroso ademas de que sus indiscretas miradas atrajesen de un modo desagradable la atencion de los suspicaces cortesanos, estaba á punto de hacerle andar á empujones si de otro modo no podia, cuando reparó en que él mismo habia escitado muy particularmente la curiosidad de uno de los criados que por alli andaban, el cual llevaba un gorro de un verde oscuro, con pluma y capa del mismo color, adornada esta con seis anchos galones de plata, y forrada con tela de seda de color de violeta entretejida con plata. Miróle Adan con atencion, y ambos á la par exclamaron: ¡es posible! ¿Adan Woodcock en la córte?— ¡Qué veo! Miguel Ventisca, ¿cómo va la famosa galga?

No tan lijera como cuando tú la conociste, mi amigo; los años, como á nosotros, no han aventajado sus fuerzas. Ya van para ocho, mi buen Adan, que la vieras, y un perro no puede ser eterno; pero la conservamos y cuidamos á causa de la raza, y por esto vive aun.

¿Pero qué es lo que estais mirando, parados de ese modo, como si vuestros pies hubiesen echado raices? Pues ved que Su Gracia os espera, y ha preguntado por vos.

¿Cómo, Su Gracia? ¿Nada menos que Su Gracia el rejente del reino ha preguntado por mí? exclamó Woodcock estasiado de vanidad.... Corramos, corramos á besar la mano de S. G. Pero sí, ya caigo: sin duda S. G. se acuerda de la famosa cacería de Carnwathmoor; no puede ser menos. Apuesto á que no ha olvidado mi famoso halcon, que venció á los de la isla de Man, y que le hizo á S. G. ganar una apuesta de cien escudos contra aquel baron del Sur; que llaman, si mal no recuerdo, Stanley.

Siento haber de desengañarte, mi amigo Adan: pero el hecho es que S. G. no se acuerda en lo mas mínimo ni de tí ni de tú halcon. Desde que te viera entónces, ha tenido que remontar su vuelo tan alto, para alcanzar como ha alcanzado á su presa, que su memoria no puede descender ahora hasta tan bajo. Pero ven conmigo, que yo te llevaré á paraje mas retirado en el que podamos conversar con otra seguridad que en este sitio; puesto que quiero darte pruebas de que no he olvidado nuestra antigua amistad.

Ya estoy, contestó Adan, eso quiere decir que vamos á apurar una botella ; pues, amigo, aquí me tienes: pero antes, es preciso que vea cómo deajo á ese cachorro donde no haya doncellas que perseguir, ni hombres á quién apalea.

¡Ola! ¿con que el mancebo es de chapa?

¡Que si lo es! bien lo puedes jurar: es hombre que hace á dos manos.

Pues siendo así, lo mejor será que venga en nuestra compañía; tanto mas, cuanto que no es posible que en este momento corramos una frasca en regla, sino que quisiera humedecerme el gaznate, y supongo que á tí no te vendrá muy mal tampoco, siquiera para limpiarlo del polvo del camino. Antes que veas á S. G. quiero me digas lo que pasa por Kennakuhair, y yo te diré en pago el viento que corre por estas alturas.

Mientras esto decia, se encaminaba seguido de Orlando y el halconero hácia una puertecita baja que daba entrada á otro patio: tomó luego por varios estrechos y oscuros pasadizos, con la seguridad de un hombre que conocia perfectamente todas las secretas entradas y salidas de aquella morada, y por fin llegaron á un cuartito esterado donde les hizo entrar. Apenas se hubieron sentado, les

presentó pan y queso con un gran jarro de espumosa cerveza, á cuyo frugal desayuno hicieron ámplio honor los caminantes.

No temais, dijo su hospitalario huesped, volviendo á llenar el jarro que dejaran tiritando sus amigos á la primera embestida, bebed cuanto gustéis, que yo conozco bien el camino de la bodega. Y ahora, oid y no echeis en saco roto lo que voy á deciros. Esta mañana el conde de Morton, vino á ver á S. G. mi amo, y traia un humor de perro.

¡Ola! ¿con que han conservado su antigua amistad? observó Adan.

Por supuesto, contestó Miguel: ¿no sabeis que una mano rasca á la otra y ambas la cabeza? Pero, en fin, esta mañana estaba Milord Morton endemoniadamente fuera de quicio; y os aseguro, que cuando esto le acontece, no parece criatura humana á fé mia. Y asi dijo á S. G.: yo lo oí porque me hallaba en la cámara, recibiendo órdenes acerca de unos halcones que se han de traer de Darnoway; los que, entre paréntesis, son mejores que los tuyos, Adan. Eso lo creeré yo cuando los vea volar, contestó Woodcock. Pues señor vamos al caso, continuó Miguel: estaba, como he dicho, muy descompuesto Milord Morton, y preguntó sin ningun preámbulo á S. G. el

rejente, si le parecia que debia estar contento, cuando habiéndosele prometido á su hermano las posesiones de Kennakuhair con todas sus temporalidades, erijidas en Baronía, acababa de saber á ciencia cierta, que aquellos insolentes frailes habian tenido la audacia de elejir recientemente un nuevo Abad, con el objeto, sin duda, de interponerse entre su hermano y los Estados: y ademas, que la canalla de las cercanías tuviera el atrevimiento de quemar y destruir cuanto quedaba en la Abadía, añadiendo: de esta suerte, mi hermano se hallará sin casa en que habitar, luego que haya arrojado del convento á esos perezosos frailes, que, gracias á vuestra incomprensible indolencia, le ocupan aun.. Éntonces mi amo, que le vió sériamente enojado, le dijo con dulzura: en verdad, Douglas, que las noticias que traeis, son por mi fé, desagradables; mas confio aun, en que no serán exactas: y afirmo-me en este creer, puesto que Alberto Glendining salió ayer mismo en direccion á esas partes con unas cuantas lanzas, y á ser cierto que los frailes fuesen asaz osados para elejir un nuevo superior, ó los villanos bastante mal aconsejados para quemar la Abadía, como vos decis, no hay que dudar en que Glendining, ademas de haber castigado en el acto á unos

y otros, hubiera despachado un mensajero, para darnos aviso de la ocurrencia. Entónces el Lord de Morton replicó.... y entendido, dijo Miguel interrumpiendo su narracion y dirigiendo la palabra al halconero; que os digo todo esto, Adan, porque os quiero á vos y á vuestro señor, á quien debo algunos beneficios, y aun se los puedo deber, y porque no puedo tragar á ese de Morton; y en verdad, que muchos se me parecen en esto; todos le temen mas que le quieren. Ya veis, pues, que fuera una mala partida en vos, si me hiciérais traicion.... Con que ahora, como iba diciendo, el conde contestó á S. G. : que V. G. tenga cuidado y vea, cómo dá su confianza á ese Glendining; y no olvide que su sangre es plebeya, y que esta nunca fué fiel á los nobles. Os juro, Adan, por S. Andres bendito, que estas fueron sus mismisimas palabras; y añadió tambien: V. G. no sabe, ó pretende ignorar, que ese Glendining tiene un hermano fraile en la misma Abadia, que es quien le dirige y le aconseja en un todo; y ademas, constame que está procurando estrechar sus relaciones con los Buccleuch y los Fernicherst de las fronteras, decididos partidarios de Maria: de suerte que á la menor probabilidad de una revuelta, no hay que dudar que hace



causa comun con ellos. Entónces S. G., mi señor, con la nobleza que le es propia, contestó: Callad, Milord de Morton, y ved que salgo yo garante de la buena fé de Glending; y en cuanto á su hermano, es un visionario que solo piensa en la misa y el breviario.

En conclusion, si asi fuera que lo que decis sea cierto, espero recibir de Sir Eduardo la capucha de un fraile ahorcado, y la cabeza de uno de los villanos amotinados, en prueba de que ha hecho sumaria y merecida justicia. Con esto Milord de Morton salió del palacio, no muy satisfecho á mi modo de ver.

De ayer acá, S. G. me ha preguntado repetidas veces si no habia llegado ningun mensajero de Avenel. Os he dicho todo esto en confianza, á fin que acomodeis vuestras palabras á las circunstancias; porque soy de parecer, que si es cierto lo que dijera el Lord Morton y vuestro amo no ha tomado venganza, la satisfaccion que S. G. tenga en veros, será menguada.

No obstante la natural osadía de Adan Woodcock, que aumentara considerablemente la potente cerveza que habia bebido en abundancia, las nuevas que su amigo Miguel le acababa de dar; alteraron no poco su

fisonomía: y así con voz algún tanto temblorosa, preguntó á su amigo: ¿qué deciais que ese malcarado Morton dijera á S. G., acerca de la cabeza de un villano?

No, no fué Lord Morton, contestó Ventisca, sino S. G. quien dijo; que si tal habia sucedido, no dudaba de que Sir Alberto le mandaria la cabeza del villano que hubiera hecho de gefe de los alborotadores.

¡Ya! ¿y os parece á vos que semejantes inhumanos pensamientos sean dignos de un buen protestante y de un señor de nuestra santa congregacion? Pues á fé que cuando nosotros destruíamos los conventos en Fife y Perthshire, nos llamaban sus amigos y sus queridos.

Así es verdad; pero reparad, buen Adán, que entónces Roma levantaba aun la cabeza en el reino; y estos grandes señores no tenían otro deseo, sino de que no hallase donde recostarla cuando quisiese descansar. Pero ahora que los frailes y los curas han desaparecido, y que sus casas y tierras son el patrimonio de nuestros ricos-hombres, estos no están porque sea un acto meritorio en nosotros, ni menos que sea contribuir á la obra de la reforma el destruir aquellas casas que la mutacion de los tiempos ha convertido de asilos relijiosos

que antes fueran, en palacios de celosos y acérrimos protestantes.

Pero cuando os digo, Miguel, que nadie ha destruido á Santa María! contestó Woodcock, cuya agitacion aumentara por momentos: á la verdad, se rompieron algunas ventanas pintadas (es decir, creo que se rompieron) con santos y otros emblemas del Papa, que ningun noble protestante podia permitir en su casa, y aun me parece que tambien se hicieron pedazos algunas imágenes de las que tenian los frailes: ¿pero qué tenemos? todas estas cosas, como vos sabeis, tienen que ser destruidas. Mas por lo que toca á fuego, os juro como soy, que ni aun encendimos una mala vela siquiera; pues no llegó el caso de que el dragon encendiese la pajuela que llevaba preparada para prender las estopas con que debia arrojar llamas contra San Jorje: ¡vaya! ¡bonito soy yo para permitir semejantes desmanes!

¡Hombre de Dios! ¿qué es lo que estás diciendo? exclamó Santiago: ¿tú te has vuelto loco, ó estás burlándote de mí con decirme que tuviste parte en esa desgraciada empresa? No permita Dios que así fuese; pues te juro por quien soy que á serlo, S. G. el rejen-te haria venir de Halifax una doncella la cual

te echara los brazos al cuello con tanto ardor, que tu cabeza se quedara en ellos.

Tú sí que estás disparatando, contestó Adan; que no comprendió quién era la dama de quien hablaba su amigo; ¿no ves que soy demasiado viejo para que las doncellas ó las que no lo son, me trastornen la cabeza? Eso se queda para S. G. que es capaz de andar cien leguas por una bonita chica; pero para eso ¿qué diablos de necesidad tiene de ir á buscar una doncella á Halifax? ¿ni qué tiene ella que ver con mi cabeza?

¡No es nada lo del ojo y lo llevaba en la mano! contestó Miguel: has de saber amigo Adan, que la hija de Herodes que fué causa de tantos males por solo haber enseñado su bonita pierna, era una santa en comparacion de la doncella de Morton, la cual así rebana las cabezas como si fueran de vizcocho. Hombre, la doncella del rejente es el hacha del verdugo; pero un hacha que no necesita de ningun brazo humano que la mueva; porque á merced de cierta máquina, se descarga de sí misma con una fuerza que cortaria en dos mitades, una culebrina, cuanto mas el pescuezo de un hombre (1).

---

(1) Llamábase la doncella de Morton, una especie de

¡Brava invencion por mi vida! exclamó Woodcock, santiguándose sin repararlo: ¡El cielo nos libre de ella!

El paje, que no atinaba cuando concluirían su plática los dos antiguos camaradas; y á quien por otra parte, lo que habia oido inspirara sérios temores por la seguridad del Abad, les interrumpió sin ceremonia diciendo:

Soy de parecer Adan, que ya debias haber entregado la carta de nuestro amo á S. G. porque en ella á no dudarlo, se hará relacion de cuanto ha pasado en Kennakuhair, del modo que mas propio sea para vindicar á cuantos tomaran parte en aquellas escenas.

Digo, que el mancebo tiene mucha razon, observó Miguel Ventisca; tanto mas, cuanto que mi amo espera esas noticias con la mayor impaciencia.

Sí, sí; este jóven tiene sobrado conocimiento para saber dónde le aprieta el zapato, contestó Adan (sacando la carta de Sir Alberto, dirigida á S. G. el Lord de

---

guillotina que trajo de Halifax; siendo él el primero en quien se ensayara. Estraña coincidencia, con Mr. Guillotin, inventor de la guillotina, al cual le sucedió lo propio.

Murray, de su bolsón de halconero); pero á fé que en cuanto á eso, yo tampoco soy ningún manco: con que así, maese Orlando, ruegos que presentéis vos mismo este papel al rejente; un jóven y apuesto paje como vos, es mas á propósito para entrar en su soberana presencia, que no un viejo halconero como yo.

Por Dios, que digo que teneis razon mi agudo amigo, dijo Miguel; pero maravillame, que tan pronto se os pasara esa gran gana que teniais de ver á S. G.: á mi ver lo que quereis es que el mancebo salte la zanja en vuestro lugar, por si fueren mal dadas; ¿no es así? O quizás como eres tan concienzudo, crees que es mas conveniente que la doncella abrace su juvenil cabeza, en lugar de la tuya cana y calva.

Calla tú, mentecato, contestó Adán; quieres echarla de gracioso, y no sabes lo que te pescas. Dígote que el mancebo nada tiene que temer, puesto que no tomó parte en la farsa: y aquí para entre los dos, te juro que fué una valiente carnavalada: ¡jamás se viera otra igual! Figúrate, que yo mismo habia compuesto unas coplas que les hubieran hecho morir de risa á todos, si me las dejaran acabar. Pero no hablemos mas en esto, que el que

se acerca demasiado al fuego se quema. Dígote que lleves al jóven á presencia de S. G. que yo me quedaré aqui entretanto con la brida en la mano, como suele decirse, y pronto á envañar los azicates en los hijares de mi caballo, si el halcon dirige su vuelo hácia mí. ¡No, si no dejarse cojer! como el rejente tenga malas intenciones, yo te juro por todos los santos del calendario romano, que he de poner tanta tierra entre su persona y la mia, que no me ha de poder agarrar por muy largos que tenga los brazos.

Pues siendo asi, seguidme, mancebo, dijo Miguel; y dejemos aqui á mi prudente camarada, que tan bien sabe cómo ponerse á cubierto detras de un amigo, cuando lo ha de menester.

Diciendo estas palabras, salió seguido del paje, y despues de haber atravesado un laberinto de estrechos pasadizos y callejones, llegaron á una espaciosa y magnífica escalera de marmol, cuyos escalones eran tan anchos al par que tan poco elevados, que hacian la subida en extremo suave y cómoda. Luego que hubieron subido á la altura del primer piso, Miguel torció á un lado, y empujando una puertecita baja y estrecha, entró con el jóven en una antecámara triste y sombría, de

tal manera, que en poco estuvo que el paje se rompiera las narices, tropezando en un escalon bajo, que muy mal colocado se hallaba á la entrada.

Cuidado, señor paje, dijo Ventisca en voz muy baja, y no sin mirar antes á su alrededor, para ver si habia alguien en la estancia que oirle pudiera. Cuidado, repitió; y sabed que los que tropiezan en estas tablas, rara vez vuelven á levantarse. ¿Veis eso? añadió, bajando aun mas la voz, y señalando hácia unas manchas rojizas que se distinguian en el suelo, merced á un rayo de luz que penetrara por una rendija de la pared. ¿Lo veis? pues eso significa que sentéis bien el pié al andar por estas estancias, y no olvideis, que otros cayeran en ellas, los que, como ya os dije, nunca se volvieron á levantar.

¿Qué quereis decir con eso? respondió el paje, herizándosele los cabellos sin saber por qué ¿es sangre eso?

Sangre es, contestó su guia, siempre bajando la voz y empujándole hácia adelante; ¿es sangre derramada infame y cruelmente, y vengada tambien con horrible atrocidad! es la sangre del infeliz David Rizzio (1). Pero ade-

---

(1) Músico ó Trovador; uno de los amantes de la



lante, adelante; que no es este sitio ni lugar á propósito para tal conversacion.

Angustióse el corazon de Orlando, al verse tan inopinadamente en el mismo sitio en que se cometiera el espantoso asesinato de David, cuya catástrofe aun en aquella edad de ruda y cruel barbárie, llenara á todos de horror; y que fuera ademas asunto general de asombro y compasion en todos los castillos, ciudades y aun cabañas de Escocia, sin esceptuar los habitantes de Avenel. Pero su guia no le diera lugar á mas largas reflexiones, sino que le llevó por el brazo hácia adelante, como si creyera haber gastado ya demasiado tiempo en un asunto sobrado peligroso. Habiendo llegado á una puertecita casi oculta en la pared, llamó Miguel muy de quedo, y al punto fué abierta por un ujier, á quien aquel encargó pasase recado á S. G. de que un paje de Avenel, que traia despachos de importancia, esperaba sus órdenes.

En este momento está para terminarse

---

bella Maria: dícese que las manchas de sangre son aun visibles en el sitio en que se cometiera el asesinato. Pero el autor de esta nota, aunque ha visitado la estancia, no las ha visto. Lo mismo se cuenta de la de los Abencerajes, en el patio de los Leones de la Alhambra en Granada.

el Consejo, contestó el ujier; pero dadme acá los despachos; y en cuanto al paje que espere, pues supongo no tardará en ser recibido por S. G.

Es fuerza, señor ujier, que yo en persona tenga la honra de poner los despachos en manos de S. G., contestó el paje, puesto que tales son las órdenes que traigo de mi amo.

Miróle el ujier de pies á cabeza, como asombrado de su atrevimiento; y en seguida dijo con alguna aspereza: ¿con que así ha de ser, señor mio? ¡Paréceme que cantais bien de recio para no ser aun sino un pollo, y mas saliendo de tan humilde estercolar!

A estar en otro lugar, contestó Orlando, yo os hiciera ver, que sóy algo mas que un pollo, y que puedo cantar tan alto como muchos gallos; pero cumplid con vuestro deber, y haced saber á S. G. que aguardo su buen placer.

En verdad, hermano, que es sobrada vuestra desvergüenza, en querer enseñarme mi deber, dijo el digno portero; mas nada importa: tiempo llegará en que yo os haga conocer que ignorais de todo punto el vuestro; y entretanto esperad con paciencia, hasta que se os haya menester, con lo cual dió á Orlando con la puerta en las narices.

Miguel Ventisca, que mientras durara el altercado del paje con el ujier, se habia echado á un lado, siguiendo la política de los palacios, que consiste en no comprometerse jamás por otro aun cuando fuera un padre ó un hermano, se atrevió por fin á acercarse al paje, y le dijo: atrevido andais, mancebo, y si así fuere que os acude la fortuna, podreis en poco cantar tan alto como el que mas. Ahora veo que mi viejo Adan tenia razon en lo que de vos decia; pero estad sobre aviso, y ved que os lo repito, si tropezais y caeis, es muy probable que no os volvais á levantar. Apenas há veinte minutos que os hallais en la córte, y tal ha sido vuestra maña, que os habeis hecho un enemigo mortal del primer ujier de la cámara del Consejo. Casi casi os valiera mas haberos malquistado con el gefe de la repostería, que fuera lo peor que sucederos pudiera para vuestro estómago.

A mí no se me dá un bledo del primer ujier, ni del repostero, ni de otra persona alguna de la servidumbre, contestó Orlando; y os digo seor Miguel, que quien quiera que me hable, lo ha de hacer cortesmente, ó ¡voto á Cristo! que se lo haga yo hacer mal que le pese. No vine yo de Avenel aquí para ser el hazme reir de nadie; creedlo bien.

Qué me place, mancebo, contestó Miguel: valiente andais: y á vuestra edad, no os ha de sentar mal la arrogancia, con tal que tengais espíritu bastante para sostenerla. Pero ved que se abre la puerta.

Con efecto, volvió á aparecer el ujier, y en un tono de voz y modales harto mas comedidos que la vez pasada, anunció, que su Gracia el rejente tenia á bien admitir á su presencia al paje de Avenel; con lo cual hizo entrar á Orlando en el aposento de donde acababan de salir los individuos que componian el Consejo. Una larga y ancha mesa de encina negra, rodeada de banquillos de la misma madera con un sillón labrado y cubierto de terciopelo carmesí á la cabecera, ocupaba el centro de aquella estancia: veianse sobre dicha mesa un enorme tintero de plata, que figuraba una catedral de arquitectura gótica con gran multitud de papelés desordenados, como si acabaran de ser leidos. En el momento en que Orlando entraba por la puertecita secreta, salian por la principal uno ó dos de los consejeros que se quedaran detrás para despedirse del rejente, y acababan de tomar los guantes, sombreros, capas y espadas. A juzgar por su fisonomía (que espresaba aquella especie de respetuosa ale-

gria, que el rostro de un cortesano tiene siempre á mano para cuando un príncipe se digna decir un chiste por insulso que sea), el rejente al despedirlos, lo hiciera con alguna chanza. Y sin duda fuera así, puesto que él mismo se reía aun á carcajadas, mientras gritaba á los salientes Milores: id con Dios, y no olvidéis, os ruego, de encomendarme con toda humildad á ese leon del norte.

En esto se volvió hácia Orlando pausadamente, y aquellas señales de alegría real ó finjida que un minuto antes se retrataran en su rostro, se trocaron en la mas desabrida seriedad; asi como desaparecen de la superficie de un profundo lago, los círculos que forma el agua al caer en él una piedra arrojada por un viajero, volviendo á quedar á poco como un terso y oscuro espejo. Empero, al cabo de cortos instantes, hizose mas apacible aquella fisonomía, y reasumió su natural expresion de tranquila y casi melancólica gravedad.

Aquel profundo y eminente hombre de Estado, que en tal concepto le tuvieran hasta sus mas inveterados enemigos, poseia toda la dignidad exterior, y tambien las nobles y elevadas prendas que convenian y podian adornar el alto puesto á que llegara: asi es

¡ que á haber sido el trono su lejitima herencia, la historia de Escocia le colocara en primera linea entre sus mas ilustres monarcas. Por desgracia será un borron eterno para su memoria, y tal que solo podrán pretender disimular aquellos que piensan que la ambicion es excusa suficiente para cometer todos los crímenes, el haber llegado al poder supremo y manteniéndose en él, á costa de la impía deposicion y cruel encierro de su débil hermana. Su vestido consistia en un jubon y gre-güescos á la flamenca de terciopelo negro, sin adorno alguno; su sombrero, alto de copa, tenia una ala levantada y sostenida por un precioso broche, única joya que se dejara ver en toda su persona; llevaba un largo puñal en su cintura, y su espadon lejitimo de Antonio Ferrara, estaba puesto encima de la mesa del Consejo.

Tal era el personaje en cuya presencia se halló repentinamente Orlando, y que le inspirara sin que lo pudiese remediar un sentimiento de penosa inquietud y respeto, que distaba mucho de su audacia y atrevimiento habitual. El hecho es que nuestro paje era tanto por educacion, como por naturaleza, atrevido, mas no insolente; y asi la superioridad moral ó una alta reputacion do quiera

que la viera, le sobrecojian y llenaban de veneracion: sentimientos que no fueran capaces de escitar en él exigencias fundadas, únicamente en el rango ó vanidad que suele producir una ilustre cuna.

Hubiera mirado de hito en hito á un conde que solo se distinguiera por sus espuelas y corona; pero se reconocia inferior y se hallaba pronto á rendir homenaje al célebre soldado, al hábil político, al rejente de la soberanía nacional y al general de los ejércitos. No hay hombre por elevado que se vea, ni por grande y sabio que se juzgue, á quien no agrade el respeto sincero que le tributa un jóven entusiasta; porque este respeto tiene en sí una gracia y naturalidad, imposible de copiar en la edad madura, aun por el mas diestro cortesano. Asi fué que el mismo Murray, tomó con cortesía los despachos que le entregara el sonrojado paje, y contestó graciosa y benignamente al mal espresado cumplido que en cortadas palabras le hiciera de parte de su amo, Sir Alberto de Avenel: y aun reprimió la impaciencia que, como sabemos, tenia de conocer el contenido de la carta, hasta haber preguntado á Orlando su nombre; tanto le habian agradado las nobles facciones y hermosa presencia del doncel.

Luego que hubo escuchado la respuesta de este, dijo repitiendo sus palabras: *¡Orlando Graham!* ¿con que perteneceis á la familia de los Grahams del condado de Lenox?

No, milord, contestó el paje; mis parientes habitaban el pais disputado de la frontera.

Púsose el rejente á leer los despachos sin hacer nuevas preguntas; y mientras los recorria, arrugóse su entrecejo, y toda su fisonomía tomó un aire de severo desagrado, como aquel que halla en la lectura que está haciendo, motivos inesperados de gran disgusto. Sentóse luego en uno de los sitios, y mientras se aumentaba por momentos la severidad de su aspecto, tornó á leer la carta, quedándose en seguida silencioso por algunos momentos. Al fin, levantando la cabeza, quiso la casualidad que sus ojos se encontrasen con los del ujier tan repentinamente, que este no tuvo tiempo de cambiar la espresion de intensa curiosidad que en ellos se retratara, mientras consideraba las facciones del rejente, por aquella inocente indiferencia que los cortesanos y criados de los grandes saben tomar en su presencia, á fin de disimular su indiscrecion. Son los grandes tan celosos de sus pensamientos, como la mujer del rey Gandul



lo era de las gracias de su persona; y están tan dispuestos á castigar á aquellos que sin su consentimiento los penetran, como se mostró la citada heroína á tratar cruelmente al atrevido que la sorprendiera en el baño.

Despejad, Kyndman, dijo el rejente con fiereza al ujier, é id á hacer vuestras observaciones á otra parte. Sois, hermano, demasiado curioso para el oficio que ejercéis; en él se han menester hombres que tengan menos perspicacia que vos. Con que ¿habeis oido? ¿A qué viene esa mirada de tonto, que os hace mas despreciable aun? Despejad, os repito; y tened entendido que si conservais para siempre el idiotismo que indica esa mirada estúpida, es probable que le debais el continuar en vuestro empleo. Salid!

Retiróse con efecto el ujier, confuso y aterrorizado; pero decidido á no olvidar jamás, que á las demas causas de odio que Orlando le inspiraba, debia agregar la de que hubiese sido testigo del bochorno que acababa de recibir. Luego que hubo salido, volvió el rejente á dirigir la palabra á Orlando en los términos siguientes:

¡Dijisteis que os llamábais Armstrong!

No, milord; llámome Græme; si asi place á vuestra Gracia. Orlando Græme, cu-

yos antepasados eran titulares de Heathergill, en el país disputado.

Verdad es; yo bien sabia qué era el vuestro un apellido del país disputado. Y decidme. ¿teneis por acaso algun conocimiento en Edimburgo?

Señor, contestó Orlando (que queria evadir el dar una respuesta directa, conociendo la oportunidad de callar la aventura del Lord Seyton); hace apenas una hora que estoy en la capital, y vengo á ella por la primera vez de mi vida.

¿Cómo asi, siendo vos un paje de Sir Alberto? dijo el rejente.

Fuí, señor, el paje de Lady Avenel, y hace apenas tres dias que salí por la vez primera de su castillo, al menos desde mi infancia.

¡El paje de Lady Avenel! repitió el conde de Murray, como hablando consigo mismo; Vive Dios que fué peregrina idea la de Glendining, en enviar por mensajero de tan importante asunto al paje de una dama. Morton dirá que esta es la segunda parte de la farsa que representara el hermano, que se ha hecho aclamar Abad de santa Maria! y no obstante, quizás para semejante mensaje valga mas un mancebo sin experiencia, que un hom-

bre de mas profundos alcances. Con que ahora bien, decidme, señor paje ¿qué es lo que aprendiérais con esa vuestra tierna y femenina educacion?

He aprendido á cazar tanto con perros como con halcon, milord.

¡Ya! á cazar conejos con perros y gorriones con halcon! dijo sonriéndose el rejente; que tal es por lo regular la caza de las señoras y de sus pajes.

Cubriéronse de un vivo encarnado las mejillas de Orlando, y contestó con algun calor: Milord, he cazado venados de catorce puntas, y mis halcones han abatido garzas reales; sino que sea que en la lengua de este pais, los venados se llamen conejos y á las garzas gorriones. En tal caso que V. G. se digne excusar mi ignorancia, y continuó: puedo tambien manejar una espada, aunque sea de arzon, y enristrar una lanza, segun se llaman en mi tierra, aunque tal vez en esta, la primera se entienda ser un palillo de bordar, y la segunda por un mimbre.

El sonido de tus palabras es parecido al del buen metal, contestó el rejente sin alterarse; y te perdono su crudeza en favor de la verdad que en ellas se manifiesta. Pero decidme, señor paje, ¿segun eso, no ignorais

cuál sea la obligacion de un hombre de armas?

No la ignoro, señor, contestó Orlando; en cuanto es posible aprenderla por el estudio, sin que jamás estuviera á prueba en el campo de batalla; porque como nuestro amo no permitiera nunca que sus vasallos hiciesen correrías, jamás tuve la felicidad de ver un combate.

Decir debeis que no tuvísteis esa desdicha, contestó el rejente con una triste sonrisa: creedme, jóven, y aprended de mí, que el único juego en que ambos jugadores salen siempre perdiendo, es la guerra.

No siempre sucediera eso que vuestra Gracia dice, observó el paje con su acostumbrada audacia, al menos si la fama no miente.

¡Cómo! ¿qué dice el mancebo? exclamó el rejente, levantando la voz y poniéndose algun tanto colorado, en la suposicion de que el doncel hacia alusion al poder que él mismo obtuviera por medio de las guerras civiles que destrozaban la Escocia.

Digo, milord, respondió Græme sin cambiar de tono, que aquel que bien pelea, no puede menos de adquirir fama si vive, y si muriere, honor; y por tanto, pienso yo, con vuestro permiso sea dicho, *que es la guerra un juego, en el que nadie sale perdiendo.*

Sonrióse el rejente, y meneó tristemente la cabeza; pero en el mismo punto se abrió la puerta y entró en la estancia el conde de Morton.

Vengo de priesa, y he entrado, milord, sin hacerme anunciar, porque las noticias que os traigo son de suficiente peso, para que tengais á bien disimular esta demasía. Con que en fin, ¿tenia ó no razon cuando os dije que Eduardo Glendining habia sido electo Abad de Santa Maria? y....

No mas, milord, contestó el rejente, ved que no estamos solos: todo lo sé, pero....

¡Y es así! ¿y aun tal vez lo sabiais antes que yo, milord rejente? contestó Morton tomando repentinamente un aspecto de cólera feroz.

Morton, contestó Murray, ved de no sospechar de mí: cuidado con herir mi honor. Harto tengo que sufrir, bien lo sabeis, de las calumnias ¡de mis enemigos, sin haber de luchar con las injustas sospechas de mis amigos tambien. En fin, ya os he dicho que no estamos solos; y por tanto no puedo hablaros con mayor claridad.

En seguida, cojiendo al feroz conde por el brazo, le condujo al hueco de una ventana, que formada en todo el espesor de la pared,

proporcionaba una especie de gabinete, y allí empezaron ambos á hablar en voz baja. Observáralos Orlando por largo tiempo en conversacion en extremo animada, por no decir acalorada. El rejente parecia espresarse con gravedad é interés; pero Morton conservaba un aire celoso y ofendido, que no obstante, fué desapareciendo por grados, á medida que Murray le tranquilizaba y hacia las promesas que él parecia apetecer.

Entretanto, á medida que su conversacion se prolongaba, hiciéranse sus palabras mas audibles; porque su acaloramiento les inducia á levantar la voz, olvidándose sin duda de la presencia del paje con tanta mayor facilidad, cuanto que á causa de la posicion que este ocupara en la estancia, no podia ser visto de ellos. De este modo hubo de ser involuntario oyente de una parte de su discurso, mucho mayor de lo que él descara: puesto que aunque habia sido paje, y estos acostumbran á ser curiosos por demas, Orlando era incapaz de semejante debilidad. Por otra parte su atrevimiento y falta de juicio no era tanto, que no conociera cuán espuesto seria para él escuchar, aunque fuese sin querer, la conversacion secreta de aquellos dos hombres tan poderosos y temibles. Pero ¿qué podia ha-

cer? aun cuando se tapase los oídos, no por eso estaria á cubierto de la sospecha de haber escuchado; ni tampoco parecia posible que saliese sin licencia de la estancia: de este modo y mientras que atormentaba su imaginacion á fin de hallar un medio para advertir de su presencia, sin correr peligro, ya habia oido lo bastante para conocer que el presentarse repentinamente fuera mas impolítico y peligroso, que el esperar con tranquilidad el fin de la conferencia. No obstante, como lo que oyera fuera una parte muy imperfecta de su plática, aunque un esperto político de aquellos tiempos hubiera con facilidad sacado por el hilo el ovillo, él se quedó casi en ayunas, ó cuando mas, solo pudo formar muy vagas conjeturas acerca del importe de la conversacion.

Os repito que todo está preparado, dijo Murray, y Lindsay con el pié en el estribo. Es forzoso entienda Maria, que es llegado el tiempo de poner fin á sus dudas. Ya veis, milord, que obro por vuestros consejos y he cerrado mi pecho á toda consideracion de cariño y aun de piedad.

Asi es en verdad, milord, contestó Morton; bien veo que cuando se trata de satisfacer vuestra ambicion, os vais derecho al blan-

co, por ir aunque mas no sea. Réstanos saber empero, si defendeis lo adquirido con tanto celo y teson, como mostrais para obtenerlo. ¿Decidme de qué sirven todos esos criados que la permitis tener? ¿No tiene, por ventura vuestra hermana, suficientes hombres y doncellas á su alrededor, sino que habeis vos de aumentar su número con gente supérflua, por no decir peligrosa?

¿Qué decis, Morton? ¿Es posible que habeis motivo de murmuracion en que yo dé á mi hermana, á una reina, el séquito que la corresponde!

Sí, señor rejente, le hallo: tal es el modo que teneis vos de disparar vuestras flechas: salen del arco pujantes y bien apuntadas, sino que en la mitad de su carrera encuéntranse con un viento de compasion infantil que las tuerce é impiden que den en el blanco.

¡No digais eso, Morton! bien sabeis si he sido atrevido ó nó para emprender; ni tampoco ignorais como una vez acometida una empresa, la he sabido llevar á cabo con la constancia de un gato y la fuerza del leon.

Os repito, Milord, que es como decis, hasta ganar lo que deseais, sino que no sabeis conservar lo ganado. Habeis herido, sí,



profundamente herido, tanto el orgullo como el poder de esa mujer; ¿y os imagináis poder aliviarse su herida, aponiéndola, cuando ya ¡paradiez no tiene cura, yerbas que tan solo pueden mitigar y adormecer las punzadas que la causa? Pues escuchad, señor rejente, y pesad bien mis palabras. Si quereis conservar el título que tanto trabajo os costara adquirir, quiero decir el de un hábil político, es forzoso abjureis toda pretension á pasar por un tierno y afectuoso hermano.

¡Milord de Morton! contestó Murray con visibles señales de impaciencia: ved que no he de sufrir vuestras provocativas chanzas. Bien hecho está lo que hice; y á mas no tiene remedio. Lo que aun me queda por hacer, debo y quiero hacerlo; pero, amigo, no soy de hierro como vos, ni puedo olvidar... basta. Digoos que sigo firme en mi propósito.

Sea en buena hora, milord rejente, contestó el pertinaz Morton; y supongo que la eleccion de esos bienaventurados criados quedará al cuidado de....

Los nombres fueron pronunciados en voz tan baja, que no llegaron á oídos de Orlando. Murray contestó en el mismo tono; pero de tal modo elevó la voz hácia el final de su discurso, que Orlando pudo oír las si-

güentes palabras: y de éste estoy seguro, pues lo recomienda Glendining.

Sí, contestó Morton: recomendacion que será tan digna de confianza sin duda, como la que pueda inspirar la conducta de su hermano el titulado Abad de Sta. Maria. No ignorais que tuvo efecto su eleccion: y ¿sabeis lo que digo, Milord? que vuestro favorito Sir Alberto está poseido de un amor fraterno tal, que solo puede compararse al vuestro.

¡Viven los Cielos, Morton, que estais provocativo por demas, y mereciérais una respuesta nada amistosa! Os la perdono, no obstante, porque hallándose interesado en este negocio vuestro hermano, naturalmente hablais en su defensa. Ya os he dicho, y os repito, que esa eleccion será anulada. Y á mas quiero añadir, Milord Morton, y espero os penetreis del importé de mis palabras, que mientras yo tenga en mis manos á nombre de mi augusto sobrino la espada de la ley, ningun conde, baron ó caballero de Escocia ha de disputar mi autoridad; y ved que si por acaso sufro de mis amigos chanzas que pudiera tomar á insultos, es tan solo porque creo estar seguro de su amistad; puesto que de otro modo fuera locura en mí perdonar su atrevimiento, sabiendo que lo era.

Morton conociendo que se habia escedido algun tanto, hizo entre dientes una especie de apolojía, á la que contestó el rejente en tono mas suave, y añadió en seguida: tengo ademas otra garantia de la fidelidad de ese mancebo, igual, sino es mayor, que la que Glendining me prestara: y es nada menos que el haberse puesto en mis manos su propia abuela queriendo, segun dice, responder con su propia vida de la fidelidad del doncel.

Algo es eso, contestó Morton; pero en amistad y buen deseo os lo digo, Milord, estad alerta. Ved que los enemigos vuelven de nuevo á rebullir como las moscas de caballo vuelven á picar tan luego como es pasada la tempestad. Jorje de Seyton iba esta mañana por la calle mayor seguido de unos veinte jayanes, y hubo de tener una escaramuza con mis amigos los Leslies. Encontráronse en el tron y trabaron una obstinada refriega; pero el preboste de la Ciudad los separó con su gente, interponiendo sus partesanas, como si fuera á apartar perros de un oso.

Tales son las órdenes que le he dado, contestó el rejente; y decidme ¿hubo algun herido?

Parece que el mismo Jorje Seyton lo fué por mano de Ralf Leslie: por lo demas, maldita

sea la espada que no le atravesó de parte á parte. Ralf tambien tiene un valiente arañazo, que recibiera, segun parece, de mano de un desvergonzado paje que nadie conoce. Nicolás Seyton de Windygowl salió con un brazo atravesado, y dos de los gentiles-hombres de Leslie perdieran alguna sangre. Esta es toda la noble que ha sido derramada en la pendencia; sin contar uno ó dos jayanes de ambas partes que han recibido sendas contusiones y no pequeños porrazos. Las taberneras de la calle, únicas que pueden perder algo con su muerte, se han llevado sus cuerpos, y les están cantando un *Coronach* (1) con la botella en la mano.

Tomais, Douglas, esas cosas con una frialdad que me pasma. ¿No veis que semejantes revueltas deshonorarian la capital de la Turquía, cuánto mas la de un estado civilizado y que pretende haber reformado hasta su religion? Pero si Dios me concede la vida, yo refrenaré esos abusos ¡vive el Cielo! la posteridad cuando lea mi historia dirá: *si fué*

---

(1) Costumbre de Irlanda y Escocia: à la muerte de un individuo, sus parientes y amigos se reúnen delante del cadáver y le velan, comiendo, cantando y emborrachándose. Los gitanos no son los solos!

*bastante desgraciado para elevarse al poder supremo á costa de la degradacion de una hermana, supo al menos emplear aquel poder para la tranquilidad de su pueblo.*

Sí, y haced de modo que pueda añadirse á ese panejirico: *para la de sus amigos tambien:* con esto ved de anular desde luego la eleccion de ese Abad intruso de Sta. Maria.

Vais á quedar satisfecho en el acto, contestó el rejente; y saliendo del alfeizar, empezaba á gritar: ¡ola! Hyndman, cuando de repente vió á Orlando Græme, de quien hasta allí no se acordara. ¡Vive Cristo! exclamó volviéndose á Douglas ¡que éramos tres en el consejo!

Siendo asi, contestó Morton, y puesto que como dice un refran, solo dos pueden guardar un secreto, es forzoso deshacernos de ese mancebo.

¡Callad, Morton, callad! contestó Murray: semejante idea os deshonra. ¡Un huérfano! Escucha, amigo; no há mucho me dijiste tus habilidades, pues ahora quiero yo preguntarte, ¿puedes decir la verdad?

Sin duda, señor, cuando me interesa el hacerlo, contestó Græme.

Pues á fé, que por esta vez te ha de estar bien decirla, replicó el rejente; porque si

mientes, tu muerte es cierta. ¿Qué es lo que oycras ó entendieras de nuestra conversacion?

Por mi vida, señor, respondió Orlando sin titubear, muy poco que pudiera interesarme ó llamar mi atencion; escepto que me parecia oír que dudábais de la fé y honor del caballero de Avenel, bajo cuyo techo me he criado.

Sí; ¿y qué tienes tú que decir con respecto á eso, mancebo? continuó el rejente, fijando en él una mirada tan penetrante, que parecia querer leer en el fondo de su corazon.

Eso, contestó el atrevido paje, dependeria de la calidad de las personas que se permitieran hablar en mengua del caballero cuyo pan he comido por muchos años. Si me fueran inferiores, dijérais que mentian y apoyara mis palabras con un buen palo: si mis iguales, aun les diria que mentian y sostuviera mi dicho con mi espada; y si mis superiores.... Aquí hizo una pausa.

Continuad, jóven, sin temor, dijo el rejente: ¿qué hiciérais si un hombre de un rango superior al vuestro dijera algo que empañar pudiera el honor de vuestro amo?

Diria, contestó Orlando, que era un mal caballero, y que faltaba á las leyes del honor, hablando en contra de un hombre ausente;

tanto mas que mi amo es muy capaz de defender su honor y aun de estar á prueba con quien quiera que le empañara en su propia cara.

Y dijeras noblemente, jóven; observó el rejente: ¿qué te parece Morton? añadió dirijiéndose á este,

Me parece, contestó Morton, que si ese mancebo se parece tanto en lo disimulado á cierto amigo que vos y yo tuviéramos en otros tiempos, como es su retrato en la frente y los ojos, puede haber mucha diferencia entre lo que dice y lo que piensa.

¿De veras? ¿y á quién decis que se parece tanto? exclamó Murray.

¡A quien, sino al honrado Julian de Avenel! contestó Morton.

Eso no es posible, observó el rejente; este jóven ha nacido en el pais disputado.

Será asi, dijo Morton; pero ¿habeis olvidado, señor rejente, que Julian echaba largas cacerías, y nada le importaban las leguas cuando tenia que correr á una hermosa cierva?

¡Bah! contestó el rejente; siempre estais dispuesto á bromear, Morton.—Hyndman, curiosidad personificada, dijo hablando con el ujier que entraba en aquel momento. Con-

ducid este mancebo adonde se halla su compañero:—Teneos ambos, continuó dirigiéndose á Orlando, prontos á ponerlos en camino al primer aviso. En seguida hizole cortés señal con la mano para que se retirara, y con esto cerró la audiencia.



## CAPÍTULO IV.



**E**l ujier, con una gravedad con la que en vano queria ocultar el celoso rencor que le ajitara, condujo á Orlando á una estancia baja, donde este halló al halcónero que le esperaba. Allí los dejó juntos el introductor, previniéndoles que aquella seria su habitacion, hasta tanto que su Gracia el rejente les necesitara; pero que podian ir á la cocina y á la reposteria á las horas acostumbradas, donde recibirian las raciones que correspondian á su clase. Estas instrucciones, las comprendió perfectamente Adan Woodcock, que conocia las costumbres de palacio.

El ujier concluyó diciendo: en cuanto á camas, forzoso será vayais á la hospederia de S. Miguel; puesto que el palacio por aho-

ra está todo lleno de criados de los primeros nobles.

No bien hubo el ujier cerrado tras sí la puerta, cuando Adan, que no podía contener la curiosidad, exclamó: y ahora, maese Orlando, decidme las noticias que traeis; decidmelas por vuestra vida: vamos, pronto, desembuchad: ved que me muero por oiros: ¿qué os dijo el rejente? ¿preguntó su Gracia por Adan Woodcock? Y en fin, se compuso ya todo, ó será preciso que el pobre Abad de la sin razon lleve los palos?

En cuanto á eso, deponed todo temor; contestó el paje; y por lo demas.... pero ¿qué es eso? ¿quién diablos os movió á quitar de mi gorro la cadena y la medalla?

¡Vaya! y os parece que no fuera tiempo de hacerlo, cuando ese ujier con su cara de vinagre empezó á preguntar qué especie de reliquias católicas eran esas que traiais allí? ¡Vive el cielo! que ví el momento en que os confiscaban el precioso metal, tan solo por escrúpulo de conciencia; como sucedió con aquellas cuentas que dejárais en Avenel, que se las ha puesto la buena de la dueña Lillas en los zapatos á guisa de hebillas. Eso es lo que tiene llevar consigo insignias del papa, amigo.

¡Cómo! con que la maldita bruja ha hecho derretir mi rosario para hacer hebillas con que engalanar sus horribles patas que parecen dos medios celemines? Pero sea así; si no fuera por la forma que el metal tuvo cuando era rosario, le perdonaría el robo del oro á cuenta de lo mucho que la hiciera rabiar, cuando no tenía otra cosa que hacer. ¿Te acuerdas, Adán, del ácibar que puse un día en el dulce que habían preparado ella y el viejo Wingate, para almorzar el día de pascua?—¿Qué si me acuerdo? Si á fe, contestó Woodcock; y por mas señas, que el hocico del mayordomo quedó retorcido por mucho tiempo, como el pico de un cuervo. Y os aseguro, maese Græme, que todo otro paje que no fuera vos, hubiera llevado una buena tunda de azotes. Pero el favor de mi señora os salvara entónces, como en otras muchas ocasiones. Dios haga que el cariño que os tuvo y el mimo que os diera, no os salga á la cara algun día!

Al menos, contestó Orlando, vive seguro Adán, que la estoy agradecido y lo estaré mientras viva; y me alegro me recuerdes lo mucho que la debo.

Bueno; pero nada me habeis dicho aun de lo que ha pasado entre el rejente y vos.

esclamó el halconero. Vamos á ver, decid pronto: ¿en qué nos vamos á ocupar ahora? ¿qué os dijo su Gracia?

Su Gracia nada me dijo que me sea dado repetir, contestó Orlando meneando la cabeza.

¡Tu tu tu tu! exclamó Adan; ¡qué reservados nos hemos hecho de repente! ¡Vive Dios, seor paje, que habeis hecho grandes progresos en muy poco tiempo! No ha dos horas que entramos en Edimburgo, y en ellas por poco no os abren la cabeza á cuchilladas; pero en pago adquiris no sé como, una cadena y medalla de oro. Os haceis en seguida un enemigo mortal de ese ujier con sus patas de cigüeña, pero aun asi obteneis una larga audiencia del primer grande del reino y volveis de ella taciturno y con el aire misterioso y solemne de un diplomático. ¡Qué no parece por mi fé, sino que naciérais en el mismo riñon de la córte! ¡Por Barrabás! que creo seriais capaz de correr con una cáscara de huevo en la cabeza, como los chorlitos que cojiamos (¡quién estuviera alli ahora!) en las cercanías de Santa Maria. Pero en fin, venid acá y sentaos, jóven; sabed que nunca gustó Adan Woodcock de entrar donde no le llamaran. Sentaos, digo, mientras

que yo voy á buscar que yantar. Yo conozco muy bien el camino de la cocina y aun el de la bodega.

Salió el honrado halconero en busca de los alimentos, y Orlando que quedara solo, se entregó á las sérias reflexiones que naturalmente le inspiraban los acontecimientos tan intrincados como estraordinarios de aquel dia. Apenas eran pasadas algunas horas, y de un mozo abandonado, sin carrera, sin nombre ni otra ocupacion que la de acompañar á una abuela anciana y tal vez demente, se veia convertido sin poder atinar el como, en un jóven de bastante importancia para ser nada menos que el depositario de los mas profundos secretos del Estado; secretos tales, que de ellos dependia hasta la seguridad personal del rejente. Por otra parte, aumentaba mas bien que disminuia el interés de su situacion, el ignorar él mismo, hasta qué punto el conocimiento que involuntariamente adquiriera de aquellos secretos, podria poner en peligro su vida. Estaba en la situacion de un viajero que se encuentra por un tiempo oscuro y nebuloso en un sitio romántico y encantador pero lleno de peñas y precipicios, que ponen su vida en peligro á cada paso que dá, y en el que el conocimiento imperfecto

que obtiene de las rocas, los árboles y otros objetos que le rodean, dá nueva dignidad á los mas lejanos montes y oscuros abismos, cuya altura y profundidad únicamente puede calcular con la imaginacion.

Pero el hombre, sobre todo en aquellos apetecibles años que preceden á los veinte, rara vez permite que su idea permanezca de tal modo fija en tristes reflexiones, que le haga olvidar sus necesidades fisicas. Asi fué que la fisonomía de nuestro héroe (que por tal puede reputarle el lector si asi le place) se cubrió de las mas agradables sonrisas al ver entrar á Adan Woodcock trayendo en una mano una buena fuente llena de boiled beef, (vaca cocida) y en la otra una porcion de patatas, cuyo olor era por sí solo capaz de hacer olvidar su filosofia al mismo Sócrates. Venia Woodcock acompañado de un criado con pan, sal, cubiertos y demas cosas necesarias para poner una mesa. Todos tres se ocuparon al punto en disponer la que en la estancia se hallaba, y Adan mientras lo hacia, se puso á deplorar la triste mudanza que notara en el palacio, donde, segun decia, las cosas iban de mal en peor; puesto que se racionaba á los caballeros y sus gentiles-hombres, como si fueran ni-

ños de la escuela, á quien se temiera dar una indigestion: y aun asi, era preciso llegar á la puerta de la cocina á fuerza de puños y esperar gran rato, para no recibir sino huesos: por no decir nada de la bodega, en la cual solo se entraba despues de haber sostenido una obstinada batalla, y entónces, gracias que se llegase á tiempo de agarrar un jarro de cerveza con todo lo mas seis dedos de aguardiente, que apenas bastaba para disimular el agua con que lo bautizaran. Pero interrumpióse de repente en medio de su elocuente discurso, viendo la rapidez espantosa con que Orlando mientras él hablaba, engullia bocados como el puño, y dijo: ¡vive Dios, señor paje, que en vez de lamentar pasadas abundancias, me estuviera mejor aprovechar las miserias presentes; porque si asi no lo hago, me espongo, segun veo, á perderlo todo!

Con esto el buen Adan acercó muy depriesa una silla á la mesa, y sacando su cuchillo (que todo hombre llevara consigo en aquellos tiempos) se puso á imitar á su jóven amigo con tal presteza y donaire, que parecia no haber probado bocado en un mes: mientras que el paje, que perdiera toda idea de lo futuro en el goce del presente, continuaba en su agradable ocupacion, sin darsele

un bledo por cuanto Woodcock pudiera decirle, en tanto que él saciaba su apetito de diez y ocho años, prodijiosamente aumentado por una abstinencia inusitada. De este modo hicieron ambos ámplio honor á los sencillos manjares del rejente; tanto que Adan, á pesar de lo que habia dicho en contra de la cerbeza de palacio, habia ya echado cuatro tragos, que ascendian por lo menos á ocho cuartillos, antes de que se apercibiese de su mala calidad. Por fin, cuando ya su estómago no pudo contener mas, se repanchigó en su enorme sillón de baqueta, estendió una pierna, pasó la otra por encima, y mirando á su compañero con aire jovial y satisfecho, le recordó que aun no habia oido la famosa balada que él habia compuesto para el papel de Abad de la sinrazon; y sin esperar respuesta empezó á entonar con estentórea voz:

Ya el Papa con su orgullo  
nos potreó bastante. . . .

. . . . .

Pero Orlando, que como se deja suponer, no recibia placer alguno en oir aquella sacrilega cancion, deseando evitarla, empezó



á ponerse la capa; cuya accion interrumpió de repente al cantor, que le preguntó con enfado:

¿A dónde demonios quereis ir ahora, mozo sin sosiego, que no parece sino que teneis azogue en lugar de tripas? Sois tan incapaz de pasar un rato en sabrosa conversacion, como lo seria un halcon sin caperuzza de quedarse quieto en mi puño.

Puesto que es forzoso que todo lo sepa, mi buen Adan, os diré que pienso ir á dar un paseo, y ver algo de esta bella ciudad. Porque tanto valdria á mi ver estar metido en el castillo de Avenel sin otra perspectiva que la del lago y montañas que le rodean, como en el palacio de Holyrood, encerrado entre las cuatro ahumadas paredes de uno de sus mas estrechos aposentos, sin otra diversion que la de oir cantar vuestras rancias coplas.

¡Cómo! ¿qué quereis decir con vuestras rancias coplas? Yo os digo que son nuevas, y tanto que gracias á la intempestiva interrupcion de nuestro amo, en Santa Maria, nadie las oyera aun; y añado que por muchas que hayáis oido, bien seguro que ninguna se aproxime á esta ni con cien leguas.

Sea en buenhora como vos decis; pero

dejemos eso para otro dia en que arrecie la lluvia y no se oiga el piafar de los caballos, el crujir de las espuelas ni otro alguno belicoso ruido de los que ahora atruenan y embelesan mis oidos, y que por precision me impedirian dar á vuestra cancion la atencion que sin duda se merece. En este momento solo deseo ver ese mundo que bulle por el palacio y sus alrededores.

¿Si? pues yo te digo, voluntarioso paje, contestó el halconero en tono amistoso y regañon todo junto, que no moverás un solo pie sin mí; no á fé mia, al menos hasta tanto que haya hecho total entrega de tu persona al rejente: con que asi si quieres iremos á la hosteria de San Miguel, desde donde podrás ver mas jente de la que jamas llegaras siquiera á imajinar; pero ha de ser tan solo por la ventana y no de otro modo; con que no os pase siquiera por el pensamiento el salir á la calle en busca de otros Seytons y Leslies, ni de mandobles y cuchilladas, como lo hicisteis apenas llegamos; no, ¡vive Dios! no penseis en ello os vuelvo á decir.

Pues siendo asi, vamos en buen hora á esa hosteria de S. Miguel, contestó el paje. Y con esto, se dirijeron á la puer-

ta, en la que ya se hallaban colocadas las centinelas de noche; por lo que les fué forzoso decir sus nombres y asuntos que llevaban, antes de que les permitieran la salida por una pequeña verja de hierro, practicada al efecto en la misma puerta principal. Pasaron por fin, y no tardaron en llegar á la hospederia de S. Miguel, situada en lo interior del patio de una casa, de la calle principal ó mayor, en lo mas alto del paraje llamado Calton-hill. Aquella posada era á la verdad muy grande; pero tan destartalada y falta de comodidades, que mas semejaba á un caravan serrallo oriental, que á una de nuestras modernas fondas: no obstante, aquel lugar de ruido y confusion pareció muy agradable á los ojos sin esperiencia de Orlando. Penetraron ambos sin que nadie les invitara á hacerlo, en una inmensa pieza en la que no cesaban de entrar y salir personas de todas edades y cataduras, asi habitantes de la ciudad como forasteros; unos se abrazaban, otros se saludaban con estrépito; estos bebian, aquellos jugaban. En fin, parecia aquello una Babilonia y formaba el mas singular contraste, con la severa tranquilidad y quietud que reinara de continuo en la bien ordenada familia del caballero de Avenel. La griteria

era atronadora; todos hablaban á un tiempo; disputando unos y chanceándose otros; esto no obstante, nadie parecia estrañarlo, ni aun catarse de ello; puesto que cada cual estaba atento tan solo al que le hablara ó cuando mas á lo que se dijera en el grupo en que se hallaba.

El halconero atravesó toda la estancia hasta llegar á una ventana semicircular que formaba como una alcoba aparte en la misma pieza en la que luego que se hubieron sentado cómodamente él y su compañero, pidió comida y de beber. Orden que hubo de repetir cuando menos veinte veces, antes que un mozo le trajese los restos de un capon, un pedazo de lengua de ternera, y una botella de vino de Burdeos tan flojo, que probaba que cuando menos habia sido bautizado tres veces. Viendo lo cual, levantóse Adan encolerizado y mandó ásperamenté al mozo les trajese una botella de buen aguardiente de Francia; diciendo en seguida al paje: Orlando amigo, esta noche vamos á tener Dios mediante, un ratillo de francache-la; que para escuchar cuidados, hay mas dias que longanizas; con que por ahora, vamos á echar una cana fuera y mañana será otro dia.

Pero Orlando que acababa de comer

caranto apetecia, no se sentia en modo alguno inclinado á hacer honor á los alimentos que le presentara Adan, y prefiriendo dar ocupacion á sus ojos mas bien que á sus dientes, se puso á mirar por la ventana, que daba á un gran patio donde estaban las caballerizas, y en el que habia por lo menos tanto ruido y movimiento como en el aposento en que se hallaban, mientras que Woodcock, que no podia concebir que hombre alguno en el mundo tuviese el gusto tan estragado como su compañero, despues de haber comido y echado sendos tragos, se puso á cantar entre dientes su malhadada cancion, acompañándola con palmaditas en la mesa, como si tarareara una caña. En esta filosófica ocupacion se mantuvo por largo rato, sin otra interrupcion que la de alguna que otra esclamacion que el paje hacia, cuando veia en el patio una cosa nueva para él ó que le llamara la atencion.

La escena que á la vista tenia, era animada en extremo; á causa de que el gran número de nobles que á la sazón se hallaban en la córte, habia llenado todas las casas de hospedaje con sus caballos y comitivas militares. Por tanto, estaba aquel patio lleno de hombres de armas, limpiando sus caba-

llos ó los de sus amos, jurando, riendo, ó chanceándose en un lenguaje absolutamente nuevo para Orlando, que solo estaba acostumbrado á la circumspecta alegría del castillo de Avenel. En un rincon se veia un peon que acababa de entrar con un haz de veinte lanzas; el cual, sentado en el suelo, se ocupaba en pintar las astas con amarillo y bermellon, como se usaba en aquel entónces. Habia en otro lado lacayos, con trahillas de perros de presa ó mastines, con sus correspondientes bozales para evitar cualquier accidente, que pudiera de otro modo acontecer á los que pasaban. Todos iban y venian, tan pronto juntos, tan pronto separados, á la vista de Orlando que estaba encantado de una escena tan nueva, á la par que agradable para él; asi que á cada paso interrumpia las tranquilas meditaciones del halconero, exclamando: Mira, Adan, mira que hermosísimo caballo. ¡Virjen santísima! qué buenos remos! ¡Calla! pues mira esotro bayo, á quien da picadero ese salvaje, que asi lo sabe hacer como volar con los brazos. ¡Quién me diera estar á su lado para enseñar su oficio á ese gañan! Oye, mira Adan, qué bellísima armadura de Milan, aquella que está limpiando esotro escudero! es toda de acero y plata,

como la de gala de nuestro amo, que dice Wingate que vale tanto. Mira hombre, por tu vida! vé aquella linda lechera que pasa por en medio de todos, con su cantarillo en la cabeza: ¿no ves qué fresca, qué graciosa es? pues por Dios, que el paseo no habrá sido corto: ¿y ves? lleva un jubon con cotilla, como tu querida Cecilia de Sunderland, maese Adan!

Voto á brios, muchacho, dijo el halconero, que no fuera poca felicidad que hayas sido educado en una casa de tan ríjidos principios como la de Avenel; y aun allí, tu sangre fué siempre mas caliente que lo habia menester; con que si en lugar de esto te hubieras criado á tiro de flecha de la córte, eh? entónces dígame que el mismo Belcebú no hiciera carrera contigo. ¡Dios haga que acabes en bien!

Hombre, déjate de sempiternos sermones, contestó el paje, y vente á la ventana antes que ese maldito aguardiente turbe tu mollera de modo que no sepas siquiera donde estás. ¡Virjen santísima! Ven acá corriendo, viejo Adan; corre te digo, hombre; ven á oír á ese alegre ministril que acaba de entrar con su laud y que trae consigo á una muchacha que baila á la morisca, con carcajes de

casabeles en las gargantas de los pies: y mira, mira como todos los hombres de armas, pajes y todos se van á ellos y olvidan sus quehaceres por escuchar la música y ver el baile. Vamos nosotros tambien, ven corriendo....

Que me emplumen si salgo de aqui; contestó Adan con enfado. Si tú quisieras, tan buenas trovas pudieras oír aqui mismo, y si me apuras, harto mejores que las pueda cantar ese ambulante trovador. Sino que no tienes bastante talento para saber apreciar lo que te se viene á la mano.

¡Oye! pues tambien se ha parado la de la cotilla! ¡calla! y aquel peon parece que quiere bailar con ella! sino que la niña es algo esquiva y hace momos.

De repente, cambiando el tono festivo en que hablara hasta entónces, y tomando uno del mas profundo interés exclamó: ¡Dios del cielo, qué es lo que veo! y se quedó suspenso y en silencio.

El sesudo Adan, que se divertia lánguidamente con las exclamaciones del paje, por mas que aparentara escucharlas con desprecio, comenzó á sentir deseos de dar suelta á su lengua, aunque mas no fuera, tan solo para que Orlando reconociese su superiori-



dad, en la costumbre que tenia de aquellas cosas que tanto escitaban su admiracion.

Con que vamos á ver, seor Orlando, dijo al fin: ¿qué es eso que habeis visto que asi os dejara repentinamente enmudecido?

Pero Orlando nada respondió.—Sabeis, maese Orlando, continuó el halconero algo mohino, que en mi pais se acostumbra á contestar á los que nos hablan?

Orlando no chistó.

¡El demonio tiene en el cuerpo este chico! dijo Adan; yo creo que se ha quedado ciego á fuerza de mirar; y que tambien ha perdido la lengua de puro charlar.

Diciendo esto, apuró de un solo trago lo que le quedaba de bebida, y se fué á la ventana desde la cual parecia mirar el paje á algun objeto en el patio, con la vista tan fija y tan sin pestañear los ojos, cual si fueran los de una estatua. Pero el buen Adan, por mas que hizo, no pudo acertar entre el considerable y alegre grupo que en el patio se hallaba, cuál pudiera ser la causa de tan singular y pertinaz atencion.

Este muchacho está ido, dijo para sí Adan.

Mas engañárase en esto; pues Orlando tenia muy buenas razones para haber que-

dato absorto, por mas que no fuesen de naturaleza tal, que las pudiese comprender el halconero.

Fué el caso, que el son del laúd del ministril hiciera entrar en el patio de la posada varias personas de las que por la calle pasaban; y entre ellas entró una, cuya figura atrajo de un modo irresistible las miradas y todos los pensamientos del paje. Era esta, un mancebo que parecia tener su propia edad ó tal vez menos; y segun las trazas, el mismo oficio de paje tambien; lo que se dejaba apereibir á tiro de ballesta por su aire desenvuelto y desvergonzado, acompañado de no pequeña vanidad de su persona, autorizada por su talle delicado y elegante porte, junto con los lujosos vestidos casi cubiertos por una rica capita color de grana. Al entrar en el patio, levantó la cabeza precisamente hácia la ventana en que se hallaba Orlando, y este con un asombro imposible de espresar, reconoció bajo el birrete de terciopelo carmesí y la blanca pluma que le engalanara, las facciones que tan profundamente tenia grabadas en su corazon: los sedosos y brillantes rizos, los azulados y risueños ojos, las cejas que envidiara el mismo Cupido para sus arcos, la nariz griega, los labios que semejaban

á dos maduras cerezas y cuya espresion habitual era tan alegre y provocativa; en conclusion, la forma y rasgos de la misma Catalina Seyton en persona: pero vestida de hombre é imitando con la mayor propiedad el aire de un jóven y maligno paje.

Por S. Jorje y S. Andres y por todos los santos del calendario, exclamó para sí el espantado Orlando: ¿se viera jamás una gitana mas osada? y no obstante, parece algo avergonzada de su audacia, segun alza su embozo y se pone colorada! pero sí ¡héla ahí, que aparta á codazos la gente con tan arrogante desenvoltura, como si jamás hubiera usadosino gregüescos y daga! ¡y ahora levanta el látigo como para sacudir el polvo á algunos de los que mas la estorban el paso! ¡Por la Vírjen de Belen, que segun son sus modales de atrevidos y jactanciosos, pudiera servir de modelo á todos los pajes de la cristiandad! ¿Pero qué demonios va á hacer? ¡Yo creo, Dios me perdone, que va á pegar de latigazos al peon que queria bailar con la lechera! Poco tardó Orlando en ver realizadas sus sospechas; pues como quiera que el soldado en quien ya varias veces habia reparado, impidiese el paso al atrevido paje y se hiciese el sordo á las órdenes que este le diera para que se

apartase, alzó el látigo, y sin titubear un instante, le aplicó tan de recio y sentado sobre las espaldas del peon, que le hizo dar un brinco de lado con mas lijereza que lo pudiera hacer un bailarín, rascándose á toda prisa la espalda en que recibiera aquél cortés aviso de que embarazaba el paso á quien valia mas que él. Aunque contenido por el respeto que le inspirara la clase del que le habia pegado, arrojó el hombre dos ó tres votos, que hicieron temer á Orlando se propasase á mas, por lo que se disponia á volar al socorro de Catalina; mas no hubo necesidad de que lo hiciera, en virtud de que cuantos se hallaban en el patio soltaron una carcajada á costa del pobre soldado, el cual en aquellos tiempos tenia poca probabilidad de hallar valedores en su querrela contra un paje cubierto de bordados: asi es que no le quedó otro recurso, sino callar y retirarse, á fin de evitar mayor escarnio y ponerse á su ocupacion anterior, con la adicional mortificacion de haber visto á la lechera no solo reirse de él á carcajadas, sino aprobar con sus miradas la accion del atrevido paje, al cual con una desenvoltura de moza de córte, dijo: ¿Buscais á alguno, gracioso paje?

Sí, amiguita, contestó el de la capita:

busco á una especie de hombrecillo, que lleva un ferreruelo verde y una rama de arrayan en su gorra: tiene los ojos y el pelo negro; y un aire como de no haber perdido aun el pelo de la dehesa. Tres horas hace que le busco, y en vano he recorrido todas las tabernas y garitos de á ochavo de la Canon-gate; de suerte que no puedo adivinar á donde se haya metido, como no sea que el mismo demonio, que indudablemente es su compañero, le haya llevado á cenar consigo!

¡Vaya una monjita tímida! exclamó Orlando no poco resentido de la picante descripción que de él hiciera Catalina.

Esperaos un momento, contestó la lechera, que voy á preguntar por él, aunque no fuera mas sino por hacer algo que agradaros pueda, lindo paje.

Id en buen hora y hacedlo por mí, contestó el mancebo; que si me le hallais, os mando un real para esta noche y un beso el domingo, cuando tengais la cara lavada y una saboyana limpia.

¡Vaya una monja de mis pecados! volvió á repetir Orlando para sí. No parece sino que en toda su vida tuviera otro oficio que el de paje de córte.

Pocos momentos despues entró la lechera

en la estancia donde se hallara Græme, trayendo consigo al objeto de sus pensamientos.

Mientras que la disfrazada doncella echaba una mirada firme, atrevida y rápida sobre los grupos que ocupaban la sala, Orlando que se sentia acobardado y confuso, conociendo que su timidez no decia bien con su oficio, se determinó á hacer un esfuerzo para no dejarse sobrecojer por aquella gitanesca y graciosa criatura, y antes por el contrario recibirla con tan espresivo y malicioso desembarazo, que la diese claramente á conocer que poseia su secreto y era dueño de su reputacion, obligándola con esto á humillarse en algun tanto, y á pedirle al menos con sus miradas, que no abusase de su ventajosa posicion.

Sin duda alguna era su plan excelente; mas por desgracia, cuando con arreglo á él teniá ya preparada su mirada de intelijencia, su risita falsa, y en fin, en toda su persona cierto aire de triunfo que le parecia irresistible, se encontró de repente con la mirada firme y atrevida de su hermano ó hermana paje, quien considerándole con ojos de águila y reconociéndole al punto por el que buscaba, se le acercó con un aspecto libre y de la mayor indiferencia, y le saludó diciendo:

¡A vos, caballero del arrayan, tengo dos palabras que decir!

El tono firme é indiferente en que se espresara el mancebo, por mas que la voz fuera la misma é idénticas las facciones á las que viera en el abandonado monasterio, produjo tal confusion en las ideas de Orlando, que llegó á pensar si se habria equivocado desde un principio; y así, la maliciosa mirada que se habia propuesto echarle, se trocó en una cara de bobo, que avergonzado de sí mismo, se rie á fin de ocultar en lo posible el desorden y debilidad de su entendimiento.

Caballero, hablo con vos, volvió á decir el dudoso paje: ¿seriais por acaso, de una tierra donde no se entiende el escocés, señor arrayan? Os dije que habia menester deciros dos palabras.

¿Y qué negocios teneis vos con mi camarada? seor gallito: dijo Adan Woodcock, queriendo ayudar al evidentemente corrido Orlando, aunque sin poder atinar el cómo este perdiera tan de repente su osadia y presencia de ánimo acostumbrada.

Nada al menos tengo que hacer con vos, el de los halcones, replicó el galan: id á cuidar de vuestros pájaros y limpiar la halconera, que tal supongo deberá ser vuestro

oficio , á juzgar por el bolsón y el guante.

Al decir esto se echó á reír, y aquella risa de tal modo trajo á la memoria de Orlando la carcajada con que se burlara de él, cuando por primera vez se vieran en el convento, que no tuvo poco que hacer para no esclamar. ¡Por el cielo, que sois Catalina Seyton en persona! Pudo, no obstante, contener su exclamacion y solo dijo: paréceme, señor paje, que nos hemos visto antes de ahora.

Si así es, habrá sido en sueños, contestó el jóven, y por mi parte tengo demasiado en que ocuparme de dia, para recordar lo que por mi mente pasa de noche.

O será tal vez, tan flaca vuestra memoria, que no os acordeis hoy de lo que viérais ayer, dijo Orlando.

Al oír esto, miróle el jóven á su vez con alguna sorpresa, y replicó: así entiendo lo que decis, como pudiera entenderlo mi caballo; pero si con vuestras palabras intentais ofenderme, sabed que soy tan capaz de exigir de vos una satisfaccion, como el mas pintado jóven de todo el Lothien.

Bien sabeis vos, por mas que os empeñéis en negar que nos conocemos, que no me es posible tener la mas remota idea de *ofenderos*.



Por ahora, replicó el otro, tratemos de desempeñar mi comision, á fin que me sea dado perderos de vista lo mas pronto posible: así pues, haceos á un lado si gustais, á fin que no pueda oirnos ese gatazo con guantes que os acompaña.

En esto pasaron ambos al hueco de la ventana que Orlando dejara cuando entró el jóven: y este volvió la espalda á la gente que en el cuarto habia, habiendo echado antès una cautelosa mirada á su alrededor, á fin de cerciorarse de que nadie les oia. Orlando hizo lo mismo; y entonces, el de la capa de grana, sacó de debajo de ella una espada corta, soberbiamente labrada, cuya empuñadura, vaina y adornos eran todos de maciza plata sobredorada, y dijo: Os traigo y presento esta espada, en nombre de un amigo que os la regala, con la *precisa* condicion de que no habeis de desenvainarla, ínterin que para hacerlo no recibais órden espresa *de vuestro lejítimo soberano*. Vuestro genio acalorado es sobrado conocido, como tambien la presuncion y osadia con que os empeñais en querellas ajenas; y por tanto, se os hace este presente, dándoos al mismo tiempo la órden que le acompaña, como una penitencia que debeis cumplir, por ser tal la voluntad de

aquellos que os quieren bien, y cuya diestra mano rejirá vuestros destinos favorables ó adversos. Esto es cuanto tenia que deciros; con que ved si quereis dar vuestra buena palabra en cambio de una rica espada, y prometed con mano y guante que cumplireis vuestro empeño. Si esto no os place, con volver el regalo á aquellos que os le enviaran, queda cumplida mi embajada.

¿Pero no me es lícito preguntar el nombre de esos amigos que decís? contestó Orlando, mientras admiraba la hermosura y riqueza de la espada.

En modo alguno estoy autorizado para responder á semejante pregunta, contestó el de la córte.

¿Pero si me viese atacado, si alguno me ofendiere, no me seria tampoco permitido sacar esta espada de la vaina? preguntó Orlando.

*Esta espada no,* contestó el desconocido; pero podeis sacar la vuestra: y ademas ¿para qué os sirve vuestro puñal?

Para nada bueno, yo os lo aseguro, dijo Adan, que se habia acercado á ellos; y de esto puedo yo dar fé mejor que nadie en el mundo.

Atrás, villano, dijo el paje cortesano: tenéis una cara de entrometido que está pi-

diendo bofetones á gritos, y los recibireis por poco que os metais donde no os llaman.

Llevalo todo en paciencia, mi pobre Adan, dijo Orlando; y despues, dirijiéndose al mensajero le preguntó; si no le seria permitido satisfacer la curiosidad que le apuraba, de ver si la oja de aquella espada correspondia con la riqueza y hermosura de la vaina y empuñadura.

De ninguna manera, contestó el otro; y ved que os repito, que si la aceptais, ha de ser con la condicion propuesta, empeñando al efecto vuestra palabra de bueno: de no, dejadla estar, y me la vuelvo á llevar.

Pues á la buena de Dios, contestó Orlando: accepto la condicion, puesto que me la trasmite un amigo como vos, y recibo la espada para no desenvainarla, *sin el espreso mandato de mi lejítimo soberano*. Pero quiero advertiros, señor paje, que si como alguno me dijera, y yo pienso, hemos de trabajar de consuno vos y yo en alguna empresa de importancia, convendria muy mucho que tuvieseis menos reserva y mas franqueza conmigo de la que en esta hora estais mostrando; pues con ella animareis mi celo, que de otro modo pudiera resfriarse: y basta; que puesto que debeis comprender lo que deciros quiero, es

inútil, por ahora, hablar mas en el asunto.

¡Decís que debo comprenderos! exclamó el paje con la mas natural sorpresa. Lléveme Barrabás ~~sies~~ así. Lo que os puedo asegurar es que pareceis un verdadero mico con vuestras sonrisas y muecas, que nadie diria sino que hay entre nosotros algunos graves y profundos motivos de intelijencia, siendo asi que puedo jurar que vuestra persona jamás, hasta esta hora, empañara mi vista.

¡Cómo! exclamó Orlando, ¿y podreis negarme que nos hayamos visto en otra ocasion?

¿Cómo si puedo? y tanto, que estoy pronto á jurarlo ante el primer tribunal del mundo, contestó el paje.

Pues siendo así, tambien negareis, dijo Orlando, que nos fuera recomendado *que estudiásemos bien las facciones uno de otro, á fin de podernos conocer en cualquier parte y bajo cualquier disfraz en que pudiésemos encontrarnos, pues esto era necesario para que trabajásemos de consuno en una grande obra?* ¿No os acordais de que Magdalena y sor Bríjida.....

En esto fué interrumpido por el de la capita, quien encojiéndose de hombros y mirándole con compasion, exclamó: ¡Bríjida, sor Magdalena! Forzoso es que esteis loco, ami-

go del verde jubon! Creedme; tomad una posicion calmante; poneos un buen gorro de lana en la cabeza, y tratad de dormir, y Dios os refresque y cure esa mollera que bien lo habeis menester, y con él quedad.

Al concluir el paje cortesano tan atenta y consoladora despedida, Adan que hacia tiempo se habia vuelto á sentar á la mesa delante del jarro vacio, le dijo: ¿Gustais, jóven, de echar un trago por via de cortesia, y de oir una buena cancion? y sin esperar la respuesta empezó sus coplas.

Ya el Papa con su orgullo, etc.

.....

Probablemente el vino y el aguardiente que el halconero habia bebido, le hicieran olvidar su prudencia acostumbrada, sin lo cual conociera, cuán arriesgado era introducir un asunto político ó relijioso en un sitio público y en una época en que las pasiones de los hombres se hallaban extraordinariamente escitadas. Con todo, su embriaguez no era tanta, que no reparase que tan pronto como hubo pronunciado la palabra *Papa*, las conversaciones en que se ocupaban los diferentes corrillos quedaron todas interrumpi-

das: lo que hizo que él callase repentinamente tambien: mas no bastó esto para impedir que muchos de los circunstantes se levantasen, y mirando al halconero de reojo, pareciesen dispuestos á armar pendencia, mientras que otros mas sensatos y prudentes se levantaron, pagaron su escote y se prepararon á salir de la sala antes que las cosas tomasen un aspecto desagradable ó peligroso.

Efectivamente, la experiencia probó no ser infundados sus temores; puesto que apenas llegara á oidos del cortesano paje el principio de la mal aventurada cancion del halconero, cuando alzando su látigo, exclamó: El que delante de mí hablare irreverente del santo Pontífice, es un hi de p— y le daré de latigazos como si fuera un perro sarnoso.

Si? pues yo os juro por el nombre que tengo, que si os atreveis tan solo á levantar un dedo contra mí, os rompo la cabeza como si fuera una granada, dijo Adan: y en seguida, para hacer ver que no le daba un bledo de las amenazas del paje, empezó de nuevo á cantar con toda la fuerza de sus pulmones,

Ya el papa con su orgullo....

Pero en mala hora lo hiciera; pues en aquel mismo instante, el impaciente paje le aplicó un latigazo en los ojos, que le dejó completamente ciego. Rujendo á la vez de dolor y despecho, Adan se levantó, y aunque sin poder ver á nadie, (tal era la abundancia de humor que le corriera de los ojos) hubiera tardado poco en verse cuerpo á cuerpo con su audaz enemigo, á no haberse Orlando en contra de su costumbre y genio, interpuesto y hecho el hombre prudente, tratando de poner paz entre ellos, á cuyo efecto rogaba á Woodcock tuviese paciencia, diciéndole: ved mi buen Adan, que no sabeis con quién os las habeis. En seguida, volviéndose al paje que miraba con escarnio al halconero, prosiguió: y vos, quien quiera que seais, salid de aqui; que si sois lo que imagino, bien sabeis que teneis hartos motivos para hacerlo asi.

En verdad, amigo arrayan, que por esta vez habeis dado en el blanco, aunque supongo tirásteis á ciegas. ¡Ola! amo; dad á este buen hombre una botella de vino de Burdeos, para que se lave con ella los llorosos ojos, y ahí teneis un escudo de Francia con que haceros pago. En diciendo esto, arrojó la moneda sobre la mesa y salió de la estancia con paso lijero aunque firme, y mirando con alti-

vez á derecha é izquierda, como para desafiarse á cualquiera que fuese bastante osado para detenerle: de modo, que al pasar por delante de tres ó cuatro ciudadanos que decían era una vergüenza permitir que se defendiese al papa en público con tal descaro, les hizo algunos risibles mohines y continuó impávido su camino, mientras ellos buscaban con la mano el puño de sus espadas, que se habia enredado en los pliegues de sus capas. Asi fué, que antes que á ellos llegasen, ya su adversario habia desaparecido, por lo que tuvieron por mas acertado no perseguirle, contentándose con decirse uno á otro: Nada mas queda que ver, sino que se le cruce á un pobre hombre la cara, tan solo por cantar una cancion contra el Papa de Roma. No, pues como se permita á sus partidarios hacer cosas semejantes aun en los parajes mas públicos, poco tardaremos en tener de nuevo hábitos y mitras en nuestras calles.

De eso se tiene la culpa el señor preoste, dijo otro; pues se me alcanza que con sola media docena de hombres que tuviera patrullando, armados con sus correspondientes partesanas, y prontos á acudir al primer silbido, tales cosas no sucedieran: ni los vecinos honrados y pacíficos como nosotros se



vieran espuestos á cada paso á tener que echar mano de sus tizonas contra estableros sin ley ni Dios, ni contra desvergonzados pajes de esos nobles que no viven sino de sangre y cuchilladas.

Pues á pesar de todo, contestó el primero, dígoos vecino, que si hubiese podido encontrar á tiempo el puño de mi toledana, zurrárale yo las espaldas á ese mozalvete mal criado, tan bién ó mejor, como jamas lo hiciera al cuero mas suave que se halle en mi almacén; ¡pero ya se vé! diéraseme vuelta el cinto, y antes de que pudiera traerla á la mano, el tunantuelo habia desaparecido.

¡Vaya allá con Barrabás! exclamaron los demas. Pero caballeros, dijo uno; soy de parecer que paguemos nuestro escote y nos mudemos; que oigo la queda en la iglesia de S. Gil, y ya sabeis que pasada esta hora no están muy seguras las calles de la ciudad: así, pues, vámonos juntos como buenos hermanos.

Con esto, embozáronse todos en sus capas y se prepararon á marchar, mientras que aquel que parecia el mas guerrero de los tres, dijo en alta voz tomando el tiento al pomo de su tizona: los que quisieren hablar á favor del papa en la calle Real de Edim-

burgo, harán bien en traer consigo la propia espada de S. Pedro para defenderse con ella.

En tanto que el mal humor que orijinara en algunos de los circunstantes la atrevida accion del paje aristócrata, se evaporaba de este modo en vanas palabras, Orlando no tenia poco que hacer para apaciguar la sentida y terrible furia del halconero; y para consolarle en lo posible, le decia: vamos hombre, que todo ello no ha sido sino un latigazo en la visera. Suénate, enjuga tus ojos, y verás que no es nada.

Mira, le contestó el rabioso Adan; juro por esa luz, que no puedo ver, que te has portado conmigo esta noche como un falso amigo; puesto que ni quisiste tomar mi defensa, ni dejar que yo mismo la tomara como debia.

Calla, hombre, por Dios, y no hables de ese modo, contestó Orlando, á quien convenia hacer el papel de consejero y pacificador. Calla, te digo: ¿cómo puedes hablar asi, cuando sabes que solo viniste aqui con el objeto de tener mis arrebatos á raya? y ahora en lugar de darme el ejemplo....

Lleven los diablos á tí y á tu juventud y á tus acaloramientos tambien, dijo Woodcock

á quien se le empezó á alcanzar la picardía de Orlando.

Pues, (continuó este sin hacer caso) como iba diciendo, en lugar de darme el ejemplo, comportándote como hombre pacífico y sóbiero, segun que conviene á un comensal de sir Alberto Glendining, en lugar de hacerlo asi, repito, te tragas qué sé yo cuanto aguardiente, sin contar con una infinidad de botellas de vino y no sé qué mas.

Faltas á la verdad, que solo he bebido una botella de vino, y aun esa harto pequeña, contestó el desventurado Adan; el cual, no pudiendo menos de conocer que habia andado indiscreto, hubo de reducirse á la defensiva en lugar de atacar.

¿No fué mas? pues dígotte que fué lo bastante para que tomases una mediana chispa; prosiguió el paje; y luego, en lugar de irte á dormir como debieras, te pones á cantar tus provocativas canciones contra los papas, sin escuchar razones, hasta que haces que por tu insolencia te crucen la cara de un latigazo y te cambien la vista por completo; puesto que antes veias dos luces, no habiendo mas que una, y ahora no ves sino media, aunque haya una entera. Pues mira, te aseguro que á no ser por mí, á quien tan in-

justamente acusas de ingratitud, ese jóven te cortaba el pescuezo; pues le ví sacar un puñal, tan ancho como mi mano y tan afilado como una navaja de afeitar. ¿Con que te parece, son estas lecciones para un jóven sin esperiencia como yo? ¡Avergüenzate Adan, arrepiéntete!

Tienes razon y mucha, contestó el halconero; digo que la tienes: ¡pues qué otra cosa que no fuese mofa y burla, podia yo esperar de un mozo como tú, que seria capaz si viese á su propio padre en un peligro de muerte, de reirse y burlarse de él!

Pues amigo, te aseguro, que en eso que ahora dices, te engañas de todo punto; contestó Orlando riendo: sabe que te quiero ayudar, pero es á que vayas á tu cama y en ella pases tu cólera, dijериendo el vino y el aguardiente que has bebido á fuerza de dormir: de este modo, te despertarás mañana con todo el buen criterio y discrecion que el cielo te concediera. Una sola palabramas quiero decirte; y es que tengas entendido que siempre que en adelante te se antoje echarme en cara mi natural arrebató y la prontitud con que suelo echar mano á mi daga, lo que me dijeres servirá de prefacio y prólogo para que yo te recuerde la presente aventura y los latigazos de S. Miguel.

Con estos y semejantes consuelos, condujo Orlando al desanimado halconero al lecho, retirándose en seguida al suyo, donde pasó algún tiempo antes de que le fuese dable reconciliar el sueño.

Pensaba él para sí, que si el paje que viera aquella noche era en efecto Catalina Seyton, podia decirse de ella, que era la mas completa amazona, ó mas bien sarjentina, que jamás se hubiese visto; á lo que se podia añadir, que poseia un caudal de insolencia y de desvergüenza inagotable: capaz, y mas que capaz, de dar lecciones á cuantos pajes hubiera en el mundo pasados, presentes y futuros. Y por otra parte, figurábasele que no podia ser otra sino Catalina, puesto que eran aquellos sus mismos ojos, su sonrisa, su aire todo, y aun el arte con que arreglaba su capita á fin de ocultar lo mas posible su persona, anunciaba ser ella la disfrazada. Al menos se decia, aun la queda algun resto de modestia; y no hay que darle vueltas, ó es Catalina Seyton ó el mismo demonio que tomara su figura para confundirme. Pero al menos, se dijo, esta aventura sirve para imponer silencio á ese mónstruo de Woodcock, que desde que dejara sus halcones en Avenel, se habia constituido en predicador y tutor mio.

Con esta consoladora reflexion, unida á la feliz indiferencia con que la juventud contempla los acontecimientos futuros, cerró Orlando sus párpados y se entregó á un plácido y tranquilo sueño.

## CAPÍTULO V.

---

**A**penas apuntaba la aurora del siguiente día, cuando se oyeron fuertes golpes á la puerta de la hostería, y como los que los daban dijeran que venian en nombre de S. G. el rejente, les fué abierta en el acto. Un momento despues nuestro amigo Ventisca se hallaba al lado de la cama de los viajeros.

¡Arriba, señores, arriba, gritó! ¡Vuesarcedes ignoran que cuando Murray el rejente tiene tela cortada, nadie duerme!

Levantáronse entrambos paje y halconero mas que de paso, y se empezaron á vestir á toda priesa.

Mientras lo hacian, el criado del rejente dijo á Woodcock: vos, mi amigo, debeis montar á caballo incontinenti, y partir para la Abadía de Kennakuhair, donde entregareis este pliego á los frailes ó á aquel de ellos que

liciere cabeza: en seguida volareis á Avenel y entregareis esotro al caballero Sir Alberto.

Apuesto mi pescuezo, dijo Adan, á que esta es una órden para que los gordinflones de frailes anulen la eleccion que hicieran de nuevo Abad; y que el dirijido á mi amo contiene otra órden, para que vea que esto se ejecute sin la menor dilacion. Pero se me alcanza que es poco generoso querer que un hermano cace á otro.

Aconséjoos, compadre, que no os calenteis la mollera en cuanto á lo que los pliegos contienen; y si quereis tomar el consejo de un tanto, ved de montar á caballo sin la menor demora; que bien podeis jurar que si las tales órdenes, sean cuales fueren, no son obedidas en el acto, no quedará en Sta. Maria piedra sobre piedra, y quizás quizás suceda lo mismo en el castillo. Dígote esto en confianza, porque acabo de oir al Lord de Morton que hablaba algun tanto mas recio que de costumbre con mi amo: y en las circunstancias en que nos hallamos, no es cosa de indisponerse con semejantes amigos por asuntos de tan poca monta.

Está bien, contestó Adan: ¿mas no me podriais decir qué piensan con respecto al Abad de la sin razon? porque habeis de saber,



que si yo imaginara que en modo alguno quieren jugar á malas conmigo por aquella calaverada, dejara yo que otro llevara estos pliegos, y luego al punto tratara de ver venir á vuestros sabuesos desde esotro lado de las fronteras.

Nada temais en cuanto á eso, dijo Miguel: tomáronla como vos decís, como una calaverada; tanto más, cuanto que fué corto el daño que hiciérais. Pero ved que os lo digo como vuestro amigo que soy, mi buen Adan; aunque encontráseis las Abadías en vuestro camino tan de sobra como las conchas en el mar, aconséjoos no pongais mitra alguna en vuestra cabeza, ya sea de razon ó de sin razon; pues pudieran apretárosla de manera, que sin razon os saltaran los sesos. Los tiempos en que vivimos no son á propósito para semejantes chanzas; y á mas que la doncella que sabeis, tiene unas ganas que se las pela de estrujar la cabeza á algun alto eclesiástico.

¿Sí? pues yo os aseguro que no se ha de divertir esa niña con mi pescuezo, contestó Adan, mientras se arropaba el suyo, que parecia el de un toro, con un pañezuelo: hecho lo cual dijo á Orlando: vamos, maese Græme: menéese vuesarced, que ya veis que es forzoso volvamos á nuestro uido; y gracias,

si por la misericordia de Dios que no por nuestros méritos, lo hacemos sanos y salvos y sin ojal ninguno en la barriga.

No así, amigo, observó Ventisca, el paje no vá con vos: S. G. el rejente piensa emplearle de otro modo. ¿Qué es lo que estais diciendo, buen Miguel? Sin duda os equivocais. ¿Cómo es posible que el paje se quede aquí, mientras que á mí me mandan volver á Avenel? Vamos, digo que eso no puede ser: este muchacho no sabria qué hacerse en el mundo sin mí: y á mas que dudo que él quisiera obedecer á otro silvido que no fuese el mio; ¡pues hombre, si hay momentos en que yo mismo no le puedo hacer acortar el vuelo!

Tenia Orlando en la punta de la lengua el recuerdo de los acontecimientos de la víspera; pero al ver el sentimiento que manifestaba Adan en tener que separarse de él, no tuvo valor para emplear tan mal intencionada chanza. Mas por desgracia, de nada valieron al halconero los honrados deseos de Orlando; porque al volverse hácia la ventana para mirar al patio, Miguel que le vió la cara á la claridad del dia, le preguntó con estrañeza: ¿qué es eso amigo, cómo teneis tan lastimados los ojos? ¡vaya! si están tan hincha-

dos, que no parece sino que se os van á saltar de la cara!

¡Qué quereis que sea, pesia á mí, contestó Adan, echando una mirada suplicatoria á Orlando; qué quereis que sea, sino de dormir en este maldecido camaranchon, donde ni siquiera hay una almohada en que poder uno reclinar su cabeza! .

Delicado por demas os habeis hecho, hermano, contestó Miguel; no soliadesser lo tanto cuando dormiais al raso, sin otra almohada que la fresca yerba y os levantábais con el sol, tan alegre como un halcon cuando se le quita la caperuza: y ahora por no tener almohada, parecen tus ojos dos huevos hueros.

Callad, buen Miguel, callad; ¿á qué diablos viene ahora el saber á lo que se parecen mis ojos? contestó Adan temiendo sobremanera que continuase la indagacion. Vamos á echar el aguardiente, á fin de hacer desaparecer los malos vapores del estómago, y vereis qué diferentes parecen mis ojos luego al punto.

¡Y apuesto tambien, le dijo su antiguo compañero, á que de ese modo te pones de humor de cantar tu famosa cancion contra el papa!

¿Qué si lo haré? y tres mas; pero no antes de habernos apartado de esta ciudad, por espacio de un par de leguas por lo menos, como lo vereis si quèreis tomar vuestro jaco y acompañarme á esa distancia; dijo Adan.

Pésame en el alma, amigo, de no poder hacerlo como decis, contestó Miguel; pero lo único que me es dado, es tomar la mañana con vos y veros subir á caballo. Por tanto, yo mismo voy á mandar ensillar los bridones, y que sirvan el aguardiente, sin perder momento.

Entretanto que Miguel se ocupaba en lo dicho, el buen halconero tomando de la mano á Orlando, le dijo: Que no vuelva yo jamas á encaperuzar un halcon, si no me causa tanta pena el separarme de vos, como si fuérais mi propio hijo; y perdonadme la franqueza. Por Dios, que no comprendo por qué razon os quiero tanto, á no ser que sea por la misma porque tanto queria á aquella endiablada jaca negra, que mi amo llamaba el diablo, y á la que el reverendo señor Warden cambió el apodo, poniéndole el de Seyton; porque segun decia él, fuera mucho atrevimiento el nuestro, en poner á un animal el nombre del rey de las tinieblas: y á fé que no sé si fuera mas acertado. ó mas relijioso

el ponerle el de un ilustre cristiano, tan solo porque era católico: y sabeis lo que os digo, maese Orlando, ahora que nadie nos oye, que estos predicadores protestantes que tanto charlan contra el orgullo de los papistas, no tienen mucha mansedumbre, tolerancia ni caridad cristiana de que alabarse.

Razon teneis y sobrada, contestó Orlando, en todo eso que decís; y en cuanto á Warden, si es el apóstol de la reforma, yo aseguro que no lo es menos de la ira y de la destemplanza humana.

En fin, continuó Adan, Seyton ó Satan, lo cierto es, que yo queria mas á la jaca que á ningun otro caballo de cuantos hubiera en la cuadra: á la verdad, no habia modo de dormirse encima de ella, porque todo se la volvia saltar, brincar, morder, cocear, y, ¡qué sé yo! de modo que no se necesitaba poco cuidado para no medir la tierra con las costillas. Pues como iba diciendo, creo (Dios me perdone) que porque os pareceis á aquella jaca, os quiero mas que á otra alguna persona del castillo.

En verdad, que no puedo menos de estaros muy agradecido por la buena opinion que pareceis tener de mí; contestó Orlando.

Dejadme acabar, mancebo, y no me in-

terrumpais, dijo Adan. Satan era una magnífica jaca; pero á pesar de eso, quiero que las dos crias de halcon que tengo en casa, se llamen como vos: uno Orlando y el otro Græme: y ademas, mientras que viva Adan Woodcock, estad seguro de que teneis un amigo; y aqui teneis mi mano en prenda.

Orlando la tomó y apretó cordialmente, con lo cual, Adan, despues de haber echado un sendo trago de agua, continuó su discurso de despedida en los siguientes términos:

Tres cosas tengo que encargaros, Orlando, que hareis bien de tener muy presentes, ahora que os quedais en este anchuroso mundo, sin persona de esperiencia que pueda guiaros en él. La primera es, que nunca tireis de la daga sin grave motivo, puesto que no todos los jubones están tan bien rellenos como el del Abad de la sin razon. La segunda es, que no os echeis á volar tras de cada muchacha bonita que encontreis en la calle ó en el campo; porque quiero que sepais, que no siempre encontrareis en pago una cadena de oro: y esto me recuerda vuestra *fanfarrona*; guardadla bien, que es pesada y puede seros de mucha utilidad cuando menos lo penseis. En fin y en conclusion, como dice nuestro digno capellan; guardaos de la botella, porque

ya sabeis que ha trastornado molleras mas sedadas que la vuestra. Pudiera citaros algunos ejemplos sino que creo no hay para qué; puesto que aun cuando podais olvidar fácilmente vuestros pecados, no es muy probable que con tanta facilidad lo hagais los míos: y con esto, Adios os quedad, mi querido hijo.

Apretóle Órlando de nuevo la mano, y le encargó hiciese presentes sus respetos á su buena señora, y tambien que la dijese como nada mas sentia en el mundo, sino el haberla ofendido; pero que estaba determinado á hacer de modo, que su conducta de hombre no la hiciese arrepentir de la proteccion que le dispensara cuando niño.

Tornó el halconero á abrazar á Órlando; subió en su buen caballo que le esperaba á la puerta, y con evidentes señales de no poco sentimiento tomó el camino de Avenel. Hasta el pesado trote del caballo parecia anunciar el dolor que aflijiera al ginete: de suerte, que el corazon de Órlando latia á cada pisada, y estaba en simpatía con el del buen Adan, de quien se separaba quizá para siempre.

Abismado en sus lúgubres pensamientos, permaneció inmóvil á la puerta de la hosteria, hasta que la voz de Ventisca le hizo vol-

ver en si, recordándole la necesidad que habia de que se fuesen prontamente al palacio, antes que el rejente entrara en el consejo, lo que hacia muy de mañana. Pusieronse en marcha al punto, y llegaron en breve á Hollywood, donde Santiago como criado antiguo y favorito que gozaba con su señor de mas favor y confianza que otras personas del rango mas elevado, introdujo pronto al paje en un pequeño aposento esterado, donde se encontró cara á cara con el hombre que por entónces representaba la majestad real de Escocia. Vestia el rejente una bata negra y llevaba un gorro y pantuflas del mismo color; pero aun con tan desaliñado traje, tenia en la mano su espada envainada: precaucion que adoptaba cuando recibia á un estraño, mas bien para conformarse con la voluntad de sus amigos que exigian que asi lo hiciese, que por gusto ó temor que él por sí tuviese. Correspondió al respetuoso saludo de Orlando con silenciosa inclinacion de cabeza, y dió uno ó dos paseos por el cuarto sin hablar palabra, solo que miraba de cuando en cuando al paje con tal intensidad, que parecia querer leer sus mas recónditos pensamientos. Al fin, paróse de repente, y dijo:

¿Me parece que os llamais Julian Græme?



Orlando Græme , milord; no Julian, si os place.

Decis bien; engañóme mi memoria. Sois Orlando Græme, natural del pais disputado. ¿Sabeis, Orlando, á fondo lo que es necesario saber para entrar al servicio de una dama?

Al menos debiera saberlo, milord, contestó Orlando; puesto que he pasado tantos años al servicio de Lady Avenel; solo que quisiera que V. G. tuviese á bien dispensarme de ejercitar ese servicio; en vista de que el caballero de Avenel me prometiera.....

Tened la lengua, jóven, dijo el rejente interrumpiéndole, y ved que soy yo el que hablo, y que á vos solo atañe oír y obedecer. Es preciso, que al menos por algun tiempo, volvais á servir á una dama sin igual por su rango en Escocia. Pero terminado que sea el tiempo de este servicio, yo os empeño mi palabra de caballero y de rejente, que he de ponerlos en un camino tal, que pueda satisfacer vuestros mas extravagantes deseos, aun los que hiciérais en sueños; y aun cuando vuestra cuna fuese infinitamente mas ilustre de lo que al presente aparece. Os traeré á mi lado y servireis en mi propia casa: de modo que os habrán de respetar los nobles mas or-

gulosos de Escocia; ó bien si lo preferís, os daré el mando de una bandera de infantes. Bien veis que uno ú otro destino es cuanto pudiera apetecer el mas orgulloso hidalgo para un hijo segundon.

¿Me permite V. G. le pregunte á quién he de prestar mis primeros servicios? dijo el paje.

Eso se os dirá á su tiempo, mancebo, contestó el rejente, y paróse: al cabo de un rato, como si hubiese vencido la dificultad que tenia en hablar mas en el particular, añadió: ¿por qué no he de decirte yo mismo que el servicio á que te destino, es al de la mas ilustre y mas desgraciada de todas las damas del mundo, en fin, al servicio de Maria de Escocia.

¿De la reina, señor! exclamó Orlando incapaz de reprimirse, tal era la sorpresa que aquella noticia le causara.

*De la que fué reina;* contestó Murray con un tono en que se notaba una singular mezcla de enfado y de vergüenza á la vez. ¿Ignorais acaso, mancebo, que su hijo es el rey de Escocia?

Al decir esto arrojó un profundo suspiro, en parte natural y en parte afectado sin duda.

¿Segun eso, señor, voy á servir á S. A. en el castillo que la sirve de prision? tornó á preguntar el paje con un inocente atrevi-

miento, que no obstante turbó al profundo político.

¿Quién os dijera, osado jóven, que Maria es prisionera? contestó el rejente con severidad. ¡No permita Dios que así sea! Lo que está, es separada de los negocios del Estado y de la importunidad del público por corto tiempo, y nada más, todo ínterin se tranquilizan las cosas lo bastante para que pueda gozar de nuevo de su pleno y libre alvedrio, sin que su real corazón se halle espuesto á las asechanzas y mañosidades de hombres insidiosos y malvados. Por lo mismo, si bien es necesario que su servidumbre sea tal cual conviene á su alta categoría, no lo es menos que las personas que la compongan merezcan mi más implícita confianza. Por esto que os digo, jóven, fácilmente echareis de ver que sois llamado á llenar un alto y honrosísimo destino; y que en él hábreis de conducir de tal modo, que os ganeis la protección y buen querer del rejente de Escocia. Dícenme que sois de inteligencia despejada y viva; y con efecto, leo en vuestros ojos que me habeis comprendido. En este pergamino, continuó alargándole uno, hallareis instrucciones precisas, acerca de las obligaciones que os impone vuestro nuevo y honorífico empleo: mas

no olvideis que la primera de todas, aquella de que os habré de pedir estrecha cuenta, es la *fidelidad*; y comprended bien, que os quiero decir fidelidad hácia mí, ó hácia el Estado, que es lo mismo. Habeis de tener cien ojos, para ver y notar cualquier tentativa que se pretendiese hacer, y tuviere por objeto establecer comunicaciones entre los habitantes del castillo y los señores que se han puesto al frente de las banderías en los condados del poniente, tales como los Hamiltons, los Seytons, los Hemings y otros. Ya os he indicado, como mi ilustre hermana conociendo los incalculables males que orijinaran á estos reinos de Escocia algunos perversos consejeros, tomara la cuerda determinacion de secuestrarse en el castillo que habita, á fin de no tomar parte en los negocios públicos. Mas á Nos toca, obrando como lo hacemos, á nombre y en pró de nuestro Real sobrino, tomar cuantas medidas nos sujiera la esperiencia, á fin de impedir que la acertada resolucion de su augusta madre no pueda alterarse en grave daño y perjuicio del Estado; lo que fuera muy dable si diera oidos ó tuviera comunicacion con esos señores, que ya os menté, y otros de su faccion. Por tanto, será para vos el principal conato y obligacion, observar atenta-

mente y dar parte á nuestra señora Madre, que al presente y por algun tiempo tendrá la honra de residir con Maria, de cuanto noteis que pueda indicar la menor inclinacion de parte de esta, á salir del lugar de seguridad en que al presente se halla; ó á establecer, como dije, comunicaciones exteriores. Pero quiero advertiros, que si vuestra penetracion llegase á descubrir alguna cosa de mayor entidad ó que pasase de una mera sospecha, no debereis en tal caso titubear un instante en mandarme un mensajero fiel á toda prueba, dándome exacta y circunstanciada noticia de lo que sea: ved aqui una sortija que os autoriza á disponer de hombres y caballos, si para tal servicio los hubiéreis menester: y con esto, partid y Dios os asista; que si vuestro entendimiento corresponde á la sagacidad de vuestra mirada, sobrado me habeis comprendido; *servidme como bueno y fiel; y por las espuelas que calzo, vuestra recompensa será mayor de lo que vos mismo os atreviérais á desear.*

Orlando, despues de saludar respetuosamente, se disponia á salir; mas le hizo seña el conde de que no lo hiciese: quiero repetiros, jóven, tengais muy presente la tal vez indiscreta confianza que en vos he depositado; puesto que de su séquito, vos sois el único

que debe su destino á mi recomendacion. Las camareras y damas son todas elejidas por ella; porque me pareció demasiado duro privarla del privilegio de que asi lo hiciese: á pesar de que hubo quien me advirtiera que mi debilidad podia serme fatal. Vos sois jóven y agraciado: no habrá de parecer extraño que tomeis parte en sus diversiones y juegos. Pero no perdais ni por un momento de vista que debeis estar continuamente alerta, á fin de advertir si aquellas diversiones encierran ú ocultan algun proyecto de mas profundo interés: en una palabra, si advertís que minan, preparad al punto una contramina. Por lo demas, fuera ocioso deciros que debeis tratar á vuestra nueva ama con el mas profundo respeto: no olvideis que es una princesa, aunque la mas desventurada de cuantas existen; ni tampoco está bien dejeis de pensar en que fué reina, por mas que en el dia, por desgracia, no lo sea. Tratadla, repito, con todo el respeto que sea consistente con la fidelidad, que ante todo, debeis á vuestro rey y á mí: y ahora partid; pero no, esperad: vais á caminar con Lord Lindsay, que es un hombre de antaño; honrado sí, pero desapa-cible y sin cultura: ved de no ofenderle con alguna palabra indiscreta, pues es hombre

que no gusta de chanzas, y segun entiendo, vos sois un tanto aficionado á ellas. Dijo esto el rejente con una sonrisa, y añadió: bien quisiera yo encargar á otro que al Lord Lindsay la mision que lleva; puesto que su natural es sobrado áspero para tratar con una dama; mas no pudo ser, el Consejo lo quiso así.

Y el Consejo tuvo razon, Milord, dijo Morton que en aquel instante entraba en el aposento: su eleccion fué acertada, y vos mismo conoceis harto bien la obstinacion y perversidad de esa Señora, para no comprender cuán necesario es cortar de raiz un árbol tan viciado. ¿Con que este es su nuevo paje? ¿Supongo, mancebo, que S. G. el rejente os habrá enterado á fondo del modo como habeis de conduciros? con su permiso, quiero añadir tan solas dos palabras á sus superiores instrucciones. Vais á un castillo de Douglas, y en él, ni en ninguno de cuantos le pertenecen, prosperara jamás la planta de la traicion. Oid y atesorad mis palabras en vuestro pecho: el instante mismo en que se elevase la menor sospecha contra vos, seria el último de vuestra existencia. Mi pariente Guillermo de Douglas es hombre que no entiende de burlas; y si por desgracia llegáreis á incurrir en su enq-

jo, estad seguro de que el sol no se pondría sin que os meciérais en el aire, colgado de una de las almenas de su castillo. Despues volviéndose al rejente le preguntó, si tambien se habia concedido á la dama un capellan ó limosnero,

Se la permitirá uno de cuando en cuando, Douglas, contestó el de Murray: bien conoceis que fuera demasiado cruel negar á esa infeliz un padre espiritual que ella cree indispensable para la salvacion de su alma.

Siempre os dije, Milord, que vuestro corazon era demasiado tierno: ¡con que al fin habeis consentido en poner á su lado un confesor, que no tendrá otro oficio sino el de transmitir sus quejas no solo á nuestros enemigos de Escocia, sino que tambien á los Guisas de Francia, á la España, á Roma y qué sé yo á quien mas?

Nada temais, contestó el rejente; pondremos buen órden en todo, y tal, que tenga á raya toda tentativa de traicion, de cualquier lado que venga.

A vos os toca entender en eso, ¡vive Dios! bien sabeis mi modo de pensar con respecto á la doncella que habeis consentido en darla por camarera. Esa niña pertenece á una familia, que es de todas las de Escocia, la mas



adicta á Maria y mas enemiga nuestra. Y á no haber nosotros tenido buen cuidado, estoy persuadido de que el paje hubiera sido tan de su gusto como la camarera. Tambien ha llegado á mis oidos que una vieja bruja fanática ó loca, que pasa entre los católicos por algo mas que medio santa, andaba buscando un doncel á propósito para Maria.

Al menos de ese peligro no solo hemos escapado, respondió el rejente, sino que su mismo deseo nos ha proporcionado un instrumento seguro para nuestros planes, en la persona de este enviado de Glendining: y en cuanto á la camarera, dejad por piedad á Maria que satisfaga su capricho, recibiendo á esta, en lugar de sus cuatro nobles Marias, que parecian cuatro piezas de seda ambulantes.

A deciros verdad, replicó Morton, la camarera no me llama mucho la atencion; pero lo que no puedo tragar es el limosnero: y si he de confesaros lo que pienso, creo que los hombres de iglesia de cualquier religion ó secta que sean, son todos una misma cosa. O sino hay teneis á nuestro famoso reformista John Knox, antes tan desinteresado, tan celoso y tan ardiente en derribar la antigua gerarquía, y que ahora solo piensa en elevar otra nueva con su correspondiente séquito de escuelas,

seminarios y demas; para lo cual, tiene la desfachatez de exigir, mas bien que pedir, las tierras y posesiones de los suprimidos conventos, con las rentas de los obispados y colegiatas: en fin todos los despojos de Roma, que la nobleza de Escocia ganara con su espada y con su lanza, como si lo hubiera hecho tan solo para fundar nuevas colmenas que zumben tanto ó mas que las que ya nó son.

John, contestó el rejente, es un santo varon; y sus proyectos proceden de una devota imajinacion.

La sonrisa tranquila y séria con que fueron dichas estas palabras, dejaron á los que las escucharan en la duda de si serian formales ó derisorias de los planes del reformador escocés. Pero volviéndose de pronto hácia Orlando, como si pensara que habia oido demasiado de aquella conversacion, le mandó que montase al instante á caballo, y tratase de alcanzar al Lord Lindsay que sin duda alguna lo habia hecho ya. El paje saludó profundamente y salió del aposento.

Guiado por Miguel Ventisca, no tardó Græme en hallarse á la puerta principal del palacio, en la cual estaba esperándole su caballo y hasta una veintena de lanzas, cuyo

gele manifestaba en sus modales y palabras la mas grosera impaciencia.

¿Es este el truhan de paje por quien estamos aguardando hace tanto tiempo? preguntó á Miguel ¡Vaya un personaje! ¡y entre tanto, milord Ruthven, llegará al castillo mil años antes que nosotros!

Miguel contestó afirmativamente, y añadió, que el doncel habia sido detenido por S. G. el rejente, á fin de comunicarle las últimas instrucciones. Contentóse el caballero con formar con su garganta una especie de gruñido por via de quedar informado, y en seguida llamando á uno de los hombres de la escolta, le dijo: Eduardo, á vos encomiendo este galan: ved que con nadie tenga comunicacion, sino con vos.

Dirijiéndose luego á un caballero de respetable aspecto, el único que pareciera superior á los simples soldados, y dándole el título de sir Roberto, le dijo que era preciso montase inmediatamente á caballo.

Hiciéronlo asi, y en tanto que bajaban al paso por uno de los arrabales de la ciudad, pudo Orlando muy á su sabor observar el talle y apostura del baron, gefe de aquella fuerza.

Frisaba la edad del lord Lindsay de Byres

en los cincuenta años. Pero su alta estatura y robustos miembros decían cuán capaz era aun de sobrellevar las fatigas de la guerra: sus muy pobladas cejas que empezaban á encanecer, casi cubrían unos ojos negros y sombríos, que parecían aun mas oscuros por hallarse profundamente colocados en su rostro: sus facciones, naturalmente duras y repulsivas, lo eran aun mas por dos ó tres cicatrices de heridas que recibiera en varias batallas. Aquellas facciones que jamás espresaran un sentimiento de benevolencia ó de bondad, parecían mas chocantes aun bajo un yelmo sin celada, cuya babera y parte inferior del rostro se hallaba casi toda cubierta por la poblada barba entrecana del espantoso barón. El vestido que su armadura permitía ver, consistía en una sobreveste de gamuza, que en otro tiempo estuviera forrada de seda y bordada, pero que á fuerza de uso y de viajes no solo había perdido su color sino que estaba toda cubierta con la mugre y cortada en varias partes, sin duda á tajos y estocadas. Llevaba debajo una coraza de fino acero y bien dorada; pero tan sucia y tomada de orín, que con dificultad se podía conocer de lo que fuera. Su espada era de aquellas antiguas de dos manos, de las que no

era posible servirse sino á caballo, las cuales empezaban ya á no usarse entónces. Pendia aquel espadon de un ancho tahalí, construido de modo, que la sostenia casi perpendicularmente; saliendo la enorme empuñadura por encima del hombro izquierdo, mientras que la punta le llegaba al talon é iba dando contra el acicate. Aquellas descomunales espadas solo podian desenvainarse tirando del puño por cima del mismo hombro izquierdo; porque ningun brazo humano podia sacarlas de otro modo. En fin, toda su apariencia era la de un feroz guerrero; indiferente de todo punto á la apariencia exterior, lo que acababa de patentizar el tono perentorio, duro y lacónico con que trataba á sus soldados.

El otro caballero que á su lado marchaba á la cabeza del destacamento, formaba con él un perfecto contraste tanto por sus modales, como por sus facciones y porte. Sus cabellos escasos parecian del todo blancos, por mas que su edad no pasara de cuarenta y cinco á cincuenta años: era su voz suave é insinuante: su cuerpo delgado é inclinado mas bien por costumbre que por debilidad: sus pálidas mejillas espresaban en alto grado reflexion, agudeza é intelijencia: eran sus ojos vivos, aunque apacibles; y todo su aire suave

y conciliador. Montaba una hacanea de paso, como las de que se servian las señoras, los clérigos y otras personas de profesion pacífica. Su vestido consistia en un gaban corto de viaje, de terciopelo negro; y del mismo color eran el gorro y la pluma, sostenida esta por una medalla de oro. En fin, mas bien por parada y lujo que para servirse de ella, pendia de su lado una lijera espada ó florete, sin otra arma alguna en toda su persona, ofensiva ó defensiva.

Tan luego como hubieron salido de la ciudad, toda la comitiva tomó con paso trotón el camino del norte. Ansioso por demas iba Orlando de averiguar alguna cosa acerca del objeto y término de su viaje; pero la cara del personaje que le dieran por compañero, en manera alguna le animaba para entablar conversacion; así que, le fué forzoso guardar silencio. El mismo sombrío barón que cabalgaba á la cabeza de la partida no tenia un aspecto mas helado que el del tal Eduardo, cuyos bigotazos le tapaban casi la boca y se asemejaban al portcullis de una fortaleza, pareciendo tener por único objeto impedir que saliesen de su boca palabras indiscretas. Toda la tropa parecia poseida de igual espíritu de taciturnidad, caminando silenciosos

como tigres que espian á su presa ó seme-  
jándose mas bien á una procesion de cartu-  
jos que á un peloton de soldados. Tan seve-  
ra disciplina no pudo menos de parecer es-  
traña á Orlando; puesto que aun la comitiva  
del caballero de Avenel, que merecia la re-  
putacion de hombre en cuya presencia jamas  
se faltara al decoro, cuando iba de jornada,  
se permitia toda especie de chanza ó alegre  
cancion, con tal que no pasara los límites de  
una decente diversion. Con todo, aquel si-  
lencio fué muy del caso para que llamando  
Orlando en su ayuda á cuanta reflexion y ta-  
lento poseia, se pusiese á pensar con alguna  
seriedad en su posicion y perspectiva futura,  
las cuales hubieran aparecido á los ojos de  
todo otro hombre de seso, peligrosas y difi-  
ciles por demas.

Era muy evidente, que arrastrado por  
circunstancias, á las que no fué en su mano  
sobreponerse, habia contraido compromisos  
con las facciones opuestas y predominantes  
en Escocia: era igualmente claro que su  
abuela Magdalena le destinara por medio de  
ocultas tramas al empleo que por la protec-  
cion del rejente habia obtenido al lado de la  
persona de la depuesta reina. Acerca de este  
particular, aun cuando hubiera tenido alguna

duda, las palabras que Morton dejara escapar, la hubieran aclarado del todo: y no obstante, parecía sorprendente el cómo estas dos personas, verdaderos antípodas (puesto que el uno era el enemigo declarado, y la otra el partidario acérrimo de Maria y de la religión católica: el primero á la cabeza del gobierno que se titulaba del rey; la segunda considerando aquel gobierno como una verdadera usurpacion), pusieran ambas en él implícita confianza, esperando una y otra que habia de ser instrumento de sus designios, diametralmente opuestos. Su escasa reflexión era sobrada para darle á conocer lo espuesto de su posición, en la que no solo arriesgaba su honor con uno de los dos partidos, sino hasta su misma vida. Por fortuna, no cabia en el ánimo de Orlando anticipar los males antes que sucediesen; ni menos prepararse de antemano para combatir dificultades que aun no se habian presentado. Veré, concluyó diciendo para sí, á esta hermosa y desgraciada Maria, de quien tanto he oido hablar; y despues tendré tiempo sobrado para decidir si he de pertenecer á la reina ó al rey. Ninguno de ellos puede decir con verdad que yo les haya empeñado mi palabra de seguir su banderia: ni



tampoco lo han exigido; contentándose con traerme de aquí para allá como palo de ciego, sin decirme claramente lo que esperaban de mí. Buena fortuna tuve en que Douglas el negro entrase tan de improviso en el gabinete del rejente esta mañana; pues de no ser así, seguro es que este no me dejara salir, sin que antes le hubiese jurado adherirme de todo punto á sus intentos, los que sin ser adivino me parece conocer; puesto que bastante claro me dió á entender, que su objeto en colocarme al servicio de su ilustre hermana, no era otro sino el de que le sirviese de espia; comision por vida mia harto poco honrosa, sobre todo, cuando se ha de desempeñar contra una mujer.

Recorriendo de este modo las materias mas profundas y complicadas, iba la imaginacion del atolondrado doncel discurriendo de uno en otro objeto, y buscando las mas agradables. Despues se quedó por algunos momentos en admiracion, ante los góticos torreones de Barnbogle, que se elevan gigantescos sobre un peñasco combatido por las siempre embravecidas olas del mar; y desde los cuales la vista se derrama sobre uno de los paisajes mas sorprendentes de toda Escocia. Despues pensó en la hermosa caec-

ría que con galgos y halcones se podía hacer en las onduladas llanuras por donde viajaban, y en cómo volarían los caballos por sobre valles y collados; cuya idea contrastaba en su imaginación de un modo bien desagradable con el pesado y monótono trote á que caminaban: perdido en estos pensamientos y soñando con galgos y lebreles, dió un espolazo á su caballo, y como le refrenara en seguida, le hizo hacer una corveta sin pensar; visto lo cual por su grave compañero, le censuró ágríamente su lijereza, y le aconsejó conservase el paso tranquilo y silencioso de los demás, si no quería que su intempestiva alegría llamase la atención del gefe de un modo que seguramente no redundaría ni en su agrado ni en su provecho.

Este bufido y la sujeción en que se le quería tener, trajeron naturalmente á la imaginación del jóven la paciencia y buen humor de su alegre compañero Adan Woodcock: y naturalmente tambien sus ideas se transportaron al castillo de Avenel, á la vida tranquila y monástica de sus habitantes, á la sin igual y constante bondad de su primera protectora, y aun á los favoritos que dejara en las cuadras, perreras y halconeras. Luego pensó en la incomprensible Catalina Seyton,

quien tan pronto se presentaba á su idea vestida de mujer como de hombre, y á veces de ambos á la vez: asi como acontece que en un sueño fantástico vemos al mismo individuo con dos formas distintas á un tiempo. Vínosele á la memoria el misterioso presente que le hicieran de la espada que llevaba pendiente; pero que no podia sacar sin la órden expresa de su lejítimo soberano. No obstante, consolábale el pensar que hallaria la solucion de todos estos problemas cuando llegase el término de su jornada.

Atestada la imajinacion con tanto y tan diverso pensamiento, llegó Orlando juntamente con la comitiva del Lord Lindsay al *Queens Ferry* (barca de la reina), donde encontraron barcas que los esperaban y en las que pasaron á la opuesta orilla. Verificóse el paso sin ningun accidente, escepto el de haberse puesto cojo un caballo al entrar en la barca, cosa muy comun en aquellos tiempos, y que no lo fuera menos despues, hasta que de algunos años á esta parte se ha mejorado aquel servicio. Pero lo que podrá caracterizar la época de que hablamos, es que teniendo el Sr. de Rosythe, cuyo castillo se hallaba poco desviado del *Ferry*, algun feudo con el de Lindsay, hizo que le disparasen

de una de las torres mas cercanas una culebrina cargada con bala, á fin de espresar su animosidad y resentimiento. Mas como esta bravata no causó daño á la tropa, nadie hizo caso, ni menos se trató de resentirla. Por tanto, continuaron sin otro algun accidente que de notar sea, hasta llegar á la orilla del *Loch Leven* (lago de Leven), que dilataba sus tranquilas y transparentes aguas bajo los rayos del sol de estio.

El antiguo castillo edificado en una isla que ocupa casi el centro de este hermosísimo lago, trajo á la imaginacion de Orlando su querido Avenel: aunque el que delante tenia, ademas de ser incomparablemente mayor, tenia un número considerable de pequeñas islas engarzadas en él, sin contar aquella que encerraba al castillo; y luego, en lugar de estar rodeado de incultas montañas como el de Avenel, solo tenia una al Sur, que es una de las faldas del elevadísimo puerto de Lomond, mientras que estaba circuido por todas las demas partes por las vastas y fértiles llanuras de Kinross. No pudo el paje desechiar de sí cierta aprension al considerar aquella acuática fortaleza, que, como aun se vé hoy en dia, no consistia sino en un fuerte torreon rodeado de un patio, ó mas bien

plaza de armas, con una torre mas pequeña á cada uno de sus ángulos, que contenia en su estrecha circunferencia algunos edificios de menor importancia. Unos cuantos árboles que cerca del castillo se elevaban, servian para animar algun tanto su triste y amenazador aspecto. El corazon de Orlando no pudo menos de angustiarse á la vista de aquella sombría prision de la mas desgraciada princesa, en la que dentro de pocos momentos él tambien se iba á ver encerrado. Sin duda, pensó, he nacido bajo la estrella que preside á las damas cautivas y á los castillos acuáticos; puesto que por mas que hago, no puedo librarme ni de servir á las unas, ni de habitar en los otros. Pero juro á brios, continuó, que como no me permitan la diversion de la caza, han de ver que es tan difícil confinar á un pato salvaje, como á mí que puedo nadar tambien como él.

En tanto habia llegado la tropa á la orilla del lago, y uno de los que la componian, adelantándose, empezó á tremolar el pendon de Lord Lindsay, mientras que el mismo baron hacia resonar los ecos con el prolongado sonido de su bocina. Dentro de pocos momentos se enarboló en la torre principal del castillo otra bandera en respuesta al parecer á

la señal hecha por el Lord Lindsay, y casi al mismo tiempo aparecieron algunas figuras al pié del castillo, que parecian ocuparse en desamarrar una lancha.

Yo creo que esa lancha tardará algun tiempo en llegar aquí; dijo el compañero del Lord Lindsay; y me parece que podriamos aprovecharnos de su tardanza para entrar en el pueblo y vestirnos de un modo mas decente y adecuado para presentarnos á.....

En cuanto á vos, haced como gustéis, Sir Roberto, contestó el baron; pero yo ni tengo tiempo ni genio para ocuparme de semejantes vaciedades. Por ella he hecho no pocas interminables caminatas; con que supongo que puesto que no lo ignora, no se ofenderá de que me presente con mi gaban raído y mi casaca manchada: tanto mas, cuanto que esta es la librea á que ella misma ha reducido á toda la Escocia.

No habéis, por Dios, con tanta severidad; ved que si la infeliz causara muchos males, harto ha penado por ello: ademas, que puesto que perdiera todo su poder, no debemos privarla tambien de aquel homenaje exterior debido á toda dama, cuanto mas á una princesa.

Os repito, Sir Roberto de Melville, que sois dueño de hacer como gustéis: en cuanto

á mí, soy demasiado viejo para pensar en hacer el galán con las damas en sus recámaras.

No sé, contestó Sir Roberto, mirando á la sombría torre que tenían delante, cuál será la recámara digna de una reina cautiva en aquella triste prision.

Llamadla cámara ó calabozo, como gustéis, replicó Lindsay, que á mí tanto se me dá; pero supongo que si el rejente hubiera querido enviar hombres á propósito para hablar con las damas, no le hubiera faltado á quién escojer entre los muchos que componen su córte, ¡si, por Dios! y que la hubieran repetido de memoria todos los discursos contenidos en los libros de Amadis de Gáula ó del Espejo de caballerías. Pero cuando elijió al tosco y viejo Lindsay, debia saber que hablaría á esa mal aconsejada mujer, como merece ser hablada la que fuera culpable de tantas debilidades ó mas bien crímenes. Yo ni apetecia ni busqué esta comision; bien al contrario, obligáronme á aceptarla mal de mi grado: y así no espereis que en su ejecucion me tome mas trabajo de aquel que sea absolutamente indispensable.

Diciendo esto, se apeó del caballo, y envolviéndose en su capa, se tendió cuán largo

era sobre la yerba, para esperar con mayor comodidad la llegada de la lancha, que ya se habia puesto á bogar. Entretanto, sir de Melville que se apeara tambien, daba cortos paseos de un lado para otro, mirando á menudo al castillo, y espresando sus facciones una mezcla de tristeza y ansiedad. El resto de la comitiva se mantenía firme en las sillas, sin hacer el mas mínimo movimiento, ni aun con la punta de sus lanzas que tenían perpendiculares, con el regaton apoyado en el pie derecho, mientras que los hierros reflejaban los rayos del sol.

Tan luego como se hubo acercado el bote á una especie de grosero muelle, junto al cual la tropa habia hecho alto, el Lord Lindsay se levantó de un brinco y preguntó al timonero, por qué motivo no habia traído una lancha mayor en la que pudiese caber toda su comitiva.

No la he traído, milord, replicó el barquero, porque mi señora tiene dada órden de que bajo ningun pretesto se lleven al castillo mas de cuatro personas.

¡Tu señora, contestó Lindsay, no deja de tener grande entendimiento en sospecharme de traicion! á mas, de que si así fuese, ¿quién me impediría, dime, que te arro-



jase al agua á tí y á tus camaradas, y llenase el bote con mi gente?

Al oír el patron estas palabras, hizo una seña á sus remeros, los cuales con un solo golpe hicieron retroceder la lancha á considerable distancia de la orilla.

¿Cómo es eso, animal, exclamó Lord Lindsay; pensaste acaso que intentaba algun daño contra tu miserable persona? Pero escucha, villano: con menos de tres criados no he de ir á parte ninguna. Sir Roberto de Melville necesita cuando menos uno; por tanto, tú y tu señora sereis responsables de las fatales consecuencias que pueda tener el no admitirnos, viniendo como venimos, por asuntos de la mayor importancia para el Estado.

A esto el timonero contestó con mucha eortesía, pero con firmeza, que las órdenes que tenia de no llevar sino cuatro personas en la lancha eran terminantes y precisas, y de ellas no podia apartarse un solo punto; y asi que lo que podia hacer era volver atras, á fin de poner en conocimiento de su señora las órdenes de milord, y obrar en seguida con arreglo á las que recibiese.

Hacedlo asi, mi amigo, dijo sir Roberto, despues de haber procurado en vano vencer

la obstinacion del descontentadizo Lord Lindsay, tratando de persuadirle á que disminuyese su comitiva; volved al castillo y procurad obtener permiso de Lady Douglas para conducirnos á él al Lord Lindsay, á mi persona y á nuestra gente.

Escucha, añadió Lord Lindsay, lleva entretanto contigo á este doncel, que lo va á ser de la huéspedea de tu señora. ¿Lo ois, faraute? continuó dirijiendo la palabra á Orlando: pie á tierra, caballero, y meteos en el hote.

¿Y qué será de mi caballo? contestó el paje; ya sabeis, milord, que yo respondo de él á mi amo.

Yo haré que se cuide de él; contestó Lindsay; ni creais que perdeis algo en dejarle, pues es bien seguro que se han de pasar por lo menos diez años, antes que tengais necesidad de caballo, brida, silla ó cosa que lo valga. Pero si os place, podeis llevaros el ronzal; quizá lo hayais menester, ó mejor diré, lo hayan menester para vuestro servicio.

¿Si tal creyera!.... empezó á decir Orlando; pero le interrumpió Melville, y le dijo con tono afectuoso: no disputeis, mi jóven amigo; la resistencia de nada os puede servir sino para acarrearos disgustos.

Conoció Orlando la verdad de este consejo, y aunque no podia tragar ni las chanzas ni los modales de Lord Lindsay, creyó necesario hacer por entónces de necesidad virtud, y así entró en la lancha sin mas observaciones. Inmediatamente los remeros emprendieron su faena; y á poco, el muelle juntamente con la partida de caballeria empezó á desaparecer de su vista, mientras que el castillo parecia acercarse por instantes; y así fué, que en breve el bote llegó á amarrarse al pie de un corpulento árbol que hacia sombra al desembarcadero. El timonero y Orlando saltaron en tierra, mientras que los remeros se mantenian en sus bancos hasta recibir nuevas órdenes.

## CAPITULO VI.

---

**A** la puerta misma del patio ó primera esplanada del castillo de Loch-Leven, se hallaba la imponente persona de la Castellana, que en sus juveniles años cautivara el amor del rey Santiago V, de cuya pasion naciera el conde de Murray, actual rejente de Escocia. Siendo esta señora de alta y noble cuna (de la casa de Mar) aquel desliz no impidió que la pretendiesen en casamiento muchos galanes de aquel tiempo, de los cuales obtuvo su mano Guillermo Douglas de Loch-Leven. Pero no en vano ha dicho un sabio:

*Que los vicios que mas nos deleitan, se truecan con el tiempo en disciplinas que nos azotan cruelmente.*

Ni el alto rango á que llegara Lady Loch-Leven como esposa de uno de los principales señores de la córte, ni el ser ma-

dre de una numerosa y lejitima familia, ni aun el orgullo que naturalmente debian inspirarla el reconocido talento, el poder y el alto puesto á que se elevara su hijo Murray, nada era capaz de desterrar de su idea el remordimiento y vergüenza de su primera falta. En la amargura que el recuerdo de su ilícita pasion la ocasionaba, decíase á sí misma: si Santiago me hubiera hecho la justicia que me debia, yo fuera ahora su lejitima esposa, y Murrroy seria tambien el orgullo de mi vida, el lejitimo soberano de Escocia, y uno de los mas sabios que jamás empuñaran este cetro. Entónces tambien, la noble casa de Mar, que en modo alguno le cede ni en ilustracion ni en antigüedad á la de Drummond, contara entre sus hijas á una reina, en lugar de verse manchada por la fragilidad de una de ellas; fragilidad que no es menos bochornosa por mas que fuera un rey quien la causara.... Un pecho ajitado por tales sentimientos, y que de suyo era orgulloso y severo, no podia menos de imprimir á su rostro, por mas que este conservara evidentes restos de singular belleza, una tinta de descontento y de impaciente melancolía. Pero lo que quizá mas que todo contribuyera al aire de ascética y repulsiva severidad de

aquella matrona, fueran los fanáticos principios religiosos que adoptara juntamente con la secta reformada, que de suyo y particularmente en aquellos tiempos, era en estremo dura é intolerante.

Lo que dejamos dicho bastará para dar á conocer al lector que la infeliz Maria, huésped por fuerza, ó mas bien prisionera de esta dama, se habia atraído todo su odio. Detestábala en primer lugar, como hija de Maria de Guisa, lejitima poseedora de aquellos derechos al corazon de Santiago, de que ella se imaginaba haber sido privada injustamente; y aborreciala mas aun, porque profesaba una religion que ella consideraba como peor que el mismo paganismo.

Tal era la dama, que como hemos dicho, esperaba á la entrada de su castillo con su acostumbrado gesto descontentadizo, aunque disimulado por la monterilla de terciopelo que rematando en punta la caía hasta la mitad de la frente, para preguntar al patron de la lancha, qué habia sido del Lord Lindsay y de Sir Roberto de Melville. El marino contó lo que habia pasado, y ella con una sonrisa de desprecio, contestó: á los locos es preciso llevarles la manía y no contradecirles: asi, pues, vuelve allá con tu lancha; escústate

lo mejor que puedas. Dí que el Lord Ruthven se halla ya aquí, y espera impaciente la llegada de Lord Lindsay. Parte Baudal; pero escucha, ¿quién es ese galopin que ha venido contigo?

Señora, con vuestro permiso, este es el doncel que viene á servir á.....

Lady Leven no le dió tiempo para concluir, y dijo. ¡Ya! este es otro menino favorito: ayer llegó la menina. Voy viendo que mi familia no dejará de estar bien ordenada y tranquila con el séquito singular de esa dama: consuélame la idea de que el rejente y su Consejo podrán hallar luego quien me reemplace en este encargo. Véte, pues, Baudal y vos, (hablando con Orlando) seguidme al jardin.

En esto echó á andar pausada y majestuosamente hácia un pequeño jardin rodeado de muros de piedra, adornado de estátuas y con una fuente artificial en medio, el cual se hallaba á un lado de la esplanada con la que comunicaba por medio de un pasadizo abovedado. En los estrechos límites de este triste jardin, la infeliz Maria Stuardo se iba acostumbrando á aquella vida de prisionera, que con muy cortos intervalos de efimera libertad, debia ser la suya hasta exhalar su postrer alien-

to. Paseábase á la sazón sombría y solitaria, seguida tan sólo de dos silenciosas doncellas. Empero apenas los ojos de Orlando se hubieron fijado en aquella princesa tan ilustre por su nacimiento, tan eminente por su hermosura, su talento, sus gracias y sus desdichas, cuando toda otra persona desapareció de su mente, y solo vió en el vasto universo á la reina de Escocia.

El rostro, el talle, la persona en fin de aquella reina se hallan de tal manera impresos en la imaginación de todos, que aunque sean pasados tres siglos des que cesara de existir, es casi inútil hacer su retrato; y apenas hay cuadro ni estampa en que no se la represente cual ella era; es decir, reuniendo en su persona las ideas perfectamente combinadas de majestad y belleza, de modo que no se puede decir cuál en ella sobresalía; si la reina, la hermosa ó la mas completa y graciosa dama. ¿Quién hay que al oír mentar á Maria Stuardo no crea tener presentes sus facciones como las de la querida de sus floridos años, ó la encantadora hija de su edad madura? Aun aquellos que imaginan deber creer cuanto sus enemigos dijeran en su contra, no pueden menos de suspirar figurándose aquel rostro que espresaba cuantas gracias



amables pueden adornar á la humanidad; en lugar de la disposicion para aquellos crímenes horribles que se la achacaran durante su vida, y que aun despues de su muerte oscurecen ya que no ennegrezcan del todo su memoria? Aquella frente tan amable, tan abierta y al mismo tiempo tan altiva; aquellas graciosas y perfectas cejas que animaban la hermosísima espresion de sus brillantes y parleros ojos castaños; la severa nariz griega; la boca encantadora que parecia formada tan solo para pronunciar palabras de aquellas que arrebatan el alma de quien las escucha; la oyosa y movable barba; el contorneado cuello, toda su persona en fin, formaba un conjunto tal, que jamás se viera igual en otra alguna persona de su alta gerarquía, en la que los hombres y mujeres no necesitan ser hermosos para atraerse la consideracion y el respeto de los demas mortales. Parécenos inútil añadir que los retratos que existen de aquella extraordinaria señora, no se parecen unos á otros; pero en medio de su desemejanza, cada uno de ellos delinea facciones que á todos nos son familiares, y juzgamos parecidas al original que nuestra imaginacion se formara cuando por primera vez leimos su historia. Finalmente, por una especie de encanto que jamás tuvo

paralelo, y que nadie puede explicar, apenas vemos un retrato suyo por grosero y malo que sea el pincel, cuando exclamamos: ¡ese quiso representar á Maria Stuardo! Ni es menos curioso el hecho de que sus gracias personales continúan siendo no solo el objeto de la general admiracion, sino de un interés caballeresco, aun despues de pasados tres siglos de ser muerta. ¡Que mucho! sabido es que aun su verdugo, cediendo al encanto que rodeaba su persona, pidiera humildemente la gracia de besar su mano antes de descargar el fatal golpe que debia separar del cuello su anjelical cabeza.

Vestida toda de luto tal como acabamos de describirla, Maria Stuardo tan luego como advirtió la entrada de Lady Leven, se adelantó hácia ella, mientras que esta por su parte procuraba ocultar su encono y encojimiento bajo el aspecto de respetuosa indiferencia. Era así que la Castellana habia no pocas veces experimentado la superioridad de Maria en aquella especie de combate irónico que algunas mujeres saben dar con tanta ventaja, que mortifican cruelmente aun á aquellos bajo cuyo dominio se hallan. Y si hemos de creer algunas crónicas contemporáneas, no fué menos fatal aquel talento á la reina

de Escocia, que otros muchos de los que poseía; puesto que aunque á veces la proporcionara un triunfo momentáneo sobre sus carceleros, nunca dejaba de aumentar de mas en mas el resentimiento y deseos de venganza que estos abrigaban: de modo que sus sátiras é irónicos discursos la atrajeran no pocas veces los mas severos tratamientos. Todo el mundo sabe que ella misma precipitó el instante de su muerte con la carta que escribió á la reina Isabel, su prima hermana y celosa rival (en cuyo poder se hallaba prisionera), en la cual carta la trataba igualmente que á la condesa de Shrensbury con la mas picante ironía y el mas osado menosprecio.

Cuando ambas damas hubieron llegado á distancia conveniente, la reina inclinó la cabeza correspondiendo al respetuoso saludo de Lady Leven, y dijo: Ésnos este dia afortunado y debemos señalarle como tal, puesto que nos proporciona la sociedad de nuestra Castellana á una hora tan poco acostumbrada, y precisamente la única en que soliamos gozar de solitaria comunion con nuestro propio corazon ó cuando mas con nuestros criados. Pero Lady Leven bien sabe que á todas horas puede entrar en nuestra presencia, y que para hacerlo no há menester

sujetarse á la enfadosa é inútil ceremonia de pedir nuestro beneplácito.

Siento en el alma que V. A. considere mi presencia como intrusa, contestó la Castellana; y tanto mas, cuanto que únicamente venia á anunciar esta nueva adición al séquito de V. A.; y en esto mostró con la mano á Orlando: y en verdad, señora, que las damas en general no suelen ser indiferentes á semejantes anuncios.

¡Oh! pídoos mil perdones, Milady; y en verdad que los favores que mis nobles me hacen son tantos, que su peso agovia mis fuerzas: pero ¡qué loca soy! ¿he dicho mis nobles? hice mal, señora: faltéles al respeto, lo conozco; debí decir mis reyes, cuya bondad pasa todos los límites imajinables, puesto que condescendieran en hacer tan respetable añadidura á mi comitiva.

En verdad, señora, que teneis razon, dijo Lady Leven: vuestros nobles se han esmerado en probar á V. A. su deseo de agradarla, y aun creo lo hicieran de un modo que no está muy de acuerdo con la sana política: mi única esperanza es que sus buenas intenciones serán por V. A. apreciadas como merecen.

¡Y cómo pudiera ser de otro modo! con-

testó la reina: ¿cómo podeis dudar de ellos señora?... la nunca vista cortesía que permite que la hija de tantos reyes; que la que es reina todavía, sea servida por dos doncellas y un paje, no puede en manera alguna ser suficientemente agradecida por Maria Stuardo. ¡Vaya! ¡pues si voy á tener un séquito casi igual al de cualquiera de vuestras hidalgas de aldea! sin que falte á lo mas sino un escudero y un par de jayanes con espada y broquel. Pero me olvido de que esta magnífica adición á mi servidumbre va á ocasionar á mi benévola patrona no poca incomodidad á mas del gasto. Conozco, mi querida Leven, que solo á estos motivos debo achacar esa nube que oscurece vuestra frente; mas no penseis en ello, y pensad en que la corona de Escocia tiene aun á su disposicion muchos y magníficos estados, y que es bien seguro que vuestro muy sumiso hijo y mi mas tierno hermano, preferirá regalar alguno de ellos á vuestro noble esposo, mas bien que permitir que Maria tenga que salir de este su castillo hospitalario por no poder vueseñoría sostener los gastos que su estancia en él la ocasionan.

Señora, contestó la Castellana; los Douglases de Leven están acostumbrados de

muchos siglos á esta parte á cumplir con su deber hácia el Estado sin esperanza ni deseo de recompensa alguna; aun cuando este deber fuese para ellos á la vez desagradable y peligroso.

Pero, señora, dijo la reina, sois por demas escrupulosa. Dejaos convencer, y aceptad, os ruego, algunos de esos estados que he dicho: ¿qué mejor destino puede darse á las tierras de la corona de Escocia que el de que contribuyan á sostener á su reina con toda su magnífica córte? ¿y quién, decidme, con mas derecho para sostener á su madre y ayudarla en sus gastos sino el conde de Murray? el, que en tan eminente grado posee los medios y la voluntad de hacerlo? Pero quizas, segun dísteis á entender, el motivo verdadero de enrojecerse vuestra noble frente, fuera el peligro que en esta empresa corriérais. Si asi fuese, convengo con vos en que un paje es un refuerzo formidable para mi guardia de dos doncellas: y ahora que lo recuerdo, apuesto á que fué ese el motivo por el que Lord Lindsay no quiso aventurar su persona en la lancha, á menos de venir rodeado de un número competente de sus soldados.

Al oír estas palabras, Lady Leven se estremeció y pareció atónita, mientras que

María, cambiando repentinamente el tono de irónica y afectada humildad que hasta allí usara por el más austero é imperioso, añadió con toda la majestad propia de su escelso rango y la nobleza que era natural á su bellísima persona: sí, milady de Leven; sé que Ruthven está ya en el castillo, y que Lindsay solo espera la vuelta de vuestra lancha para transportarse á él en compañía de Roberto de Melville. ¿Me direis cuál es el objeto de la venida de estos lores, y por qué, siquiera por pura decencia, no se me anunciara su llegada?

En cuanto á su mision, señora, contestó la de Leven, á ellos toca decíroslo. Y en cuanto á que se os anunciara su venida, veo que seria cosa enteramente supérflua, puesto que V. A. tiene criados que saben hacer tan perfectamente de espías.

¡Ay de mí! pobre Fleming, dijo la reina volviéndose á la más anciana de sus damas; estoy viendo que vas á ser encausada ó cuando menos decapitada, por espía de esta guarnicion, sin más que porque al pasar por la gran sala del castillo no te tapaste los oídos, á fin de no escuchar lo que Lady Leven decia á gritos á su piloto Baudal. Ponte una pelota de lana en tus orejas,

mi dueña, si quieres conservarlas: no olvides que en el castillo que habitamos los oídos y los ojos no sirven para el uso para que Dios los crió, sino para que se vea que uno los tiene. ¡Y qué extraño, puesto que nuestra noble Castellana llena de bondad, se encarga ella misma de ver y oír por todas nosotras! Nuestra buena Lady Leven, continuó, podeis despejar; que por ahora os dispensamos de todo servicio, y nos retiramos, si lo permitis, á fin de prepararnos para la entrevista que sin duda nos espera con esos señores. Podeis, si gustais, anunciarles que no teniendo otra eleccion, haremos de la antesala de nuestra recámara el salon de embajadores. Y vos, continuó dirijiendo la palabra á Orlando, pero con tono de amenidad y alegre condescendencia; vos que estais destinado á desempeñar todos los empleos masculinos de nuestra servidumbre, empezando por el de gran chambelan hasta el de galopin, seguidnos á fin de preparar nuestro salon réjio.

Sin añadir mas palabra, volvió la espalda y se encaminó con reposado y majestuoso paso hácia el castillo. Lady Leven cruzó los brazos sobre su pecho y se quedó mirándola inmóble, mientras que en su boca se di-



bujaba una sonrisa del mas concentrado aborrecimiento.

Al cabo de algunos instantes exclamó como sin pensar: ¡todo tu séquito masculino! Sí en verdad; y mas te hubiera valido no haberle tenido nunca mas considerable: en seguida, volviéndose hácia Orlando que no habia podido pasar por haberse ella interpuesto en medio del paseo, se apartó y le dijo: ¿qué es eso, mancebo, tambien sabeis escuchar? Id con Dios tras vuestra ama, y si quereis, decidla lo que habeis oido. Orlando sin replicar fué en seguimiento de su ama y las doncellas, que acababan de entrar por una puertecita que comunicaba del jardin con el castillo. Subieron en seguida por una estrecha escalerilla de caracol, hasta llegar al segundo piso que se componia de tres piezas, las cuales comunicaban entre sí y eran la habitacion destinada á la princesa cautiva. La primera de estas piezas formaba una pequeña antecámara: la segunda mas espaciosa servia de comedor, y en la tercera estaba el dormitorio de Maria. A mas, habia en el comedor otra piececita en la que dormian las dos damas ó doncellas de la reina.

Orlando se quedó en la antecámara, como era regular, á fin de cumplir las órdenes que

su real señora tuviese á bien comunicarle. En tanto que las recibia, se acercó á la enrejada ventana y vió como precisamente en aquel instante Lord Lindsay, Melville y su escolta, tomaban tierra al pie del castillo, donde los esperaba otro señor, al cual Lindsay con su voz bronca y estrepitosa, dijo: ¡Ola, milord Ruthven, segun parece nos ganásteis la mano?

En el mismo momento oyó el paje violentos sollozos en la pieza interior, juntos con exclamaciones de terror de parte de las damas, lo que le hizo olvidar todo decoro y precipitarse en la pieza inmediata á fin de ofrecer sus servicios. Con efecto, no parecian deber estar demas. La reina se habia arrojado en un sillón que cerca de la puerta se hallaba, y estaba llorando convulsivamente, sin poder apenas respirar. La mas anciana de las damas la sostenia en sus brazos, mientras que la mas jóven bañaba su rostro con agua y con sus lágrimas todo á la par.

¡Pronto, pronto, corred, jóven, exclamó la mayor; pedid socorro; la reina está á punto de desmayarse!

Pero Maria haciendo un esfuerzo, exclamó: quieto, no os movais, mancebo: no traigais á nadie para que sea testigo de mi de-

bilidad; ya estoy mejor, dentro de nada estaré del todo buena. Y con efecto, haciendo un esfuerzo tan desesperado como si para salvar su vida lo hiciera, se sentó en el sillón por sí sola, y procuró recobrar su compostura, mientras que sus facciones temblaban aun; tal era la agitación nerviosa moral y física que acababa de experimentar. Avergüénzome de mi poco valor, muchachas, dijo en seguida tomando en las suyas las manos de sus damas; pero ya pasó: aquí me teneis otra vez cual debe estar Maria Stuardo. La voz salvaje de ese hombre, el conocimiento que tengo de su insolencia, el nombre que pronunció, y en fin, el propósito á que vienen, bien pueden excusar la debilidad de una mujer; pero yo os aseguro que esta debilidad será de corta duracion. En esto, quitó de su tocado el berretillo de terciopelo que se habia descompuesto mientras durara aquella especie de accidente, y meneando la cabeza esparció sobre todo su cuerpo sus hermosos y finísimos cabellos de un castaño oscuro; en seguida pasando por ellos sus delicados dedos, se puso en pie y quedó semejante á la inspirada imájen de una profetisa griega: y en tanto que la espresion de su semblante participaba á la vez de pe-

sadumbre y de orgullo, de lágrimas y sonrisas, dijo: ¡Por Dios, que no nos hallamos muy bien compuestas para recibir á nuestros rebeldes vasallos! no obstante, fuerza será hacer cuanto esté á nuestro alcance para presentarnos como conviene á una reina. Seguidme, muchachas, continuó, pues como dice tu cancion favorita, Fleming:

«A mi alcoba venid, oh doncellas,  
mis ondosos cabellos peinad,  
y dó enantes hubiera una trenza,  
ora mil, si es posible, formad.»

¡Cuitada de mí! dijo despues que hubo repetido con amarga sonrisa estas líneas de un antiguo romance: la violencia nos ha privado de los adornos propios de nuestro rango, y aun los que debiera á la naturaleza, marchitáranlos las penas y el continuo sufrir! pero mientras esto decia, tornó á pasar sus flexibles dedos por entre las hermosísimas guedejas que velaban su elegante cuello y abultado seno, como si á pesar del dolor que la agoviaba se acordase de que poseia aun encantos superiores á los de las demas mujeres. Orlando, en quien la juventud, la inesperienza, la ardiente admiracion de

cuanto era hermoso, noble, y sobre todo los irresistibles modales de aquella dama de tan escelsa cuna y tan bella por sí, tenían un efecto mágico; permanecía estático é inmóble, como si sus pies hubiesen echado raíces, y en tanto, no conocia otro deseo ni tenia otra ambicion sino la de aventurar su existencia por la causa de aquella reina encantadora. Maria habia sido educada en Francia: el cielo la habia dotado de la mas exquisita belleza: habia sido reina y reina de Escocia, á quien la penetracion era tan indispensable como el aire que respirara. ¿Qué extraño, pues, que entre todas las de su sexo fuese la que con mayor facilidad conociese el interés que su hermosura inspiraba á cuantas personas penetraban en el círculo de su mágica influencia? Asi fué, que echando á Orlando una mirada capaz de derretir un corazon de piedra, le dijo con una sensibilidad en parte afectada y en parte verdadera: tú, hijo mio, cres un extraño aqui; á mas, es probable que al venir á este triste cautiverio, salieras de entre los brazos de una tierna madre, hermana ó querida, con la cual podias en libertad gozar de la felicidad que tus pocos años é inocente corazon te aseguraban... ¡Apíádame tu suerte! Empero, puesto que

eres el solo hombre de mi pobre y escasa servidumbre, dime, ¿querrás obedecer mis órdenes?

¡Hasta morir, señora! contestó Orlando con el tono mas firme y resuelto.

Siendo asi, dijo la reina, guarda la puerta de mi cuarto; guárdala hasta que te la hagan abrir por fuerza; á fin de que tengamos tiempo al menos para prepararnos á recibir esa malaventurada visita.

La defenderé, señora, hasta que pasen sobre mi cadáver, repitió Orlando, cuya indecision acerca del partido que le convendria abrazar desapareció en aquel momento.

No asi, mi paje; no asi, yo os lo mando. Puesto que el cielo me depara un fiel vasallo, por mi propio interés debo cuidar de su existencia. Resistid, tan solo hasta tanto que tengan la desvergüenza de emplear la fuerza, pero no mas: no olvideis que tal es mi voluntad. Y diciendo esto, con una sonrisa que á la vez espresaba interés y autoridad, se entró en su cámara seguida de sus damas.

La mas jóven se quedó detrás, y parándose un instante en el dintel de la puerta, hizo á Orlando una seña con la mano. Ya hacia tiempo que el doncel reconociera en ella á Catalina Seyton, circunstancia que no de-

bia escapar á la penetracion de un jóven que tan perfectamente recordaba la conversacion de las dos matronas en el abandonado convento; de la cual se inferia fácilmente la causa de su encuentro con Catalina en aquel lugar: Pero tal efecto habia causado en él la presencia de Maria, que por un instante le hizo olvidar hasta los deseos ardientes de su primer amor: en fin, tan suspenso estaba, que solo despues que Catalina hubo desaparecido, fué cuando empezó á reflexionar en la situacion respectiva de entrambos. Al saludarme, levantó su mano, (decíase á sí mismo), en ademan de autoridad: sin duda quiso añadir mas fuerza á las órdenes de la reina, ¿qué otra intencion pudiera tener? por que no supongo que quisiera asustarme con el recuerdo de la puñada que dió al soldado en el patio de la Hostería, ni con el del latigazo con que santiguó á mi pobre Adan Woodcock. Mas dejemos esto para despues, que por ahora no hay mas que hacer sino corresponder como bueno á la confianza que en mí ha depositado la Reina; y creo que el mismo Lord Murray aprobaria que yo, como paje de Maria, defienda su puerta contra cualquiera que intenté penetrar por fuerza en su presencia.

Con esto se fué á la pequeña antecámara,

y habiendo asegurado con barra y cerrojos la puerta que daba á una gran escalera, se sentó de espaldas á ella aguardando el resultado. Poco tiempo esperó: bien pronto sintió que alguien de á fuera trataba en primer lugar de levantar el picaporte; viendo que no podia, comenzó á empujar la puerta violentamente; y cuando en fin se hubo cerciorado de que aun así resistia, exclamó: ¡Abrid esa puerta, los de adentro!

¿Para qué y por orden de quién? preguntó el paje. ¿Quién es el que asi manda abrir la puerta del cuarto de la reina de Escocia?

A esto solo respondieron con nuevos esfuerzos para forzarla; y tan poderosos, que hicieron crujir goznes y cerrojos, por lo que se venia en conocimiento de que el impaciente que de fuera estaba, hubiera de buena gana entrado, sin dignarse responder á la pregunta: pero en fin lo hizo, diciendo:

Abrid la puerta si en algo teneis vuestra vida. Soy Lord Lindsay que viene á hablar con Lady Maria de Escocia.

El Lord Lindsay, contestó el paje, como noble escocés, debe esperar el buen placer de su soberana para hablar con ella.

Estas palabras fueron seguidas de un



fuerte altercado entre los que de la parte de afuera estaban; en el cual, Orlando distinguió la bronca voz del Lord Lindsay, que decia en contestacion á algunas palabras deprecatorias que le dirijia sin duda Sir Alberto Melville. ¡No! no, no, y mil veces no! primero haré saltar la puerta con pólvora que verme de este modo detenido por una mujer disoluta, é insultado por un imberbe y desvergonzado lacayo.

Al menos, Milord, dijo Melville insistiendo; permitid que vea lo que puedo recabar con buenas palabras. Reflexionad que el violentar la puerta de una dama fuera un borron eterno para vuestra nobleza. En fin, esperemos la llegada de Milord Ruthven.

Os digo que no quiero esperar ni un solo minuto mas; sobrado tiempo hemos perdido en desempeñar nuestra mision: por Dios, que ya debiamos estar á caballo para volver al Consejo. Así, pues, lo único que pienso permitir es que empleeis vuestra dulce persuasiva, puesto que tanto os agrada, mientras que yo hago que mi gente prepare un cohete para hacer saltar esa maldecida puerta. Que quiero que sepais, que al venir aquí tuve cuidado de proveerme de suficiente cantidad de pólvora tan buena, como la que hizo vo-

lar la iglesia del campo (Kirk of field).

Tened, os ruego, un poco de paciencia, contestó Melville; y acercándose en seguida á la puerta, exclamó como si se dirijiera á los de adentro: haced saber á la reina que yo Roberto de Melville, su fiel criado, la ruego encarecidamente por su propio bien y á fin de evitar fatales consecuencias, se digne mandar abrir y admitir en su presencia al Lord Lindsay, que trae un importante mensaje del Consejo para S. A.

Trasmitiré vuestras palabras á S. A., contestó el paje, y volveré con la respuesta.

Con efecto, se llegó á la puerta del dormitorio de la reina y llamó de quedito. Abrió la de mas edad de las damas, y Orlando habiéndola comunicado el recado de Sir Roberto, al cabo de algunos instantes, recibió la órden de admitir á éste y á Lord Lindsay. En consecuencia, volvió á la antecámara y abrió la puerta, precipitándose al momento por ella el de Lindsay con el aire de un conquistador que acaba de ganar una plaza por asalto; mas no así Melville que parecia en extremo confuso y le seguia muy despacio.

A vos, señor, tomo por testigo, dijo Orlando, dirijiendo la palabra á Sir Roberto, de que á no recibir el espreso mandato de la

reina, hubiera defendido la entrada de esta pieza contra toda la Escocia, mientras me quedara en las venas una sola gota de sangre.

Conteneos, jóven, contestó Melville con severidad; no acerqueis el fuego á la estopa, y ved que no es este tiempo á propósito para hacer alarde de vuestra caballeridad infantil.

¿Qué pensais de este modo de tratar-nos? exclamó Lord Lindsay que se hallaba á la sazón en la mitad de la sala; ¡aun no parece!

Paciencia, milord, contestó Melville; el tiempo no nos apura; y á mas, que milord Ruthven aun no ha bajado.

En este momento se abrió la puerta del dormitorio, y se adelantó la reina con una gracia y majestad difíciles de espresar; en su aire parecia del todo indiferente, tanto al importe de la visita como al modo grosero que tuvieran de hacerla. Traia puesto un largo vestido de terciopelo negro, con ajustada cota, que remataba en un ancho, riquísimo y almidonado cuello de encaje, abierto de manera que dejaba descubierta su hermosísima garganta, aunque velaba el seno. Cubria su cabeza un birretillo tambien de encaje, y de lo alto del tocado pendia sobre sus espaldas un largo y transparente velo blanco,

que hacia vistosa contraposicion con el traje.

Este velo era tan ámplio, que podia con facilidad echarse sobre la cara y aun cubrir toda su persona; pendia de su alabastrino cuello una cruz de oro, de curioso artificio; y en fin, colgado de su cintura se veia un rosario de oro con cuentas de ébano. Seguíanla muy de cerca sus dos damas, las cuales permanecieron á sus espaldas durante toda la conferencia. Aun el Lord Lindsay, el mas grosero de todos los nobles de aquel siglo bárbaro, se sintió sobrecojido al aspecto majestuoso y noble de aquella á quien él creyera hallar ajitada por la mas violenta é impotente rabia; ó bien anegada en un mar de lágrimas, y sobrecojida por el terror que la situacion en que se hallaba era muy capaz de inspirar á la majestad caida.

Mucho os hiciéramos esperar, milord de Lindsay, dijo la reina, mientras que correspondia con dignidad al saludo que aun á su pesar la hiciera el feroz noble; pero servirnos há de excusa para con vos la natural aversion que toda dama tiene á dejarse ver, sin antes pasar algunos instantes en el tocador. Los hombres, milord, hacen menos caso que nosotras de semejantes bagatelas.

Lord Lindsay echó una mirada sobre su

sobrevesta manchada y raida, y sintiéndose corrido, murmuró algunas excusas acerca de la precipitación del viaje y otras razones que no fuera posible entender por ser dichas entre dientes. Entretanto la reina volviéndose á sir Roberto, le saludó cortés y aun cariñosamente. Siguióse un silencio sepulcral, durante el cual Lord Lindsay no cesaba de mirar hácia la puerta en la esperanza de ver entrar al Lord Ruthven su cólega. De todos los circunstantes la reina parecia ser la única que conservaba la mas completa y digna calma; y asi, con el objeto sin duda de interrumpir un silencio tan incómodo para todos, dijo á Lord Lindsay, señalando el estupendo espadon que como ya hemos dicho llevaba colgado del cuello.

Traeis ahí, milord, un pesado aunque seguro compañero de viaje; pero me parece que no debiais temer hallar en esta casa enemigos asaz formidables, pãra que os fuera necesaria un arma tan terrible: os aseguro, que el instrumento no es el mas á propósito para una córte; aunque quiero que sepais, milord, que siendo la sangre de los Stuardos la que circula por mis venas, ningun espanto me causan las espadas aun cuando estén desnudas.

No es esta la vez primera, señora, contestó Lindsay colocando el regaton de la espada en el suelo, mientras que le era forzoso levantar el brazo, para apoyar la mano en el enorme pomo cruzado; no es señora, repito, la vez primera que este mismo espadon ha sabido abrirse paso para penetrar hasta la presencia de los Stuardos.

Sin duda, milord, replicó la reina; y creo como vos decis, que esa espada serviria como buena á mis antepasados. ¡Los vuestros fueron leales á su rey!

En verdad, señora, que ha hecho servicios y no pocos: sino que fueran de aquellos que los reyes no gustan ni de reconocer ni de premiar, porque se asemejan á los que la cuchilla hace al árbol cuando la purifica con la poda, y le quita las ramas viciosas que roban al tronco su necesario jugo.

Hablais, milord, con razones tan intrincadas, que por Dios no os entiendo, contestó María; mas aun asi espero que vuestras palabras no implican ni ofensa ni insulto hácia mi persona.

Vais á juzgar, señora, replicó Lindsay. Archibaldo Douglas ceñia esta misma espada en aquel memorable dia, en que entrando en la cámara de vuestro bisabuelo Santiago III,

sacó de ella arrastrando á una porcion de favoritos, adadores y parasitos que la destruian, y los ahorcó á todos en el puente de Lauder, á fin que sirvieran de escarmiento y de leccion á los reptiles de su especie que osasen acercarse en adelante al trono escoces: aquella accion le mereció el apodo de *Casca-bel del gato*. Con esta propia espada, el mencionado campeon del honor y de la nobleza de Escocia, mató de un solo revés á Spens de Kilspindie, cortesano y menino de vuestro abuelo Santiago IV, por haberse atrevido á hablar de él de un modo ofensivo en la real presencia. Batiéronse á orillas del arroyo de Fala, y Douglas de un solo tajo como he dicho, arrebanó y cortó el muslo de su adversario, con la misma facilidad con que un pastorcillo corta un delicado mimbre.

Milord, dijo la reina mientras que se la subia la sangre al rostro; os juro que mis nervios son tan firmes, que ni aun la terrible historia que con tanto énfasis me contais, es capaz de conmoverlos. Y ahora quereis permitirme os pregunte, ¿por qué estraños medios esa espada tan ilustre en la casa de Douglas, vino á pasar á la de Lindsay? Yo juzgara que semejante reliquia histórica se conservaria cuidadosamente en una familia

que siempre estuvo en la creencia de que cuanto hacia contra su rey redundaba en beneficio de la patria.

¡Señora! exclamó Melville interrumpiendo á la reina; permitid os ruegue no hagais esa pregunta al Lord Lindsay: y vos, milord, si apreciáis el honor, si conoceis la decencia, no contesteis á ella.

No, contestó Lindsay; harto tiempo es de que esta dama oiga la verdad pura y sin embozo.

Podeis, milord, estar seguro, añadió la reina, que nada de cuanto vos podais decir, es capaz de alterar á *esta dama*. Que hay casos en los que el desprecio se sobrepone á la mas justa cólera.

¡Sí? pues sabed, dijo Lindsay con arrogancia, que en la batalla de Carberry-Hill, cuando el falso, traidor, el asesino del rey Santiago, llamado el conde de Bothewell, y por derrision duque de Orkeney (1) desafió públicamente á cualquiera de los nobles coligados que habian levantado sus pendones con el propósito de castigar sus crímenes, yo acepté su reto: y entónces fué cuando el

---

(1) Marido de Maria.



noble conde de Morton me ciñó esta buena espada, á fin que hiciese con ella la batalla. Ah! Yo os juro, señora, que á tener él un punto mas de valor, ó mejor diré, un punto menos de cobardía, tal fuera la carnicería que yo hiciera en su cuerpo con ella, que los grajos y los cuervos le hallaran trinchado y preparado para saciar en él su apetito.

A punto estuvo la reina de perder todo su valor al oír mentar á Bothewell. Bothewell, á cuyo nombre estaban ligados recuerdos espantosos de desastre, vergüenza y crimen. No obstante la difusa jactancia de Lindsay, la dió tiempo para reponerse, y así contestó con aparente desprecio. Es fácil, Milord, matar á un enemigo ausente. Pero yo os puedo asegurar, que si Maria Stuardo heredara de su padre la espada juntamente con el cetro, el mas osado rebelde en ese dia que decís, no hubiera tenido que quejarse de no hallar con quien combatir. Mas vuesseñoría ¿me permitirá trate de abreviar esta conferencia: la curiosidad de una dama queda mas que satisfecha con la descripción de una batalla por lijera que sea; y á menos que tengais que decirnos algo mas importante que los hechos de *Cascabel del gato*, ó el cómo los imitárais vos si tuviérais tiempo y oportunidad para

ello, nos dareis licencia para retirarnos á nuestra cámara, donde nuestra dama Fleming acabará de leernos un librito nuevo que há poco llegara de Paris y que tiene por título: *Les Rodomontades d' un Gascon*.

Señora, deteneos, exclamó Lindsay con el rostro encendido como la grana: há mucho que conozco vuestro satírico y burlesco humor, para que mi objeto al venir aquí no fuera otro que el de alimentar su mordacidad. No, señora; el Lord Ruthven y yo, juntamente con Sir Roberto de Melville, somos enviados por S. G. el rejente y por el Consejo secreto á fin de poner en vuestra consideracion cosas que atañen muy de cerca á vuestra propia vida, no menos que á la seguridad y buen gobierno del reino.

¿Del Consejo secreto decís? exclamó la reina como admirada: ¿cómo puede esa corporacion existir ni menos deliberar, cuando yo, única que puede autorizarla, me veo injustamente prisionera en este castillo? Mas no importa; que todo cuanto haga relacion á la felicidad de mi pueblo será siempre grato para el oido de Maria Stuardo, venga de quien viniere: y advertid, Milord, por lo que hace á la amenaza que me hiciérais con tan delicada galantería, que he vivido lo bastante

para haberme cansado de esa misma vida que decís-en' peligro, aunque mis años no lleguen á veinticinco. En fin, ¿dónde se halla vuestro cólega, Milord? ¿por qué no se presentara ya?

Vedle ahí, señora, dijo Melville; y con efecto Ruthven entró en el mismo instante con un pliego en la mano. El rostro de la reina se cubrió de mortal palidez al ver á Ruthven; pero recobróse por medio de un desesperado esfuerzo en el momento en que entrara aquel su mortal enemigo, seguido de Jorje Douglas, el mas jóven de los hijos del caballero de Leven, quien en la ausencia de su padre y hermanos mayores, desempeñaba las funciones de Senescal del castillo bajo las órdenes de su madre Lady Leven.

## CAPÍTULO VII.

**E**l aspecto y modales de Lord Ruthven anunciaban á primera vista un guerrero á la par que un hombre de Estado; así fué que su aire marcial y cortesano le merecieron el apodo de *Greysteil*, nombre del héroe de una novela que andaba entónces muy en boga. Vestia una casaquilla de ante ricamente bordada, la cual, aunque en aquella época anunciaba á un militar, no participaba empero de la sórdida y brutal negligencia de la de Lindsay; antes por el contrario mostraba toda la pulcritud de un petimetre. Y no obstante, hijo de un padre desdichado y padre él mismo de una familia mas desgraciada aun, habia impresa en sus miradas una fatídica melancolía, por la que los fisonomistas de entónces pretendian discernir á los que estaban destinados á una muerte prematura y violenta.

El terror que su presencia inspirara á la reina provenia de la parte muy principal que aquel noble tuvo en el asesinato de David Rizzio. Su padre habia presidido á la ejecucion de aquel horrible crimen, á pesar de hallarse en un estado de debilidad tal, á consecuencia de una prolongada dolencia, que no le fuera posible revestirse de su armadura; de suerte que tan solo se levantó del lecho para cometer una accion atroz en presencia de su misma soberana. Acompañábale en aquella ocasion su hijo, y fuera, como hemos dicho, uno de los principales actores en la tragedia. Con todo la reina confestó graciosamente al saludo de Ruthven, y estendió su mano á Jorje Douglas, el cual se hincó de rodillas y la besó con el mayor respeto; siendo aquella demostracion de homenaje la primera que Orlando viera tributar á la cautiva soberana. En seguida el mayordomo del castillo, hombre de fisonomia patibularia, habiendo recibido la órden de Douglas, colocó en medio de la estancia una mesa cubierta con un tapete de damasco, y encima de ella recado de escribir. Orlando por su parte, á una señal que le hiciera su ama, aproximó al lado en que esta se hallaba un gran sillón; y de este modo la mesa quedó como una especie de

separacion entre la reina, su séquito y los enviados del Consejo. Hizo en seguida el mayordomo una profunda reverencia y se retiró. Tan luego como se hubo cerrado la puerta, la reina rompió el silencio, y dijo: Señores, con vuestra licencia me sentaré: que puesto que mis paseos en este castillo no son bastante largos para que fatiguen mi cuerpo, aun asi, el descanso nos es mas necesario de lo que solia, cuando gozara de la libertad de estenderlos á largas distancias.

Sentóse en diciendo esto, y apoyando la mejilla en su mano, lanzó una mirada penetrante y altiva á cada uno de los nobles presentes. La Fleming llevó su pañuelo á los ojos para ocultar sus lágrimas, mientras que Orlando y Catalina se miraron con una expresion que atestiguaba hallarse ambos demasiado conmovidos por la situacion en que se encontraba su ilustre ama, para que pudiesen pensar en otra alguna cosa del mundo.

¡Milores! exclamó la reina, despues de haber permanecido mas de un minuto sin que nadie fuese osado á romper el silencio; espero vuestra comunicacion: quizá debiera decir las órdenes de los que vosotros llamais el consejo secreto. Pero prefiero creer que vuestra mision no es otra que la de obtener

mi perdon, y rogarme que vuelva á ocupar mi lejítimo trono, sin hacer valer el derecho, que incontestablemente tuviera para castigar con la mayor severidad á los que con tan osada injusticia me arrojaron de él.

Ruthven, tomando la palabra contestó: Señora: es por cierto bien penoso para nosotros el haber de hablar tan solo para decir verdades amargas á una princesa que por tanto tiempo nos rijiera: mas tal es nuestra desgraciada mision. Venimos, señora, no á *implorar*, sino á *ofrecer perdon*. En una palabra, venimos á proponeros tengais á bien firmar ciertos documentos cuyo contenido es, señora, indispensable para la pacificacion de estos reinos, no menos que para la reformada relijion, única verdadera, y la felicidad de vuestra alma, cuando el tiempo sea llegado en que pase á otra vida mejor.

Y decidme, milord, contestó la reina, ¿es la intencion de los que aqui os envian que yo haya de hacer lo que pedis, tan solo con la garantía que vuestra palabra me da; ó me será permitido oir la lectura de ese documento antes de firmarle?

Señora, sin la menor duda, contestó Ruthven, es nuestra intencion no menos que nuestro deseo, que os entereis de estos des-

pachos antes de firmarlos, como se os requiere.

¡Qué se me requiere!.... repitió la reina con algun énfasis; pero con efecto, continuó, el término es adecuado al mensaje; con que así, leed, milord.

Entónces el lord Ruthven empezó la lectura de un manifiesto sobrado difuso, á nombre de la reina, en el cual declaraba esta; que habiendo sido llamada al trono de Escocia en una edad harto tierna, con tal ahinco habia trabajado por la felicidad de sus vasallos, que alterada su salud y disgustada del mundo, se veia sin fuerzas para sostener por mas tiempo en sus manos las riendas del Estado, lo cual, junto con haberla concedido el cielo un hijo que prometia poseer todas las virtudes que adornan á los mejores soberanos, la habia determinado á renunciar en él su corona, aun durante su vida, como que le pertenecia lejítimamente de herencia; y continuaba diciendo el documento: Por tanto, Nos, de nuestra propia y libre voluntad, y en prueba del afecto que profesamos á nuestro real hijo, nos demitimos y conferimos en él todos nuestros derechos, y le nombramos y acatamos por lejítimo rey de Escocia, á fin que desde luego y mientras



Dios conservare su preciosa vida, rija y gobierne estos reinos en su propio nombre, del mismo modo y con iguales derechos que tuviera si Dios nos hubiera llamado á mejor vida. Y á fin de que esta nuestra voluntaria abdicacion tenga todo el efecto que Nos deseamos y es debido, y para que no se pueda alegar ignorancia, comisionamos por la presente á nuestros muy leales primos los lores de Lindsay y de Ruthven, á que comparezcan en nuestro real nombre ante las córtes convocadas al efecto, y compuestas de nuestros nobles, clero y estado llano, reunidos en Stirling, y allí en nuestro nombre y con nuestra autorizacion declaren públicamente la renuncia que hacemos de la corona y gobierno de este nuestro reino de Escocia....

A estas palabras, la reina exclamó con la mayor sorpresa: ¿Qué estais diciendo, millores? ¿Será posible que hasta mis oidos se hayan vuelto rebeldes, y me engañen con tan estraordinarios sonidos? Empero, ¿qué estraño es que habiendo conversado por tanto tiempo con la rebellion, no sepan transmitir á mi entendimiento otro lenguaje que el de ella? Decid, decid, millores, que me he equivocado: decid, aunque no sea sino por vuestro honor y el de la nobleza de Escocia,

que mis leales primos de Lindsay y de Ruthven, ambos varones de guerrera fama é ilustre cuna, no vinieron á visitar la prision de su benigna soberana con el objeto que esas palabras manifiestan. Decid, milores, repito, si en algo teneis vuestra nombradía, que mis oidos me han engañado.

Señora, no; contestó Ruthven gravemente; vuestros oidos no os engañaran. Engañaros pudieran cuando se cerraron á las exortaciones de los predicadores del evangelio y á las amonestaciones y sanos consejos de vuestros fieles vasallos: os engañáran cuando solo se abrieran á las lisonjas de falsos traidores, codiciosos extranjeros y domésticos aduladores. La Escocia no puede por mas tiempo sufrir el dominio de una mujer incapaz de dominarse á sí misma; por todo lo cual os ruego, señora, que accedais al último deseo de vuestros vasallos y consejeros, y eviteis haciéndolo, que hayamos de ajitar por mas tiempo cuestiones que son tan desagradables para vos como para nosotros.

¿Y nada mas requieren de mí mis leales vasallos, milord? dijo Maria con la mayor ironía. ¿Con que realmente esos señores se darán por satisfechos en que yo ceda mi corona, que es mia por herencia, á un niño que

apenas cuenta doce meses de edad? ¡Nada mas quieren sino que arroje el cetro y tome la rueca? ¡Pues en verdad que son demasiado modestos en sus deseos! Pero esotro pergamino que en la mano teneis contiene sin duda alguna cosa que me será mas difícil de otorgar que la que me habeis propuesto á nombre de mis señores.

Este pergamino, señora, contestó Ruthven, desarrollándole y conservando el mismo inflexible tono, es un instrumento público, por el cual venis en nombrar á vuestro mas cercano pariente, al hombre de mas honor y mas digno de confianza de todos vuestros vasallos; en fin, á Santiago, conde de Murray, por rejente del reino durante la menor edad del joven rey; cuyo título le confiriera ya el consejo secreto.

Juntó la reina sus manos convulsivamente al oír esto, y exclamó exhalando un profundo gemido: Ah! ¡Con que la flecha procede de su aljaba! ¡Mi propio hermano! ¡Desdichada de mí! ¡Yo que esperaba su vuelta de Francia como el único, ó cuando menos el mas pronto medio de obtener mi libertad! Pero bien imaginé, sí, cuando llegara á mis oidos la noticia de que habia aceptado el mando, que pronto se causaria de ejercerlo en mi nombre.

Señora, dijo Ruthven interrumpiéndola, perdonadme si os pido la respuesta á la petición del Consejo.

¡La petición del Consejo! dijo la reina; decid mas bien la de una cuadrilla de ladrones, impacientes de repartirse el botin que cojieran. Empero á semejante petición, cuando sale de la boca de un traidor, cuya cabeza á no ser por mi debilidad de mujer, ha mucho tiempo que estaria colgada de un gárfio encima de una de las puertas de la capital, Maria de Escocia no tiene respuesta que dar.

Permitidme esperar, señora, dijo Lord Ruthven, que el que mi persona no sea de vuestro agrado, no será motivo para que se acreciente vuestra obstinacion en negaros á la petición del Consejo. A mas, que bien podeis recordar que la muerte del cantor David Rizzio costó la vida al gefe de la casa de Ruthven: sí, señora; mi anciano padre que valia mas por cierto que toda una provincia de semejantes saltimbanquis, murió de pesar en un destierro.

Al oír esto, la reina apoyó los codos sobre la mesa, y cubriendo su rostro con ambas manos, se puso á llorar con tal ahinco, que las lágrimas corrian por entre sus dedos de alabastro, con los que procuraba ocultarlas.

Milores, exclamó Sir Roberto Melville, este es ya demasiado rigor. Permitid que os diga que hemos venido aquí, no para revivir pasadas disensiones y desgracias, sino para ver de evitar las que pudieran sobrevenir en adelante.

Sir Roberto de Merville, contestó Ruthven; por demas está que nos advirtais el objeto con que viniéramos, puesto que sobrado lo sabemos: ni creais tampoco que se nos oculta el motivo por qué, sin necesidad por cierto, fuérais vos nombrado para acompañarnos.

Pues puedo asegurar, añadió Lord Lindsay, que ni sé ni comprendo la razon porque este caballero nos acompañe; á no ser que sea la misma que los boticarios tienen para poner un terron de azúcar en sus medicinas, que es la de disimular el amargor de la salutifera pócima que preparan para un niño mimado: cosa bien escusada, por vida mia, cuando el médico es muy capaz de hacer tragar la medicina por fuerza.

Vosotros, Milores, contestó Melville, sabreis, sin duda alguna, las secretas instrucciones que teneis; en cuanto á mí, estoy seguro de llenar mejor las mias, procurando mediar entre S. A. y vos.

Callaos, Sir Roberto, exclamó la reina le-

vantándose con la cara encendida aun por la ajitacion que espermentara. Dadme un pañuelo, la de Fleming. Vergüenza me dá que esos traidores sean capaces de conmovirme hasta este punto. Decidme, orgullosos señores, añadió enjugándose las lágrimas; ¿quién sobre la tierra ha podido conferir á mis vasallos la facultad de disponer á su antojo de los derechos de una soberana lejitima? ¿Quién pudo eximirles del pleito homenaje que me juraran? Y en fin, ¿quién pudo inspirarlos la osadia de arrebatár la corona que Dios mismo colocara en mis sienes?

Señora, contestó Ruthven, os hablaré sin rodeos: vuestro reinado desde el sangriento campo de Pinkie-clench, cuando aun érais en la cuna, hasta el momento presente en que contais veinticinco años, ha sido un tejido de desastres, pérdidas, disensiones civiles y guerras extranjeras, tal que las crónicas de nuestra historia no recuerdan otro igual. La Francia y la Inglaterra han tomado ambas á la Escocia por teatro en el que disputan con la espada sus antiguas querellas. En cuanto á nosotros ni un año ha pasado sin despedazarnos mutuamente, sin que estallara una revolucion, sin que inhumanamente se desterraran nuestros nobles, y sin que se inventaran nuevos modos

de oprimir á los pecheros. El sufrimiento no puede llegar á mas: por lo tanto, y no siendo posible sino que vos misma, señora, reconocais que el cielo os rehusara el don de escuchar y seguir sanos consejos, sin que por otra parte bendijera una sola de vuestras acciones y proyectos, os rogamos que cedais vuestro lugar á otro capaz de gobernar mejor esta tierra, de salvar lo que queda de sus habitantes, y de curar, si es posible, las llagas que vos abrierais.

Paréceme, Milord, contestó Maria, que aglomerais de propósito sobre mi cabeza inocente y desgraciada, todos los males que únicamente fueran debidos á vuestro espíritu turbulento é indomable carácter; á la violencia frenética con la que vosotros, los magnates de Escocia, entráis en mortales feudos unos contra otros, sin que ciegos con el rencor os pareis en cometer las mas crueles atrocidades por tal de satisfacer esos ódios, que os empeñan á tomar la mas sangrienta venganza de la mas lijera injuria, desafiando y hollando con vuestro desenfreno aquellas sabias leyes que vuestros antepasados hicieron con el propósito de contener tan sacrílegas demasias; y en fin, revelándoos contra la autoridad del rey como si tal rey no hubiera,

ó como si cada uno de vosotros lo fuera. ¿Y todo esto me lo achacais á mí? ¿A mí, cuya vida se pasara en agotar un cáliz de amargura? ¿A mí, que no he conocido un momento de tranquilidad! ¿A mí, cuya felicidad sobre la tierra fuera completamente destruida por vuestras crueles disensiones! Decidme, ¿no tuve yo que ponerme en persona á la cabeza de un puñado de valientes y leales soldados, y atravesar montes y valles, sin mas objeto que el de mantener la paz en algunos condados, y estirpar de ellos la mas injusta opresion? ¿No tuviera yo que sufrir el peso de las armas y llevar pistolas en el arzon de mi silla, olvidándome del recato y dulzura de una mujer, no menos que de la dignidad de una reina, á fin de dar el ejemplo y animar á los que me seguian.

Convenimos, señora, contestó Lindsay, en que las nuevas de las revueltas que vuestro mal gobierno ocasionara, han podido tal cual vez acibarar el placer que os proporcionaba un baile ó una mascarada, y aun quizá interrumpidoos en la idolatria de la misa ó en el recibir de los consejos jesuíticos de un embajador francés. Mas con todo, el mas largo viaje que V. A. haya hecho, si bien lo recuerdo, ha sido desde Flawick hasta el cas-



tillo de Hermitage; y en cuanto á si la jornada fuera para beneficio del Estado ó para el del honor de V. A., vuestra conciencia solo lo puede decir.

Al oír esto, volvióse la reina hácia él con aquella mirada encantadora que recibiera del cielo, acompañada de inespresable dulzura en su tono y modales, y le dijo: no me hablábais, Lindsay, en esè tono duro y desprecia-tivo en aquella tarde de primavera en que vos y yo tirábamos al blanco contra el conde de Mar y Maria Livingston, cuando les gana-mos la cena en el jardin reservado de S. An-drés. Entónces el simple cáballero de Lind-say era mi amigo, y se obligó á ser mi sol-dado. El como haya yo podido ofender al Lord de Lindsay en verdad que no lo sé; como no sea que sus nuevos honores han alterado su condicion.

Un momento pareció titubear Lindsay; pero la emocion pasó con la rapidez del rayo, sin que todos los encantos de aquella privilegiada señora fueran capaces de conmo-ver su corazon feroz, y contestó: es bien sa-bido, señora, que en los tiempos de que ha-blais podíais con facilidad trastornar la ca-beza de cuantos hombres se os acercaban; y yo como uno de tantos, confieso no haber

sido mas cuerdo que los demas; pero bien pronto mejores y mas diestros cortesanos os hicieran olvidar mi rudo homenaje: ni supongo haya olvidado V. A. los tiempos en que los esfuerzos que yo hacia para adoptar los modales y porte que os agradaban, solo sirvieron para hacerme el blanco de la derrision y mofa de vuestros meninos, vuestros saltimbanquis franceses, y aun hasta de vuestras dueñas y pajes.

En verdad, Milord, que sí os ofendiera por lijereza ó falta de reflexion, que me pesa y de veras; pero estad seguro de que si lo hice, fué sin la mas lejana intencion ó conocimiento: y en fin bien vengado estais, Milord; porque seguramente (y exaló un suspiro), es seguro que jamás volveré á ofender á nadie con mi alegria.

Señora, el tiempo vucla, observó Lord Ruthven; y no puedo menos de rogar á V. A. me dé su decision acerca del importantísimo asunto que tuve la honra de proponer á su alta deliberacion.

¿Pero qué, milord, y ha de ser en el acto, sin darme siquiera un momento para reflexionar? ¿Cómo puede el Consejo, puesto que asi se llama, exigir esto de mí?

El Consejo, señora, es de opinion que

desde el fatal momento en que se efectuara el asesinato del rey Enrique, hasta el de la desgraciada batallá de Carberry-hill, debísteis prepararos á la medida que ahora se os propone, como la única que puede libertaros de los numerosos peligros y dificultades que os rodean; dijo Lord Ruthven.

¿Es posible, gran Dios, exclamó la reina, que me propongais como un favor lo que todo rey debe considerar como la pérdida de su honor, que es peor que la de la vida? Vosotros me arrebatáis á la vez mi corona, mi poder, mis vasallos, mis riquezas, mis Estados: decidme ahora en nombre del cielo, ¿qué es lo que me proponéis en recompensa de tantas perdidas?

¡El perdón! contestó Ruthven con horrible entereza. El tiempo y los medios de emplear la vida que os queda en el arrepentimiento y la penitencia. En fin, os proporcionamos ocasion para que efectueis vuestra paz con ese cielo que invocais, y os reconcilieis con el verdadero Evangelio que hasta ahora, despreciárais y desconociárais.

Una palidez mortal cubrió el rostro de la reina, al comprender la amenaza que encerraba aquel discurso pronunciado en un tono tan desapiadado. Y despues de una

breve pausa, tornó á preguntar: ¿suponiendo, milord, que yo no acceda á lo que con tanto imperio exijis de mí, qué debo esperar?

Hizo Maria esta pregunta de un modo que manifestaba la timidez de una mujer, no menos que un sentimiento de dignidad ofendida. Pero durante algunos instantes nadie quiso tomar sobre sí el contestar categóricamente. Al fin, Ruthven dijo: es inútil decir á V. A., puesto que tan bien conoce las leyes y crónicas de estos reinos, que el adulterio y el asesinato, son crímenes por los que aun nuestras reinas han solido ser condenadas á muerte.....

¿Y dónde ó como, milord, hallásteis vos las pruebas de tan horrenda acusacion contra la desdichada mujer que teneis delante? exclamó Maria. Esas calumnias infames y rejicidas que envenenaran la opinion de mis vasallos contra mí, y por solo las cuales me veo desventurada prisionera en vuestras manos, son acaso pruebas suficientes de los crímenes que me imputais?

No creo sea necesario otra prueba, contestó Ruthven con la misma inflexibilidad, que la del casamiento de la esposa del asesinado con el gefe de los asesinos. Las manos que se unieran públicamente en aquel fa-

tal mes de Mayo, lo hicieran sin duda en secreto, antes de consumar el crimen; puesto que este se verificó pocas semanas antes de efectuarse el adulterino enlace.

¡Milord, Milord! dijo la reina con impetuosidad: acordaos de que hubo mas de una voluntad para que se efectuara aquella fatal union, que fué en verdad el acto mas desgraciado de mi mas desventurada vida. Los actos perjudiciales de los soberanos son por lo general el resultado de las insinuaciones de perversos consejeros; ¿pero qué nombre podrá convenir á estos, cuando despues de haber tentado y hecho caer á su víctima en la tentacion, son ellos los primeros que la acusan y llaman á juicio? ¿No oísteis hablar alguna vez, Milord, de un manifiesto de los nobles de Escocia en el que recomendaban aquella union? Pues yo creo que si leyérais atentamente aquel documento, viérais en él los nombres de Morton, Lindsay y Ruthven de los primeros. Sí, ellos fueron los que mas aconsejaron mi casamiento con aquel hombre desgraciado. ¡Ah! valiente y leal Fleming! tú, cuyo pecho jamás abrigara la disimulacion ni el deshonor; tú fuiste el primero y único que doblaras tu rodilla para suplicarme y advertirme del peligro que corria; pero yo,

incauta, desdeñé tu sábio aviso, y no obstante, tú fuiste el único que desenvainó su espada sin mancilla para defenderme de las fatales consecuencias de mi imprevision! ¡Oh tú, bueno y leal caballero! ¡qué diferencia de tí á estos traidores consejeros que ahora amenazan mi vida, por haber caido en el lazo que ellos mismos me tendieran!

Ya sabemos, señora, que sois un buen orador, contestó Ruthven; y sin duda por eso mismo el Consejo que lo sabia tambien, diputó hácia vos hombres mas versados en el lenguaje de los campos y de la guerra que en el de las escuelas y la córte. En fin, lo único que deseamos saber, señora, es si consentís en demitiros del gobierno de estos Estados, asegurándoos por nuestra parte la vida y el honor en cambio.

¿Y qué garantia me ofreceis, preguntó la reina, de que me será permitido entregarme á la tristeza que me devora en un honroso retiro, suponiendo que condescienda en cederos mi reino y mi corona?

Empeñamos en ello nuestro honor y nuestra palabra, señora, contestó Ruthven.

Esas garantias son sobrado lijeras para fiarme en ellas, milord, observó la reina: añadid siquiera un puñado de pelusa de car-

do para hacerlas un tanto mas sólidas.

Salgamos, Ruthven, dijo Lord Lindsay; esta señora se mostrara siempre sorda al saludable consejo, y solo escucha el de sus esclavos y sicofantes: persista en su negativa, y aténgase á las consecuencias.

Deteneos, Milord, exclamó de Melville; ó mas bien servios permitirme cinco minutos de conversacion particular con la reina: har-to sabeis que el único modo como puede mi presencia ser útil, es haciendo de mediador; por tanto, ruégoos encarecidamente que no salgais del castillo, ni deis por terminada la conferencia hasta tanto que yo os haya trasmitido la resolucion definitiva de S. A.

Esperaremos en la antesala tan solo media hora, contestó Lindsay; pero os prevengo que esta señora, al despreciar mi honor y mi palabra de caballero, ha echado un borron sobre mi nombre: por tanto, que vea lo que la conviene hacer: si la media hora se pasa sin que se haya adherido á la voluntad del Consejo, puede contar con que no tendrá mucho que penar.

Con esto, ambos Lores salieron del aposento con muy poca ceremonia, y bajaron la grande escalera, en la que se fué perdiendo gradualmente el ruido que hacia el espadon

de Lord Lindsay pegando contra cada escalon que descendía. Siguiólos Jorje Douglas, no sin haber echado á Melville al salir una mirada de sorpresa y simpatia, que fué contestada con otra igualmente espresiva.

Tan luego como hubieron desaparecido, la reina que se habia levantado se volvió á arrojar en el sillón, y se entregó á toda la agitacion del temor y del mas amargo sentimiento; retorciase las manos, y espresaba por medio de los mas convulsos movimientos una completa desesperacion. Sus damas bañadas en lágrimas tambien, la rogaban que se serenase, y de Melville arrodillándose á sus pies la hizo la misma súplica. En fin, despues de haber desahogado algun tanto su dolor, la reina dijo á Melville: levantaos, Sir Roberto, no hinqueis de ese modo la rodilla ante una persona de la que vuestro corazon está bien lejos. ¿Por qué os habeis quedado con esta infeliz depuesta y aun sentenciada reina? No fuisteis vos uno de los que yo favoreciera como lo hice á ellos? No sabeis que quizás dentro de pocas horas habré cesado de existir? pues por qué continuais en manifestarme esa sombra de gratitud, cuando veis que todos se han quitado y arrojado lejos de sí tan inútil máscara?



Señora, contestó Sir Roberto de Melville; os juro por cuanto hay de mas sagrado sobre la tierra, que mi corazon os es tan fiel en este momento como lo fuera en el de vuestra mayor gloria y poder.

¡Fiel! fiel dijisteis? contestó la reina. Callaos, Melville, no blasfemeis.... ¿qué significa esa lealtad que camina unida con la traicion de mis enemigos? Nunca vuestra mano acostumbrara lo bastante á manejar la espada para que yo pueda fiarme en vos, en casos que requieren valor y atrevimiento. ¡Oh Seyton! ¿dó está tu buen padre, tu padre, que es á la vez fiel, sabio y valiente?

Orlando que habia escuchado con palpitante corazon cuanto se habia dicho, no pudo por mas tiempo resistir al ardiente deseo que le oprimia de ofrecer sus servicios á una reira tan hermosa como desgraciada; y asi, dando un paso adelante, exclamó: ¡Señora! si una espada puede ser útil para sostener la sabiduría de este grave consejero, ved aquí la mia que yo os ofrezco juntamente con mi brazo y mi corazon. Diciendo esto, levantó en alto la espada con la mano izquierda, y colocó la derecha sobre la empuñadura.

Mientras permanecia en esta actitud, como si estuviera inspirado, Catalina Seyton es-

clamó: ¡Señora! Ó yo me engaño mucho, ó esa espada que vuestro paje tiene en sus manos nos trae un aviso de mi padre: con lo cual, sin esperar respuesta, se fué derecha á Orlando, ycojiéndole por el ferreruelo, le preguntó con el mayor ahinco, en dónde ó de qué modo adquiriera aquella arma.

El paje la contestó no sin alguna sorpresa: en verdad, señora, que nadie mejor que vos sabe el cómo la espada viniera á mis manos.

¿Habeis perdido el juicio? contestó Catalina, ú os parece que el lugar y las circunstancias sean á propósito para chanzas? Desenvainad esa espada inmediatamente.

No lo haré á menos que mi soberana lo exija, dijo el paje.

¿Qué haceis, Catalina? estais fuera de vos? quereis instigar á ese jóven á entrar en combate singular con los dos mejores guerreros de toda Escocia?

Por la causa de V. A., señora, contestó el paje, estoy pronto á hacerlo: y diciendo esto, sacó la espada, y en el momento cayó al suelo un pedazo de pergamino en que estaba envuelta la hoja, el cual Catalina recojió ansiosa.

¡Señora, señora! exclamó; este escrito

es de la propia mano de mi padre, y sin duda contiene saludable consejo para V. A.: bien sabia yo que debia venir el aviso con la espada, pero le esperaba por otro conducto.

Pues si tú no sabias que semejante escrito estaba en mi poder, pensó Orlando para sí, menos lo sabia yo.

Echó la reina una mirada sobre el contenido del pergamino, y quedóse en seguida envuelta en profunda meditacion por algunos instantes. Al fin, levantando la cabeza, dijo á Sir Roberto: Melville, esta comunicacion me aconseja que me someta á la necesidad, y que firme los documentos que se me han presentado; de modo que parezca hacerlo movida del miedo que naturalmente deben inspirarme las amenazas de esos rebeldes y asesinos. Vos, Sir Roberto, sois hombre de sabiduria, y Seyton es á la vez sagaz y valiente; creo, por tanto, que ni el uno ni el otro me habeis de descarriar en esta ocasion.

Señora, contestó Melville: si bien es verdad que no tengo la fuerza corporal de los Lores de Fleming y Seyton, no lo es menos que á ninguno de ellos le cedo en el celo por el servicio de V. A.: y asi, si no puedo pelear por V. A., puedo al menos morir en su defensa.

Lo creo, lo creo, mi bueno y antiguo consejero, exclamó la reina; y ved que la injusticia que no ha mucho os hice, fué solo producida por el arrebató del momento y de muy corta duracion. Leed lo que Lord Seyton nos dice, y veamos lo que en su vista nos aconsejais.

Recorrió Melville rápidamente el pergamino, y contestó sin detenerse: señora, la mas negra traicion fuera solo capaz de aconsejaros otra cosa que lo que os dice Lord Seyton. Él, Herries, Huntly, el embajador inglés Throgmorton, y en fin, todos vuestros amigos son de parecer, que cualesquiera que sea el contenido de los papeles que firmais en esta prision, ninguna fuerza pueden tener; puesto que es evidente que solo lo pudisteis hacer compelida á ello por el miedo que os inspiraran los hombres que lo exigen, amenazando vuestra vida. Asi pues, señora, haced de necesidad virtud, y firmad sin resistencia los pergaminos que os van á presentar, que en nada pueden comprometer á V. A.; puesto que V. A. carecé de su libertad, único requisito que pudiera hacer válido un acto de esta naturaleza.

Sí, lo mismo me dice Lord Seyton, contestó Maria; y no obstante, pareceme que

cuando un rey resigna sus derechos cediendo á las amenazas de rebeldes vasallos, echa sobre sí indeleble mancha de cobardía; y que esta accion hará poco honor á mi memoria en la opinion de las generaciones futuras. Creedme, Sir Roberto Melville, esos traidores proferirán horribles amenazas, y no escasearán atrevidas palabras; empero no osarán, no, poner sus sacrílegas manos en nuestra persona.

¡Ay señora! atreviéransen á tanto ya, y llevaran las cosas tan adelante, que el peligro que incurren, si no obtienen cuanto desean, les ha de hacer atropellar por todo.

Esta reflexion tan espantosamente verdadera, dió lugar á que los temores de la reina volvieran á renacer: y no pudiendo disimularlos, dijo: ¿y creéis, Sir Roberto, que esos nobles traidores serian asaz infames para manchar sus manos con la sangre de una indefensa mujer?

Si teneis á bien reflexionar, señora, por un solo momento en las horribles escenas que nuestros ojos presenciaron, replicó Melville; fácilmente os convencereis de que no hay acto por feroz y nunca oido que sea, que no quepa en los pechos escoceses. Ademas, Lord Lindsay no solo tiene un co-

razon de hierro, sino que era pariente cercano y aliado de Darnley: y en cuanto á Ruthven, abriga proyectos tan profundos como espantosos, y en nada reparará de cuanto sea necesario para realizarlos. Por otra parte, parece que el Consejo se jacta de poseer pruebas verbales y por escrito: se habla de un cofrecillo lleno de cartas; y en fin, se dice aun mucho mas.

¡Ah, Melville! contestó Maria: estuviera yo tan segura de la justicia de mis jueces, como lo estoy de mi inocencia! y no obstante....

La inocencia misma, señora, sucumbe á veces á una injusta opresion; y no podeis menos de conocer que os hallais en un sitio...

Detúvose y miró á su alrededor.

Hablad sin temor, Melville, le dijo la reina; ningun recelo tengais de cuantos me rodean: puesto que aun á ese jóven paje que hoy por primera vez, aun á él, me atrevo á confiar el secreto que me teneis que comunicar.

Con efecto, señora, contestó el prudente consejero; en las críticas circunstancias en que nos vemos, y siendo él portador de un mensaje de Lord Seyton, nada aventuro, me parece, en declarar en su presencia y en la de estas damas dignas sin duda alguna de toda vuestra confianza, lo que deciros hé:

y es, que como no podeis ignorar, existen otros medios mas seguros que los de un juicio público para hacer morir á un soberano destronado: recordad la máxima de Machiavelo: *De la prision de un monarca á su sepulcro, no hay sino un solo paso.*

Ah! con tal que fuera pronto y sin padecimiento, contestó la desgraciada princesa, ese paso que decís, seria la mayor felicidad que acontecer pudiera á la malograda Maria! Mas no sé por qué, cuando pienso en la muerte, ocurren á mi memoria mil culpas, que aunque antes me parecian lijeras como la mas lijera pluma, ahora conturban mis sentidos y hacen flaquear mi ánimo. En verdad os juro, que es falso cuanto dicen de mí con respecto á la muerte de Darnley: aunque sobrado motivo diera yo á esas atroces sospechas casándome con Bothwell.

Señora, humildemente os ruego, dijo Melville, que desterreis esos pensamientos, y solo os ocupeis de los medios que aun os quedan de salvaros á vos misma y á vuestro hijo. Conceded por de pronto lo que el Consejo os pide, y estad segura de que otros tiempos mas felices están á mano.

En esto, adelantándose Orlando, dirijió á la reina estas palabras: Señora, si V. A. lo

permite y la gente del castillo se rehusa á darme una barca, yo me ofrezco á ir nadando hasta la opuesta orilla y pasar en seguida á las córtes de Inglaterra, Francia y España, á las que declararé el cómo V. A. firmara esos infames documentos tan solo por el terror que la inspirara la muerte con que la amenazaban: y si alguno hubiera que lo contrario dijere, yo me ofrezco á hacerle arrepentir con mi espada.

Volvióse hácia él Maria, y con una de las sonrisas que durante aquella feliz época de la vida que se nutre de ilusiones, se recompensa cualquier sacrificio, hasta el de la misma existencia, alargó su mano á Orlando sin pronunciar una sola palabra. El doncel la tomó en las suyas, é hincando una rodilla en tierra la besó con el mas profundo respeto.

En tanto, Melville continuó: el tiempo vuela, señora, y esos hombres impacientes han mandado ya disponer las barcas para marcharse. Sobrados testigos teneis de la violencia que se os hace, en estas damas, el paje y yo: todos declararán si fuese necesario; puesto que no quisiera yo comprometerme si pudiese evitarlo. Pero aun sin mi testimonio, el de las personas que he nombrado es



suficiente, lo repito, para probar que cediérais tan solo á las amenazas del Consejo, y que el miedo de la muerte, que no vuestra voluntad, os hizo firmar esos documentos. Ved, señora, que ya los remeros están en sus bancos: ¡permitid ¡ah! decid que me permitís que los detenga!

Eres un antiguo cortesano, Melville, contestó la reina; pero dime, ¿cuándo vieras tú que un soberano de Escocia mandara volver á su presencia á vasallos rebeldes y traidores (casi puedo decir rejjcidas) sin que antes se hubiesen sometido y pedido humildemente su perdon? No, jamás un rey de Escocia hiciera tal; y asi, mas quiero perder la vida juntamente con mi corona, que no suplicarles vengan á dictarme sus horribles y nunca oidas leyes.

¿Es posible que V. A. en semejantes momentos repare en tan triviales formas? Cómo puede V. A. despreciar mis saludables consejos juntamente con los de sus mejores amigos? Pero hélos ahí, que vuelven, y evitan á V. A. el trabajo de deliberar. Oigo el ruido de sus pasos; vienen sin duda á saber la resolucion definitiva de V. A. Seguid, señora, el parecer de Lord Seyton, y aun vereis llegar el dia en que podais mandar co-

mo soberana á esos mismos que ahora creen triunfar de vos para siempre. ¡Pero silencio! ya han entrado en la antesala!

En el momento que concluía de hablar, Jorje Douglas abrió la puerta del aposento en que se hallaba Maria, é introdujo en él á ambos Lores.

Aquí nos teneis de nuevo, señora, dijo Lord Ruthven, con el objeto de recibir vuestra respuesta terminante á la proposicion del Consejo.

Vuestra *última* respuesta, añadió Lord Lindsay; porque si mal aconsejada os negáseis á las mencionadas proposiciones, bien podeis decir que precipitárais vuestro destino, y que habeis renunciado vos misma, á la última esperanza que puede ofrecérseos, de reconciliaros con el cielo, y aun de asegurar vuestra permanencia sobre la tierra.

Milores, contestó Maria con la mayor gracia y dignidad: fuerza y aun virtud es á veces, ceder á la necesidad cuando carecemos de medios para resistir á la fuerza. Por tanto, firmaré esos pergaminos con la libertad de alvedrio que puedo tener en la situacion en que me encuentro: pero entended bien, que si me viera en la opuesta orilla sobre una jaca veloz, y rodeada tan solo de una docena de

leales y valientes caballeros, así firmaría esta renuncia como la sentencia de mi eterna condenación. Mas en este castillo de Leven, rodeado de un lago profundo, y acompañada únicamente de vuestras personas, Milores, mi elección no es libre. Dadme, pues, la pluma, Melville, y sed testigo de lo que hago, y el por qué.

Señora, dijo Ruthven, nosotros esperamos que V. A. no se creará en modo alguno compelida á hacer sino aquello que sea de su mejor agrado: puesto que nuestra intención no fuera otra, que la de proponer á V. A. lo que el Consejo creyera mas acertado; pero no en modo alguno de influir en el ánimo de V. A. por medio de las amenazas ó del terror. El acto que V. A. va á ejecutar debe ser absolutamente *voluntario*.

Habíase ya inclinado la reina sobre la mesa, y tenía la pluma en la mano para firmar; pero al oír el discurso de Ruthven se levantó, y arrojando la pluma encima de la mesa, exclamó: puesto que quereis que mi lengua declare que accedo á vuestra demanda y renuncio á mi corona por mi propia voluntad y no por el terror que por mi propia vida y la felicidad de mis vasallos me inspirais, os digo que en modo alguno pondré mi firma en esos

documentos. No, no lo haré, aun cuando por ello pudiera asegurarme la posesion de las coronas de Inglaterra, Francia y Escocia, que todas me pertenecen de derecho.

¿Qué decís, señora? exclamó Lord Lindsay cojiendo el brazo de la reina con su mano armada de la manopla de hierro, y apretándola en su arrebató con mas fuerza y brutalidad de lo que sin duda pensaba ó queria: mirad, cómo resistís á aquellos que son mas fuertes que vos, y en cuyas manos á mas, se halla vuestro destino.

Interin esto decia, siguió apretando su brazo, y mirándola con torba vista; tanto que Ruthven y Melville no pudieron reprimir una exclamacion de horror y compasion, mientras que Douglas que hasta entónces permaneciera espectador silencioso de aquella escena, dió un paso hácia adelante como para interponerse. Viendo lo cual el grosero baron, soltó el brazo y se retiró, tratando de ocultar la confusion que realmente experimentaba bajo una sonrisa de desprecio.

Dos gruesas y cristalinas lágrimas, arrancadas por el agudo dolor, brillaron en los ojos de la reina; pero haciendo un esfuerzo sobrenatural, las contuvo en ellos, y levantando apresuradamente la manga del

vestido, mostró en su brazo de alabastro las amoratadas señales que en él dejaran impresos los acerados dedos de Lindsay. Milord, dijo entónces; paréceme que como noble y caballero pudiérais háberos escusado el darme pruebas tan positivas como estas, de que vuestra fuerza es superior á la mia. Mas no importa; antes os agradezco la accion, puesto que es la prueba mas auténtica que pudiera darse de la libertad con que termino este negocio. Os tomo á testigos, damas y caballeros que presentes estais, continuó enseñando los cardenales, de que suscribo estos pergaminos en obediencia al sello manual de Lord Lindsay, que impreso veis en mi brazo.

Quería Lindsay contestar; pero le detuvo su cólega Ruthven diciéndole: ¡silencio, Milord! nuestra comision no se estiende á mas, sino á llevar al Consejo los documentos que Maria de Escocia tenga á bien firmar de su propia voluntad. Si mas adelante se discutieran los motivos que pudieron influir con esta señora para suscribirlos, entónces veremos lo que hemos de contestar.

Callóse Lindsay en efecto, contentándose con decir entre dientes. A la verdad no fué mi intencion hacerla daño; sino que creo, Dios me perdone, que las carnes

de una mujer son como nieve recién caída.

Entretanto, la reina con la mayor indiferencia volvió á tomar la pluma, y firmó los pergaminos como si fuera su importe de poquísimas importancia. Púsose en pié en seguida, y haciendo una reverencia á los lores que estaban presentes, se dispuso á retirarse á su recámara. Ruthven la saludó con mucha formalidad, y Melville con el mayor respeto, acompañado de cierto aire que á las claras manifestaba lo mucho que simpatizaba en su sentimiento, aunque no se atrevía á espresarlo por temor de sus cólegas. Pero Lindsay permaneció inmóvil aun despues que sus compañeros hicieran un movimiento para retirarse. Al fin, como si se viese arrastrado por un movimiento irresistible, dió la vuelta á la mesa que hasta entónces formara una línea divisoria entre la reina y los enviados del Consejo, é hincando una rodilla en tierra tomó su mano, la besó, y soltándola en seguida se levantó diciendo: Sois, señora, una mujer noble y verdaderamente grande, por mas que hayais abusado de los brillantes dones que el cielo os confiriera en abundancia. Por eso os tributo el homenaje que negara al poder que indebidamente poseyerais hace largo tiempo, y no me avergüenzo de haber hincado miro-

dilla ante Maria Stuardo, aunque me sonrojara de hacerlo ante la reina de Escocia.

La reina y Maria Stuardo te compadecen, Lindsay, contestó la cautiva; sí, te compadecen y te perdonan. Mientras te mantuviste al lado de tu rey, fuiste un noble guerrero: mas ahora que te has ligado con los rebeldes ¿qué eres sino una buena espada en manos de un rufian? Con Dios quedad, Milord Rathven, añadió; vos sois mas suave, aunque mas profundamente traidor. Dios te guie, Melville, y haga que encuentres otros amos que entiendan mejor que yo la política de la corte, y que cuenten tambien con mas medios de recompensarte que los que por ahora tiene á su disposicion la infeliz Maria. La bendicion de Dios sea con vos, noble Douglas: y os rogamos deis á entender á vuestra respetable abuela, que deseamos pasar lo que resta de este dia en soledad. Bien se os alcanza que hemos menester de algunas horas de sosiego para reponer nuestra acostumbrada equanimidad; que hay ciertos acontecimientos en la vida, que agovian y enflaquecen el corazon mas fuerte.

Mientras la reina hablara, todos permanecieron silenciosos é inmóviles en el sitio en que les cojiera su primer palabra; y cuando

hubo concluído, se retiraron haciendo antes una profundísima reverencia. No obstante, apenas llegaron á la antesala cuando Ruthven y Lindsay ya estaban disputando. No me riñais, Ruthven, decia este; no me riñais, que vive Dios, que no lo he de sufrir. Vos y los vuestros me habeis hecho hacer en este negocio el papel de verdugo, ¿y querriais privarme á mas, del privilejio que los tales tienen de pedir perdon al reo á quien van á ahorcar? En verdad os lo digo, Milord; á tener yo tantos motivos para ser parcial de esta señora como tengo para ser su contrario, os juro que me viérais derramar en su defensa hasta la última gota de mi sangre.

Con efecto, contestó Ruthven sonriéndose maliciosamente; pocos hombres puede haber mas á propósito que vos para romper lanzas en defensa de una dama. Lo que me maravilla es que no hayais dado en haceros caballero andante; que por Dios, que tuviéramos en vos un segundo Amadis; sobre todo si encontrábais con una señora, que cual la que acabamos de dejar, supiera arrugar su encantador entrecejo, y hacer asomar á sus hermosos ojos dos lágrimas como dos perlas orientales.

Decid lo que os agrade Ruthven; y en



cam.bio, sabed que vos sois como una coraza dorada, grata y brillante á la vista, pero tanto mas dura y á prueba, cuanto está mejor templada y bruñida. En fin, há mucho que nos conocemos y no podemos engañarnos; con que basta ya.

Mientras esto decian, bajaron al pie de la torre y pidieron la barca: lo cual oido por la reina, hizo seña á Orlando de que se retirase á la antecámara, y se quedó sola con sus damas.



## CAPITULO VIII.

---

**H**abia en la antesala un hueco en la pared y en él una pequeña ventana con su reja; púsose á ella el paje, con el objeto de ver embarcar á los enviados del Consejo. En efecto, vió que los soldados se reunian bajo sus respectivos pendones, despidiendo sus bruñidas corazas y cascos, los rayos del sol que casi en su ocaso les heria. Entre tanto, los señores de Ruthven, Lindsay y Melville, acompañados de la Castellana de Leven, su nieto y los principales oficiales de su servidumbre, se dirijian despacio hácia la lancha. Llegado que hubieron, despidiéronse unos de otros con mucha ceremonia, y los botes se pusieron en movimiento cortando con velocidad la tranquila superficie del lago; de modo, que poco á poco fueron desapareciendo de la vista de Orlando, el cual se quedó

con los ojos fijos en ellos, sin mas que por falta de mejor ocupacion. En el mismo caso parêcian hallarse la Castellana y su nieto, puêsto que al retirarse á paso lento de la orilla, volvian á menudo la cabeza y por fin, se pararon precisamente debajo de la ventana en que se hallaba el paje, quien pudo oir entônces que Lady Leven decia á Jorje Douglas: ¿con que al fin, nuestra princesa se ha decidido á salvar su vida á espensas de su corona?

¡Su vida decis, señora! exclamó su nieto; ¿y quién fuera el atrevido que atentara á ella bajo el techo de mi padre? Os juro, señora, por quien soy, que á haber yo sospechado que tal fuera la intencion de Lord Lindsay, cuando insistia en que pasasen sus soldados, ni él ni ellos, hubieran atravesado la reja de hierro del castillo de Lady Leven.

Comprendísteis mal, hijo mio, el sentido de mis palabras. No quise hablar de una muerte oculta ó secreta; sino de un juicio público, de una sentencia y de su muerte en un cadalso: con estas se la amenazó, y á estas amenazas cedió. Estad seguro de que si la sangre que por sus venas corre, tuviera mas de los Stuardos y menos de la cobarde de los Guisas, primero que haber abdicado,

hubiera sufrido sin pestañear los mas horrosos tormentos. Pero siempre la bajeza y la cobardía fueron inseparables compañeras de la lascivia y falta de virtud. ¿Con que ha tenido la bondad de dispensarme de entrar en su presencia esta noche? En hora buena; id vos, hijo mio; cumplid durante la cena de esa reina sin corona, con los deberes que nos exige la hospitalidad.

En verdad, señora abuela, que no tengo ningun deseo de ponerme en su presencia esta noche.

Razon teneis, mi nieto; por lo mismo he depositado mi confianza en vuestra prudencia, porque estoy convencida de que la teneis.

Esa dama es como una de aquellas islas que se encuentran en medio del vasto Occéano, las cuales, de lejos ofrecen el aspecto mas agradable y risueño, y sirven de tentacion á los incautos marinos que invitados por la apariencia se acercan y no reparan, hasta que se encuentran perdidos en los bancos y escollos, que encubiertos los rodean. Empero, nada temo por vos, hijo mio, y no le estaria bien á nuestro honor que comiese sin que alguno de nosotros estuviese presente para servirla. No, hijo, no; si Dios la llamare á sí,

ó ella en su desesperacion atentase á su vida; conviene que podamos decir á la faz del mundo que ni en nuestra casa ni en nuestra mesa cupo traicion ó felonía.

Atento por demas estaba Orlando á tau interesante conversacion, cuando un recio espaldarazo le hizo recordar de repente la aventura de Adan Woodcock en la noche anterior: asi es, que se volvió repentinamente esperando casi hallar ante sus ojos al paje de la hosteria de S. Miguel; pero solo vió á Catalina Seyton, con un vestido bien distinto del que llevaba cuando se encontraron por la vez primera en el abandonado monasterio. El que actualmente tenia era cual convenia á su nacimiento, como hija de uno de los mas poderosos barones de Escocia, y á su rango, como camarista de la reina.

¿Con que, bello paje, dijo la doncella, parece que entendeis medianamente bien el arte de figonear, tan propio de vuestra profesion?

Hermosa hermanita, contestó Orlando en el mismo tono; lo que os puedo asegurar es, que si algunos de mis amigos ó amigas están tan al corriente de los misterios que yo procuro descubrir, como lo están en el arte de pegar pescozones y latigazos, no hay un

paje en toda la cristiandad que conozca mejor que él ó ella, los secretos de sus amos.

Pues, amiguito, yo os aseguro tambien, que á menos que ese bonito discurso tan metafísico (ya sabeis que sin salir del convento yo tambien he estudiado) no quiera dar á entender que desde que nos vimos la última vez, alguna alma caritativa os ha dado de latigazos, (sin duda bien merecidos), no sé en verdad lo que pueda significar. ¿Pero ois? no hay tiempo ahora para apurar la materia: aqui viene la cena; con que asi, seor paje, veamos si sabeis cumplir con vuestra obligacion.

En esto entraron cuatro criados que traian platos cubiertos, con diferentes manjares, precedidos del mayordomo con cara de vinagre á quien ya Orlando conocia, y seguidos de Jorje Douglas, quien como sabemos, haciendo oficios de Senescal, representaba en aquel acto á su padre el señor del castillo. Entró con los brazos cruzados sobre el pecho y la vista baja. Orlando asistido por los cuatro domésticos, preparó en breves instantes la mesa en el cuarto inmediato que servia de estrados, y luego que estuvo cubierta, Douglas y el mayordomo hicieron una profunda cortesía vueltos hácia la cabecera,

como si se hallase presente su ilustre prisionera. Abrióse á poco la puerta del dormitorio, á cuyo ruido levantó Douglas rápidamente la vista, pero la volvió luego á fijar en la tierra, viendo que quien entraba era Lady Fleming.

S. A., dijo esta, no gusta de cenar esta noche.

Esperamos que podreis persuadirla á lo contrario, señora, contestó Douglas: en tanto, vednos cumplir con nuestro deber.

Entónces uno de los criados presentó en una salvilla sal y pan partido en pequeñas porciones; y en seguida el mayordomo trinchando lo que los platos contenian, ofreció una fraccion de cada uno de ellos á Douglas, quien la comió como era uso y costumbre de aquellos tiempos, en los que se temia, y no sin razon, que un príncipe podia ser envenenado con los alimentos que le servian.

¿Con que la reina no nos honrará con su presencia esta noche? tornó á decir Douglas.

Asi lo ha determinado S. A., contestó la Fleming.

En tal caso, nuestra presencia es inútil. Os dejamos cenar en paz, bellas damas, y pedimos á Dios os conceda felices noches.



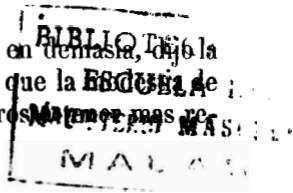
Con esto se retiró con paso lento como habia venido, y con el aire de la mas profunda melancolía, seguido de sus criados como antes. A poco, las dos damas se sentaron á la mesa, y Orlando se preparó á servir las con toda la cortesanía de que era capaz. Pero habiendo Catalina dicho alguna cosa al oído de su compañera, esta la contestó en tono bajo ¿es de noble cuna?

La respuesta pareció satisfacerla, pues dijo á Orlando: sentaos, mancebo, y cenad con vuestras hermanas de cautiverio.

Permitid, os ruego, que permanezca en pié y las sirva, contestó Orlando; deseando hacerlas ver que conocia los deberes que las leyes de la caballería le imponian para con el bello sexo en general, y en particular para con las damas y doncellas de ilustre prosapia.

Habéis de saber, señor paje, dijo Catalina, que el tiempo que se nos concede para cenar es harto corto; por tanto, no lo gasteis en inútiles ceremonias, sino quereis que vuestro estómago se queje con razon de vuestra cabeza.

Ese lenguaje es libre en demasia, dijo la mas anciana: y por cierto que la Escuela de ese jóven debiera enseñaros a tener mas re-



rato, sobre todo con una persona á quien veis hoy por primera vez.

Bajó los ojos Catalina como sonrojada; pero antes echó á Orlando una mirada de inespresable malicia, mientras que la Fleming continuaba diciéndole con tono de proteccion.

No la hagais caso, jóven. Esta niña sabe poco de mundo, pues siempre ha vivido en un monasterio de provincia: tomad asiento al pié de la mesa, y satisfaced el apetito que vuestro viaje no puede menos de haberos procurado.

Orlando obedeció sin mas replicar con tanto mayor gusto cuanto que en todo el dia se habia desayunado; puesto que Lord Lindsay y sus soldados parecian enteramente exentos de humanas necesidades. Y no obstante, á pesar de su natural apetito, aumentado considerablemente con el viaje y el esforzado ayuno, el deseo de mostrarse bien criado, y aun mas el placer que tenia en servir á Catalina, hicieron que se olvidase de sí mismo para no pensar sino en las damas, con las que tuvo todas aquellas atenciones que se podian esperar del mas cumplido galan de la época. De este modo antes que ellas pudiesen formar un deseo, ya él lo habia adivinado y satisfecho.

Apenas hubieron las damas cesado de comer, lo que fué muy en breve á causa que como era natural, los acontecimientos de aquel dia y la triste situacion en que se hallaba su señora, las quitara casi de todo punto el apetito, Orlando se levantó y con la misma gravedad con que pudiera hacerlo á la reina, presentó á la Fleming el aguamanil de plata y la tohalla, para que se lavase las manos. En seguida, despues de haber puesto en la palancana agua limpia, se la presentó con la misma gravedad á Catalina. Pero esta habia sin duda resuelto dar al traste con su formalidad; y asi, mientras que se lavaba las manos, le roció muy disimuladamente el rostro todo con agua; empero no la valió su ardid, porque el paje queriendo dar una prueba del imperio que sobre sí mismo tenia, se mantuvo impávido sin permitir que ni aun la mas lijera sonrisa se asomase á sus lábios. De suerte que Catalina no sacó otro fruto de su picardía, sino un severo sofion conque le regaló su compañera por su falta de decoro: ella nada replicó, sino que haciendo un gravísimo mohin se sentó en un rincon, como suelen hacerlo los niños mimados cuando se les reprende con razon.

Entretanto, aquello mismo que indispo-

nia á Catalina con el paje, ensalzaba á este en la opinion de su compañera: así es, que echándole una mirada de aprobacion, le dijo: Razon teniais, Catalina, en asegurar que nuestro compañero era bien nacido y mejor educado. No quisiera yo que mis alabanzas sirvieran para envanecerle, pero no puedo menos de confesar que sus servicios reemplazan y aun me agradan mas que los de Jorje Douglas, que solo se digna prestarlos cuando la reina está presente.

¿Sí? pues no soy yo de ese parecer en modo alguno, contestó Catalina: Jorje Douglas es un galan de los mas apuestos que jamás vieran mis ojos; y tanto, que dá gusto verle aun cuando esté como de costumbre, tan inmóvil y silencioso como una bellísima estatua, imájen de la melancolía que ha fijado su residencia en este castillo de sus mayores. ¿Quién nos hubiera dicho que ese jóven y atolondrado Douglas que cuando estaba en la córte de Holyrood era el mas alegre y atolondrado de toda ella, se habia de volver tan taciturno y tétrico; y sobre todo que consintiera hacerse el carcelero de Leven, sin mas diversion sino la de echar la llavé á una estancia que encierra á solas tres mujeres débiles y sin defensa? Pícaro ocupacion por

cierto para un caballero del corazon sangriento (1). ¿Por qué no la cederá á su padre ó á sus hermanos?

Porque probablemente le sucede como á nosotras; es decir, que no tiene la libertad de escojer, contestó Lady Fleming. Pero ¿sabeis, Catalina, que aprovechásteis harto bien el corto tiempo que pasárais en la córte, puesto que asi os acordais de lo que fuera entónces Jorje Douglas?

Al menos, contestó Catalina, aproveché mis ojos, que es cuanto podia hacer; y en verdad que allí valia la pena de tenerlos. En cambio, todo el tiempo que estuve en el convento me fueron completamente inútiles, y casi casi lo son tambien en este castillo de Leven, en el que todo el dia los tengo fijos en esa sempiterna tapicería de mis pecados.

Hablais así, y hace algunas cuantas horas que estais con nosotras. ¿Y sois vos aquella doncella que queria vivir y morir en un calabozo con tal que fuese en compañía de la reina?

Si lo tomais á veras, contestó Catalina, se concluyeron mis chanzas; y quiero que sepais, señora, que el amor que profeso á mi

---

(1) Orden caballeresca de Escocia.

desgraciada madrina no le cede al que pueda tenerla la mas grave y remilgada dama de cuantas llevan tocas ó birretes. Bien sabeis que es asi, Lady Fleming; y por Dios que me haceis grave injuria en pensar de otro modo.

Capaz es, pensó entre sí Orlando, de desafiar á su anciana compañera, y aun de arrojarse el guante; y por poco que la otra tenga valor para recogerlo, vamos á tener un combate singular entre ellas. Pero la respuesta de Maria Fleming fué de aquellas que restablecen la paz.

Tú eres una guapa niña, mi Catalina, y fiel; pero Dios dé paciencia al hombre que algun dia tenga por compañera á una criatura tan hermosa para su deleite como voluntariosa y picaruela para su tormento: dígame que eres capaz de volver locos á veinte maridos.

Por supuesto, contestó Catalina con su acostumbrado buen humor; pero como que el hombre que me dé ocasion para hacer lo que decís, ha de estar ya *medio loco*, no tendrá que perder sino la mitad de su juicio, y de ese modo me evitará á mí el tener que dar á Dios tan pesada cuenta del daño que hiciere. Por ahora, continuó diciendo, de lo que me huelgo es de que no

esteis de veras enfadada conmigo; y en seguida se arrojó en los brazos de Fleming, y la dió un beso en cada mejilla. Ya sabeis, mi querida Lady Fleming, que tengo que luchar á la vez con el noble y no pequeño orgullo de mi padre, no menos que con la altivez de mi madre. ¡Dios bendiga á entrambos! Esta es la única herencia que me podrán dejar segun corren los tiempos. Con que ya veis, nada tiene de extraño que yo sea algun tanto *voluntariosa y picaruela*; ¿no es asi? ¡pero á fé que he venido á buena escuela! No, sino dejadme estar un mes tan solo en este espantoso castillo, y vereis, mi querida señora, como mi espíritu se humilla, castiga y tranquiliza por lo menos tanto como el vuestro.

Toda la ceremoniosa seriedad de Lady Fleming no pudo estar á prueba de las tiernas caricias de Catalina: besóla afectuosamente, y contestó: no permita Dios, hija mia, que este castillo te prive de esa inocente y graciosa alegría que tan bien te sienta; ni menos que yo por mi parte contribuya para que asi sea. Pero ten cuidado, mi querida niña, y no permitas que esa tu vivacidad dejenere en locura: con solo esto, tu alegría será para nosotras una bendicion del cielo. Y

ahora deja que me vaya, gitanilla mia, que oigo el silvato de S. A. Con esto se desenredó de los brazos de Catalina y fué al dormitorio de la reina, del que con efecto salia el sonido de un silvato de plata, semejante al que en el dia usan los contramaestres de un barco, y que entónces á falta de campanillas era el único medio que las señoras tenian de llamar á sus criados. Pero antes de llegar á la puerta de la reina, volvió atrás la respetable señora, y con tono pensativo y serio, aunque bajo, dijo á Catalina y á Orlando: Paréceme imposible que ninguno de nosotros, sean cuales fueren las circunstancias en que nos encontremos, podamos olvidar por un solo instante, que aunque pocos, somos los únicos que formamos toda la servidumbre de la reina, y que en la calamidad en que se encuentra, toda diversion pueril, toda chanza por inocente que sea, no puede servir sino para procurar un triunfo á sus enemigos que están ya acostumbrados á achacarla como un crimen personal, las locuras á que los jóvenes de ambos sexos que componian su brillante córte naturalmente se entregaban. Con esto, sin añadir mas palabra, se fué á donde la reina estaba.

Las últimas razones de Lady Fleming



dejaron conmovida y silenciosa á Catalina, Echóse sobre el sitio de que se levantare cuando fué á abrazarla, y apoyando su mejilla en una mano, permaneció algun tiempo pensativa, en tanto que Orlando tambien inmóvil la consideraba atentamente, ajitado por un tumulto de sensaciones que él mismo no podia definir. Pero duró poco el silencio, porque levantando la niña la cabeza, sus parleros ojos se encontraron con los del doncel; y al punto volvió á retratarse en ellos su acostumbrada espresion de maliciosa y picaresca alegria, á la que los de Orlando contestaron sin querer con la misma. Asi continuaron mirándose uno á otro por mas de dos minutos con gran seriedad en los rostros, aunque con indecible alegria en las miradas; hasta que al fin, rompiendo Catalina el silencio, dijo:

¡Me permitís, caballero, que os pregunte, que es lo que veis en mi pobre cara que os inspira esa sagaz y placentera espresion? ¡No se diria, bello paje, sino que existe entre los dos alguna secreta intimidad y confianza, segun es la malicia con que me mirais! y esto no obstante, bien sabeis que esta es la tercera vez que os he visto en toda mi vida.

Así será, puesto que os place decirlo; contestó Orlando; pero permitidme á mi vez que os pregunte: ¿en dónde y cuándo nos hemos visto esas dos veces que decís?

No solo lo permito, sino que os lo diré sin hacerme de rogar: pues señor, habeis de saber, que la primera fué en el monasterio de Santa Catalina; la segunda, por pocos instantes durante una escursion que os plugo hacer en el alojamiento de mi señor padre, Lord Seyton, del cual, muy contra mi esperanza y probablemente al reves de la vuestra, escapásteis con una prueba de agradecimiento en lugar de llevar la cabeza rota en pago de vuestro atrevimiento, como era de esperar, considerando la inflamable ira característica de los Seytons: y añadió con ironía: ¿sabe vueseñoría que es muy poco lisonjero para mí que vuestra memoria necesite de ayuda para recordar una cosa de tanta importancia? En verdad que considero bien extraño y aun humillante que yo sea la que tenga presente semejantes circunstancias.

Pues yo creo, hermosa dama, contestó el paje, que vuestra memoria no es tan feliz como la juzgais; puesto que ha olvidado que nos vimos por tercera vez autes de esta, en

la hostería de S. Miguel, cuando tuvisteis la humorada de santiguar con vuestro látigo los ojos de mi camarada, con el objeto sin duda de probar que en la casa de Seyton, ni la ira hereditaria ni el uso del ferreruelo y gregüescos, está limitado ni sujeto á la ley sálica.

Buen caballero, contestó Catalina mirándole de hito en hito con no poca sorpresa; á menos que hayais perdido el poquísimo juicio que antes teniais, os juro que no entiendo lo que decirme quereis.

Pues en verdad os digo yo tambien, respondió Orlando, que aunque yo fuera tan grande adivino como lo fué Miguel Scott, no podria adivinar el sentido del sueño de que os hablo. Decidme, ¿no os ví yo anoche en la hostería de S. Miguel? ¿No me trajisteis vos misma esta espada, con condicion de no desenvainarla sino por órden espresa de mi lejítimo soberano? ¿Y no he cumplido yo exactamente la palabra que de mí exijisteis? ¿O pretendéis, como decís, trastornar mi juicio y hacerme creer que sueño despierto, y que ni veo, ni oigo, ni entiendo?

Al menos, puedo aseguraros, contestó Catalina, que si vuestros ojos no os son de mas provecho en general, ó no os dicen mas

verdad que la que os dijeran en esa entrevista de la hosteria de S. Miguel á que aludis, por mi vida que bien podriais pasaros sin ellos. Pero ¿no ois la campana? Silencio, que nos van á interrumpir; ¡por Dios, que nada noten!

Catalina tenia razon; porque apenas se empezara á oir el monotonó tañir de la gran campana del castillo, cuando se abrió repentinamente la puerta y entró el mayordomo del castillo con su acostumbrada cara patibularia, su cadena de oro y varita blanca, seguido de los cuatro criados que habian puesto la cena en la mesa; los cuales con las mismas formalidades que antes, levantaron los manteles.

Mientras esto hacian, el mayordomo permaneci6 inm6vil como si fuera una antigua estátua: y cuando se hubo concluido, esclam6 sin dirigirse á nadie en particular y con un tono que parecia el de un heraldo leyendo una proclama: La muy alta, muy noble y poderosa señora, margarita Ersquine, por casamiento Douglas, hace saber á S. A. Maria de Escocia, á sus damas y á toda su servidumbre, que un apostol del verdadero Evangelio, su reverendo capellan, predicará y explicará esta noche con arreglo á las fórmu-

las de la Congregacion de Evanjelistas.

Escuchad, amigo y señor. Dryfesdale, contestó Catalina; tengo entendido que ese anuncio es una especie de formulario para todas las noches; y quiero que sepais, que Lady Fleming y yo, puesto que no supongo llegue vuestra insolencia hasta el punto de dirijiros á otras personas, hemos escojido para salvarnos el estrecho sendero de S. Pedro. Por lo cual, no veo á quien pudieran convenir esas predicaciones y esplicaciones que decis, como no sea á este pobre paje, el cual hallándose como vos, en el camino que conduce al infierno, lo mejor que puede hacer es ir á escuchar las exhortaciones de vuestro protestante, dejándonos libres de su incómoda presencia para entregarnos á nuestras devociones harto mas cuerdas.

Indignado Orlando de las insinuaciones de Catalina contra su relijion, iba á contestar desmintiéndola, cuando se le vino afortunadamente á la memoria lo que pasará entre él y el rejente. Esto le hizo callar, y mas que vió al mismo tiempo que Catalina levantaba un dedo en señal de amenaza, como para intimarle que debia someterse; por tanto, hubo de resolverse á disimular mal de su grado, siguió al mayordomo hasta la

capilla del castillo, y asistió al servicio protestante de la tarde.

Llamábase el capellan Elias Henderson; se hallaba en lo mejor de su edad, y no carecia de buen criterio: de suerte, que á haber adoptado principios mas sólidos y ortodoxos que los de la reforma luterana, fuera tal vez uno de los teólogos mas estimables de su tiempo. Pero cuando el hombre pierde la fé y tiene en poco la gracia divina; cuando quiere juzgar de los arcanos del Omnipotente á la sola luz de su miserable é imperfectísima razon, por mas aventajada que esta sea, en comparacion de la de sus semejantes; cuando por desgracia asi sucede, es su sendero el del error y de las tinieblas, y al concluirle encuentra infaliblemente su eterna perdicion. ¡El niño no puede comprender la prudencia de sus mayores, que le niegan los gustos que pudieran acarrearle peligros que no conoce! y el hombre se atreve á juzgar de la incomprendible sabiduría de Dios! se niega á la revelacion, desprecia la autoridad de sus Apóstoles, y se persuade que sigue la razon tan solo porque escucha á la impiedad! Tal era el predicador Henderson: quiso juzgar por su solo entendimiento de los misterios que este ni ningun otro puede

alcanzar, y perdió la fé, única antorcha capaz de guiarnos en los profundísimos arcanos de la relijion; cansado de lucha tan desigual, negó lo que entender no podia, y fué protestante no por ambicion ni mala fé, sino por debilidad y estenuacion.

Empero Orlando estaba en otro caso. Ni su edad, ni sus pasiones, ni su genio, le habian permitido pesar hasta entónces con la debida seriedad las doctrinas de la santa relijion que profesaba. Era católico, porque su abuela quiso que lo fuera en su niñez: lo era por el respeto que le inspiraba el carácter del padre Ambrosio; y mas que todo, aunque no se pueda decir en su alabanza, por el propósito que habia formado de contradecir é inquietar á Enrique Warden. Con principios tan poco sólidos (y no podian serlo menos, puesto que el lector recordará que todos los habitantes de Avenel eran protestantes, y que las visitas del P. Ambrosio eran raras, y las ocasiones de hablar en particular con el paje é instruirle, mas raras aun) los furiosos ataques que Henderson dirijia al catolicismo, si bien ninguna impresion hacian en Orlando, tampoco irritaban ni escandalizaban su conciencia como debieran; así que, escuchó las exortaciones del protestante,

y oyó sus razones con bastante decoro. Pasóse de este modo el primer día de su residencia en el castillo, y con muy corta variación del mismo modo pasaron los siguientes.



## CAPÍTULO IX.

---

**E**ra por demas monotoná, triste y solitaria la vida que la reina y su pequeña servidumbre pasaban en Leven, sin mas variacion que la de dar ó no, un paseo en el jardin ó en los baluartes segun el tiempo lo permitia. Por lo regular Maria empleaba toda la mañana en trabajar con sus damas en aquellos bordados de los que aun existen algunos, que prueban su estremada aplicacion. Durante estas horas érale permitido á Orlando pasearse por el castillo ó por la pequeña isla en que está situado: y aun á veces Jorje Douglas le llevaba consigo á sus cacerías por el lago ó por sus orillas. Estas frecuentes escursiones nada hubieran dejado que desear á Orlando para ser feliz, á no ser por la severidad y tristeza que constantemente oscurecian la fisonomia de su noble compañero; tristeza tan profunda que ni una sola vez pudo el paje verle sonreir, ni

hablar una palabra que tuviera relacion con el ejercicio á que se entregaban.

De este modo el rato mas agradable para Orlando, despues del de servir á la cautiva reina, era el que empleaba en la mesa en compañía de la dama Fleming y de su compañera Catalina.

En tales ocasiones pudo suficientemente conocer y apreciar el carácter vivaz, el despejado talento y el agudo ingenio de Catalina, cuya inagotable imaginacion inventaba de continuo medios de divertir á su ilustre ama, ó cuando menos de hacerla mas llevadero su cautiverio. Cantaba, bailaba ó contaba cuentos y leyendas antiguas y modernas con aquella gracia, aquella vivacidad que el deseo de agradar sabe inspirar á un corazon tierno y amante; y que tanto se aleja de la insípida pretension de querer lucirse; todo esto lo efectuaba con una inocencia, con tal sencillez que mas bien la hacia parecer una graciosa aldeana, que no la hija de un alto, orgulloso y poderoso baron de los tiempos feudales. Asi es que cuando su austera y mal humorada compañera, la Fleming, la reñia por su escesiva alegria que ella calificaba de locura, defendiala la indulgente reina, y la comparaba á un alegre jilguero escapado de su jáula,

que revoloteando en un bosque de árbol en árbol, de rama en rama, no recuerda de su esclavitud pasada sino los gorjeos y trinos que embelesaban sus tristes horas de cautiverio, y que entónces repite libre, alegre y venturoso.

Por tanto, los momentos que Orlando gozaba en compañía de la encantadora niña, aunque cortos y fugaces, compensaban con sus encantos las largas horas de tedio que fuera de su vista pasaba; y no obstante pocas ó rara vez la dirigió la palabra, nunca se vió á solas con ella, tanto á causa de ser esto sumamente difícil, por no decir imposible, en virtud de las precauciones á que tenia que someterse la servidumbre de la reina, cuanto porque Lady Fleming, que sin duda lo creia mas indispensable en aquel caso que en otro, ponía el mas particular esmero en impedir toda comunicacion entre los dos jóvenes, y dedicaba generosamente á Catalina aquel caudal de esperiencia y vijilancia que la habian adquirido el odio de las damas de honor de Maria mientras que las sirviera de aya mayor. Con todo, como ni Catalina estaba empeñada en evitar las ocasiones de ver y hablar á Orlando, ni este dejaba de aprovechar cuantas se le presentaban de hacerlo, sucedia con

bastante frecuencia que encontrándose por casualidad, ya se decían una chanza, ya un finjido insulto, que por el aire y la mirada que le acompañaba era mas bien un cariño, ó ya en fin alguna de aquellas medias palabras al parecer insignificantes, pero que tanto dicen y tan fácilmente interpretan los que bien se quieren. Empero, en ninguna de estas entrevistas pudo Orlando renovar su interrumpida conversacion con Catalina, ni menos poner en claro lo que él creía haber pasado entre ellos en la hostería de S. Miguel.

Asi se deslizaban lentos y monotonos los meses de invierno: la primavera se veía ya bastante adelantada, cuando Orlando creyó notar en los modales de las damas cierta mudanza, que no sabía á qué atribuir. La ociosidad en que vivía, y la curiosidad natural á su edad y condicion, le hicieron sospechar y muy pronto cerciorarse de que sus compañeras cautivas tenían algun plan que procuraban ocultar á su penetracion: mas á pesar de su industria no tardó en conocer que por algun medio que era para él del todo ininteligible, mantenía la reina relaciones secretas con gentes de la otra parte del lago, de las que recibía esperanzas bien ó mal fundadas de poder obtener en breve su libertad.

En las conversaciones entre Maria y sus damas que por necesidad muchas veces pasaban en presencia de Orlando, dejaba escapar expresiones que mostraban tenia exactas noticias de lo que pasaba en el mundo, sin que hubiera nadie que pudiera decirselo en el castillo. Observó tambien el paje que la reina escribia mas y trabajaba menos que por lo pasado, y aun como si quisiera adormecer toda sospecha, sus modales para con la Castellana cambiaran gradualmente, hasta indicar que se habia resignado con su suerte.

Sin duda piensan que estoy ciego, dijo Orlando para sí, creen que soy demasiado jóven para confiarme un secreto; ó quizás me temen porque fui enviado aqui por el rejente. ¡Sea en hora buena! Dia llegará en que se den por contentas de devolverme su confianza: y en cuanto á Catalina ¡vive Dios! que yo la haga comprender que soy tan de fiar como puede serlo ese tétrico Jorje Douglas, con quien siempre anda cuchicheando. ¡Pero será acaso que estén enfadados conmigo porque asisto á las pláticas de Elias Henderson? ¡Por Cristo que esto fuera gracioso cuando ellas mismas me obligaron á que lo hiciese!

Probablemente adivinara Orlando el verdadero motivo de la reserva que le muestra-

ban: tanto mas, quanto que el predicador que tenia furiosos deseos de hacer prosélitos en la servidumbre de la reina, le habia obligado de algun tiempo á aquella parte á escuchar particulares conferencias, en las que procuraba por cuantos medios podia sujerirle su erróneo saber, probarle las ventajas que su secta llevaba á la relijion apostólica: y Orlando tanto por no inspirar sospechas, quanto porque no se descubriese que era católico, le escuchaba con paciencia, y aun manifestaba quedar convencido.

Elias con esto estaba altamente satisfecho; puesto que su único objeto al secuestrarse en el castillo de Lady Leven, no fuera otro, como ya hemos apuntado, sino el de hacer prosélitos entre los criados de la destrozada reina, y afirmar en su nueva creencia á los que ya hubiesen apostatado. Quizá tambien rayaba mas alta su ambicion; y su vanidad le alucinaba hasta el punto de creerse destinado por su elocuencia á convertir á la misma Maria. Pero desgraciadamente para él, la reina y sus damas rehusaron tan pertinazmente admitirle en su presencia, que los castillos en el aire que formara hubieron con harto sentimiento suyo de venir á tierra.

Con esto, nada tenia de estraño que las

continuas entrevistas de Orlando con el protestante, si bien le hacian ganar rápidamente terreno en la opinion de Lady Leven, se lo hicieran perder en igual grado en la de la reina y sus damas; y esto le llegaba al alma, por mas que hasta entónces permaneciera neutral entre los dos partidos que reinaban en el castillo. Notó y se convenció mas y mas de que se le consideraba como á un espía; y que en lugar de aquella franqueza con que anteriormente hablaban en su presencia, habian adoptado un tono reservado, cuando no taciturno y melancólico: no menos evidente era la mutacion que se hiciera en sus modales y conducta para con él. La reina que en los principios le trataba con amena y bondadosa cortesanía, ya apenas le hablaba, ó si lo hacia, era para mandarle lacónicamente aquellas cosas indispensables de su servicio. Lady Fleming jamás le dirijia la palabra sino con la mas completa y fria indiferencia; mientras que Catalina se habia vuelto reservada, picante y aun uraña; y para agravar su desgracia, vió ó le pareció ver señales evidentes de intelijencia entre Jorje Douglas y la hermosa Catalina; así, que ajitado por los celos creia á cada paso notar miradas que indicaban que entre ellos habia secretos de

la mayor importancia. ¡Qué extraño es, decía entre sí, que viéndose cortejada por el hijo de un poderoso baron, no diga una palabra ni dispense una mirada al pobre y oscuro paje!

En fin, la situacion de Orlando se hizo tan desagradable, que su corazon no pudo resistir por mas tiempo; sufriendo tanto mas, cuanto que se veia privado del único consuelo que le decidiera á aceptar un empleo insoportable por muchos estilos á mas del encerramiento. En su desesperacion acusaba á la reina y á Catalina (pues en cuanto á la opinion de la dama Fleming, no la tenia en un ardite) de la mayor y mas veleidosa injusticia en considerar como un crimen lo que no fuera sino obediencia á sus órdenes. ¿Y cuya seria la culpa, decía él, si jóven y sin el debido conocimiento de mi relijion, me hubiese dejado arrastrar y convencer de las apasionadas y virulentas razones de ese predicador? A fé que he tenido no poca fortuna en que guiado por lo poco que recuerdo haber oido decir al padre Ambrosio y por el ángel de mi guarda, he procurado cerrar mis oidos á las palabras de Henderson, y que he podido mientras él predicaba apartar mi imaginacion de ideas mundanas, y entretenerlas



en rezar lo mas devotamente posible mi rosario. Pero sea como fuere, juro no permanecer por mas tiempo en el castillo. ¡No! vive el cielo! ¿me creen capaz de hacer traicion á mi ama porque suponen á su antojo, cuando menos que dudo de mi relijion? Pues bien; yo las dejaré y me iré por esos mundos á labrar mi propia suerte, que cualesquiera que ella fuese, no ha de ser peor que esta en que ahora me eucuentro; prisionero, detestado y sospechado por mis mismos compañeros de infortunio. No mas pensar; mañana debo ir á pescar con Jorje Douglas; con que asi, mañana mismo le requiero de que me deje marchar.

El pobre Orlando pasó toda aquella noche en la mayor ajitacion: y cuando se levantó por la mañana, aun estaba indeciso de si pondria ó no por obra la resolucion de la tarde anterior. Pero sucedió precisamente cuando iba á salir con Douglas, que la reina, contra lo que tenia de costumbre, le llamó: obedeció inmediatamente, y bajó con tal precipitacion al jardin donde se hallaba Maria, que no pensó en que llevaba en la mano la caña de pescar; y la reina como le viera con ella, dijo á Lady Fleming: es preciso, querida, que Catalina invente alguna otra diver-

sion para que pasemos este dia; porque ya veis que nuestro buen paje ha determinado de antemano el modo como debe emplearlo él.

Desde un principio dije á V. A., contestó la Fleming, que no debia contar con la presencia de un jóven que tiene tantos amigos protestantes, y como es natural, encuentra entre ellos medios de divertirse mas que entre tres pobres mujeres cautivas.

A esto añadió Catalina, mientras que todas sus facciones espresaban la mas violenta indignacion: ¡No sé por qué este caballero no se decide á irse á otra parte con esos amigos que decis, puesto que con ellos sin duda alguna fuera mucho mas dichoso! Al menos, si lo hiciese, tendríamos esperanza de encontrar otro paje si es que lo hay en el mundo, que sea fiel á su reina y á su Dios!

¿Qué haceis ahí, dijo la reina, que no parece sino que vuestros pies han echado raices en la tierra?

Espero las órdenes de V. A., contestó Orlando.

Ninguna tengo que daros, le respondió ella: despejad.

Mientras salia del jardin en direccion al bote, oyó que la reina decia á una de sus

damas; ¡ya veis á lo que nos habeis espuesto!

Esta desagradable escena hizo desvanecer del todo la irresolución del paje, quien resolvió dejar inmediatamente el castillo, dando al instante cuenta de sus intenciones á Jorje Douglas. Halló á este con el mismo humor triste y silencioso que acostumbraba, sentado en la popa del pequeño esquife de que se servian en semejantes ocasiones, y preparando tranquilamente sus anzuelos. Orlando sin hablar palabra empezó á remar, y Douglas continuó sin alzar la vista, escepto de cuando en cuando, para indicarle con ella hácia qué lado debia dirigir el bote. Luego que se hubieron alejado á alguna distancia, Orlando suspendió de repente su tarea, y dirigió la palabra á Jorje en los siguientes términos: **Tengo que deciros una cosa de importancia, si me lo permitis, caballero.**

Las facciones inmóviles y al parecer indiferentes de Douglas, cambiaron súbitamente de expresión, y ¡espresaron la curiosidad impaciente y nerviosa de aquel que espera oír nuevas alarmantes y del mas profundo interés.

Habeis de saber, continuó Orlando, que

estoy mortalmente cansado de vuestro castillo de Leven,

¿No es mas? contestó Douglas con un profundo suspiro; pues en verdad que no creo que encierre una sola persona, que no esté de él tan cansado como vos.

Ya se vé; pero como ni soy individuo de la familia, ni creo estar prisionero, no veo que pueda haber inconveniente en que yo le deje, prosiguió Orlando.

Paréceme que lo mismo deseariais, aun cuando pertenecierais á la familia, ú os hallárais cautivo.

Es que no solo estoy cansado de vivir en él, prosiguió el paje, sino que estoy firmemente determinado á dejarle para siempre.

Podrá ser; pero advertid que esa resolucion es mas fácil de tomar que de ejecutar, contestó Douglas.

Ninguna dificultad veo en la ejecucion, con tal que vos y vuestra señora madre consentais en ello, insistió el paje.

Os engañais por mi fé, Orlando, respondió Douglas: reflexionad, y vereis que á mas de las personas que habeis nombrado, necesitais tambien del consentimiento de otros dos, que son S. A. la reina Maria vuestra ama, y mi tio el rejente que os colocó á su

servicio, y que probablemente no juzgará oportuno que cambie tan á menudo de criados.

¿Y qué quereis decir con eso? que me he de quedar que quiera ó no? dijo el paje no poco sobresaltado de ver que el asunto que tan fácil le pareciera un momento antes, presentaba ahora un aspecto tan serio.

Al menos, contestó su compañero, páreceme que habreis de esperar hasta tanto que mi tío consienta en despediros.

Pues yo os aseguro, dijo Orlando, hablándoos con toda franqueza como á caballero que sois, é incapaz por tanto de hacerme traicion, os aseguro, repito, que si me creyera prisionero en este castillo, ni sus murallas ni las aguas que le rodean habian de ser poderosas á detenerme.

Con la misma franqueza os diré, contestó Douglas, que si tal hiciérais, no seria yo quien reprobase mucho vuestra conducta; pero persuadios bien que en ese caso, mi padre, mi tío, cualquiera de mis hermanos mayores, y aun cualesquiera de los señores del partido del rey en cuyas manos cayérais, os ahorcarian como á un perro ó como á un centinela que abandona su puesto; y yo os prometo que os seria difícil evitar el caer de un modo ú

otro en sus manos. Pero remad hácia la isla de S. Serf: se ha levantado poniente, y no dejaremos de hacer buena pesca si nos dirijimos hácia el lado de la isla en que el agua está mas ajitada. Luego que pasemos una hora pescando, volverémos á entablar esta conversacion.

Con efecto su pesca fué feliz; á pesar de que jamás hubo dos pescadores que la hicieran con mas silenciosa indiferencia.

Cuando hubieron pasado algun tiempo en aquella diversion, Jorje Douglas tomó los remos y mandó á Orlando que se pusiese al timon y dirijiese el bote hácia el embarcadero del castillo. Pero luego que llegaron á la mitad del camino Douglas cesó de remar, y mirando á su alrededor para ver que nadie podia oirlos, dijo á Orlando: Yo tambien tengo una cosa que deciros; pero es de importancia tal, que aun aquí, rodeados como estamos de agua, donde es imposible que nadie pueda escucharme, no me atrevo á mencionarla.

En tal caso, bien hareis en callarla, contestó el paje, puesto que desconfiais del honor del único que oiros puede.

No es de vuestro honor de quien dudo, prosiguió Douglas; sino que sois tan jóven, tan imprudente, tan variable!

Jóven indudablemente lo soy, y quizá imprudente tambien; pero decidme, os ruego, ¿quién os ha informado de que sea variable?

Quien os conoce tal vez mejor de lo que os conoceis á vos mismo, contestó Douglas.

Sin duda esa sábia persona á quien aludís, será Catalina Seyton, dijo Orlando, mientras que le palpitaba fuertemente el corazon; pero quiero que sepais que ella misma es mas veleidosa que el elemento que nos sostiene en este instante.

Quisiera que no olvidáseis, mi jóven amigo, observó Jorje, que la dama de quien hablais, es de ilustre cuna, y no os está bien mencionarla con tanta lijereza.

Caballero de Douglas, contestó el paje; como las palabras que habeis dicho parecen llevar consigo una especie de amenaza, quiero preveniros que no se me da un bledo por cuantas amenazas me podais hacer: y ademas, permitid que os advierta que el campeon que tome á su cargo la defensa de toda dama de ilustre cuna, á quien se pueda acusar de variable ó veleidosa en sus afectos, debe prepararse á enristrar lanza contra la mayor parte del género humano.

Id muy en hora mala, contestó el senescal en tono amistoso; que no sois sino un

chiquillo incapaz de ocuparos de otro asunto mas grave que el de tender una red ó hacer cazar á un azor.

Como gustéis, dijo el paje un poco picado; y si vuestro secreto se refiere á Catalina, os digo que me importa tanto como una de las truchas muertas que tenemos á nuestros pies, y podeis decírselo asi á ella misma si os place: yo aseguro que ella os proporcionacione ocasion de hacerlo, como lo ha hecho hasta aqui.

Cubriose el rostro de Douglas del mas vivo encarnado al oir estas palabras, y con ello los celos del paje subieron de todo punto, conociendo que sin querer habia dado en el blanco; con lo cual su corazon recibió un golpe mortal. Jorje entre tanto sin responder ni una palabra, volvió á tomar los remos, y los manejó con tanta fuerza, que en breve se hallaron en el desembarcadero del castillo. Los criados recojieron la pesca, y los pescadores se separaron sin desplegar sus labios, dirijiéndose cada cual á su aposento.

Una hora poco mas ó menos pasaria Orlando echando pestes contra Catalina, contra la reina, la Castellana, el castillo, el rejente y sobre todo contra Jorje Douglas, cuando su deber le obligó á ir al cuarto de Maria para



preparar la mesa. Mientras que arreglaba su traje para hacerlo, maldecía la locura y vanidad que le hiciera tomar tanto trabajo para presentarse con la mayor decencia posible; y en fin, cuando según costumbre se colocó detrás del sillón de la reina, lo hizo con un aire de dignidad ofendida tan evidente, que no pudo escaparse á la penetración de Maria, y probablemente la pareció bastante ridículo, pues dijo al oído de Lady Fleming y de Catalina algunas palabras que hicieron reír á entrambas, aunque se notaba en la última cierta sensación penosa mientras lo hacia. Aquellas risas y la chianza que las orijinara, aumentaron como es de presumir el enojo de Orlando; de suerte, que su fisonomía se puso doble mas seria y quijotesca; lo que á no dudar le hubiera valido nuevos motivos de mortificación, á no ser que la reina se compadeció de su pena, y se sintió inclinada á perdonar su locura.

Así fué que con aquel tacto y delicadeza que la era propia y que ninguna mujer poseyera con mas perfección, empezó á dulcificar por grados el mal humor de su magnánimo paje. La escelencia de las truchas, su buen gusto y hermoso color, la condujeron á dar las gracias á Orlando por la sabrosa adi-

cion que habia hecho á su ordinario servicio, con tanto mayor motivo, añadió, cuanto que era comida de viernes: en seguida le preguntó en donde las habia pescado; si las habia muy grandes; cuándo estaban en mejor sazón; y en fin, prosiguió haciendo comparaciones entre las truchas del lago Leven que se tienen por las mejores de Escocia, y las de otros lagos y rios mas al Sur. El mal humor y la cólera de Orlando no eran nunca muy duraderas; así fué, que ambas desaparecieron como la niebla ante el sol, y se engolfó en una disertacion casi científica, acerca de las calidades de las truchas de Loch Leven, que mejores, como hemos dicho, no se encuentran en el mundo. Arrastrado por la discusion que para él tenia particular interés, hablaba con todo el ímpetu y entusiasmo de un pescador, y no hubiera probablemente acabado en mucho tiempo, á no haber advertido que la sonrisa con que la reina le escuchara al principio iba desapareciendo por grados, dando lugar á la mas lánguida espresion, hasta que al fin, magüer de sus esfuerzos, las lágrimas brotaron de sus ojos. Paróse repentinamente el pobre paje en mitad de una palabra, y conmovido por demas, no pudo menos de preguntar á la rei-

na si habia tenido sin querer la desgracia de causar pena á S. A.

No en verdad, mi pobre paje, contestó ella; sino que mientras enumerábais los lagos y rios de mi reino, me dejé llevar de mi imaginacion fujitiva á las románticas escenas de Nithsdale y á las réjias torres de Loch maben. ¡Oh tierra que mis padres rijieran gloriosamente! por qué fatalidad se ve privada vuestra mal aventurada reina de los placeres que tan liberalmente proporcionais al mas ínfimo de sus vasallos? ¡Ay de mí, malograda, que el mas infeliz de los pordioseros que libremente implora una limosna de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, no querria trocar su suerte con la de Maria de Escocia!

Paréceme que V. A., dijo Lady Fleming, haria bien en retirarse á su cámara.

Razon teneis, Fleming, contestó la reina; pero venid conmigo, que no es bien que mis penas y desgracias aflijan y contristen los corazones de estos jóvenes.

Dijo esto, echando sobre Orlando y Catalina, que quedaban solos en la estancia, una mirada de melancólica compasion.

Fácilmente imajinará el lector que la situacion en que quedara Orlando era harto

desagradable; puesto que habrá pocos que no hayan experimentado cuán difícil es sostener un aire de dignidad ofendida delante y á solas con una jóven encantadora y amada, por mas motivos de resentimiento que contra ella se tengan. En tanto Catalina permanecia silenciosa en su sitio, semejante á una aparicion bien intencionada, que conociendo el terror que su vista inspira, quiere dar tiempo al mortal á quien dirige su sobrenatural visita para que se reponga y adquiera por grados la serenidad indispensable para sufrir su presencia, y para que segun las leyes que de tiempo inmemorial rigen en la ciencia demonológica, le pregunte; *quién es, de dónde viene, y qué quiere*. Mas viendo que el paje no parecia capaz ni dispuesto á mostrar la cortesía que se debe á las almas del otro mundo, condescendió en dar un paso mas decisivo; y asi, ella misma entabló la conversacion del modo siguiente:

Decidme, galan caballero, si me es permitido interrumpir vuestra augusta meditacion, ¿qué se ha hecho de vuestro rosario?

Lo perdí, señora; lo perdí há poco tiempo, contestó Orlando entre confuso é indignado.

¿Y puedo preguntaros, señor mio, por qué causa no le reemplazárais con otro? Casi casi, estoy tentada, añadió, sacando de su faldriquera un rosario de cuentas de ébano engastadas en oro, de regalaros este, sin mas que para que lo guardéis por venir de mí, y para que os recuerde nuestra antigua amistad.

Fueron pronunciadas estas palabras con voz trémula que anunciaba una sensibilidad estremada, de modo, que conmovieron el corazón de Orlando hasta el punto de hacerle olvidar al instante todo su resentimiento, y sin querer ni saber cómo, se halló al lado de Catalina. Viendo lo cual esta, cambió repentinamente de conversacion, y con el acento atrevido y firme que sabia emplear cuando la convenia, dijo: ¿quién os mandó, caballero, venir á sentaros á mi lado? Paréceme que la antigua amistad de que os hablara, há mucho que está olvidada: mejor diré, muerta y enterrada.

¡No permita el cielo que asi sea! contestó el paje: ¿sabeis lo que fué Catalina? que se durmió por unos dias, nada mas: y tan pronto como os habeis dignado manifestar vuestro deseo de que volviese á despertar, dándome una prenda que quiero querer mas que á las

niñas de mis ojos, pues que me asegura de....

¡Deteneos! exclamó Catalina, retirando el rosario hácia el cual Orlando alargaba la mano: ló he pensado mejor, y no ha de ser así.... porque, decidme, ¿de qué puede servir un rosario, aunque haya sido bendecido por el Santo Padre, á un hereje?

Sintióse Orlando vivamente herido al oír estas palabras; porque conoció que las sospechas de Catalina iban á ser el asunto de una conversacion que él se lisonjeara sería harto mas agradable: y así, quiso hacer un esfuerzo para que tomase otro rumbo, diciéndola: ¿pero es posible, señora, que mostreis tal empeño en verme desgraciado? La pasión que os profeso y que no podeis desconocer, no ha de obtener de vos sino burlas y desprecios? Habré de ver por siempre envenenados los escasos momentos que me es dado pasar á vuestro lado? y en fin, ¿por qué consentís en presentarme la embriagadora-copa de vuestro aprecio, si me la habeis de arrebatar antes que me llegue á los labios?

Porque mi aprecio, como os place llamarle, contestó Catalina, no puede recaer sino en el vasallo fiel, y en el católico firme y sincero: ni puede merecerlo otro que no sea aquel que se sacrifique cuerpo y alma á la

misma sagrada causa que yo: y esta causa (sobrado lo habeis conocido) es la de nuestra desgraciada reina. Para semejante hombre, si es que le conoceis, está reservado mi aprecio: sí, mi mas tierno y firme aprecio; mas no para aquel que se asocia con herejes, y quizá á la hora de esta es casi un renegado.

Difícilmente me hareis creer en la verdad de vuestras palabras, Catalina, contestó Orlando: ved que el favor, ó mejordiré, los favores que dispensais á Jorje Douglas, no pueden ser dirigidos ni al buen católico ni al fiel vasallo, puesto que no sé que sea ni lo uno ni lo otro.

Pensad mejor de Jorje Douglas, contestó Catalina; y no imajineis que él pudiera..... pero deteniéndose de repente como si temiese haber dicho demasiado, añadió: os aseguro, señor galan, que todos los que bien os quieren, sienten en el alma vuestra mudanza.

Poco se perderá en ello, respondió el paje; porque no supongo haya muchos en el mundo que se interesen en mí, y los pocos son de un carácter tal, que su sentimiento á buen seguro no durará diez minutos cuando mas.

Errado la habeis, seor paje, dijo Cata-

lina. Quiero que sepais que los que se interesan por vos son en mayor número, y sienten mas profundamente de lo que creéis ó tal vez merecis. Empero quizá se equivoquen; nadie mejor que vos puede juzgar de aquello que mejor le ha de estar; porque si preferis el oro y las tierras de la Iglesia al honor, á la lealtad y á la fé que profesaran vuestros mayores, no veo por qué si asi fuese, habriais de escuchar vuestra conciencia mas de lo que lo hacen otros; y á fé que no os faltan ejemplos que imitar.

El cielo me es testigo, exclamó Orlando, que no me haceis justicia, Catalina. Ni me tienta el oro, ni menos los Estados de la Iglesia; ni hay en el mundo objeto, no, ni aun vos misma, á quien yo sacrificara mi honor: ni mi corazon abriga otro sentimiento que el de la lealtad; ni todos los discursos de Henderson, ni los de Fox, ni los de todos los predicadores del mundo fueran capaces de hacerme variar de fé, interin mi conciencia no me diga que la mia no es la verdadera.

Ya, ¡vuestra conciencia! Tened cuidado con vuestra conciencia, contestó ella; y ved que no tiene fundamentos asaz sólidos para que os podais fiar únicamente en ella. Otros de mas edad y de entendimiento mas sólido



que el vuestro no han podido resistir al cebo de los bienes monacales, como por ejemplo si los estados de Kennakuhair que acaban de ser confiscados por la corona, por haber los frailes cometido el horrendo crimen de ser fieles á sus votos, fuesen ofrecidos por el noble y poderoso traidor Santiago, conde de Murray, al buen escudero de damas Orlando Græme, en recompensa de sus buenos y leales servicios, de espia y sota-llavero de la mazmorra en que yace su lejítima y única soberana la reina Maria. ¿Qué os parece? creéis si tal sucediera, que vuestra conciencia se mantendria tan firme como decís?

Continuad, Catalina; continuad, contestó el paje con el mayor sentimiento: no os canséis de herir este corazon sin defensa. Entretanto, hacedme la justicia de creer, que no hay cosa en el mundo que yo no haga, ni riesgo en que no incurra por socorrer á esa desgraciada señora; pero decidme ¿qué puedo yo hacer?

¿Qué podeis hacer? Mucho, Orlando. ¡Si los hombres de nuestros dias fueran tan nobles y caballerosos como los escoceses del tiempo de Bruce y Wallace! Ah Orlando! de qué noble empresa os apartais en este momento tan solo por veleidad y tibieza!

Vos me desesperais, Catalina, dijo el paje: ¿cómo puedo yo apartarme de una empresa de la que no tengo ni la mas remota idea? Decidme por vuestra vida, ¿háme la reina, ni vos, ni otra persona alguna comunicado proyecto en favor de Maria al que yo me haya negado? no me habeis por el contrario privado de vuestra confianza, como si fuera el mas abominable espia y traidor que jamás existiera en el mundo?

Sin duda, contestó Catalina; ni podia hacerse de otro modo con el compañero inseparable y el discípulo del predicador Henderson. Por Dios, que escojiérais, Orlando, un excelente tutor para reemplazar al buen P. Ambrosio que á la hora de esta anda errante, perseguido y sin asilo, si es que ya no se encuentra en el fondo de algun infecto calabozo por haberse opuesto á los tiranos mandatos del Lord Morton, á cuyo hermano, las tierras y dependencias de Sta. Maria han sido dadas por el rejente.

¿Es posible? exclamó el paje fuera de sí. ¿Decís, Catalina, que en tal tribulacion se encuentra el P. Ambrosio?

Es tan cierto como lo estais oyendo, contestó la dama: pero á pesar de todas sus desgracias la mayor para él fuera, no lo dudeis.

el saber que os habíais apartado de nuestra santa madre la Iglesia.

No mas, Catalina; no mas, por el cielo: ya os he dicho que vuestras suposiciones son infundadas. Podrá ser que mi fé no sea tan viva como debiera; podrá ser que objetos puramente terrestres ocupen mi imaginacion, cuando debiera emplearla únicamente en la contemplacion de mi Dios; ¡pero abjurar la verdadera creencia! jamás. Tuviérame por deshonorado si tal hiciera.

¡De veras! exclamó Catalina con la mayor viveza. ¿De veras asegurais que el veneno que vierten los labios de ese falso predicador no ha penetrado en vuestro corazon? que las palabras de ese hombre que pretende interpretar las Sagradas Escrituras mejor que los mismos Apóstoles, y sus sucesores, ninguna mella han hecho en vos? me negareis que sus falaces esplicaciones os han inspirado algunas dudas? y en fin, ¿no es cierto que él mismo se alaba de haberos convertido? Hasta la hereje mujer, dueña de esta casa, os propone por modelo á los demas. La reina y Lady Fleming os lloran como perdido y engañado: una sola persona, sí, una sola, nada me importa decirlo aunque por ello me hubiera de rebajar en la buena opinion que debeis tener

de mi recato; yo sola persisto en creer, y lo sostengo aunque con mortal temor de verme engañada, que sois aun el mismo que soliais, firme, leal, noble y católico.

Sí, Catalina; creed que soy todo eso que acabais de decir: creed que soy lo que vos quisiérais que fuese: por mas que se diga lo contrario, no tiene la reina un parcial, no tiene un criado que mas pronto que yo se halle á sacrificar su existencia por su servicio: no hay hombre nacido que capaz sea de amar á su bella dama cual yo; y hablándoos como pudiera hacerlo á mi confesor, os digo y repito, que es mi fé inalterable, aunque no puedo menos de creer que las demasías y orgullo de algunos de nuestro clero, merecian este castigo de la Providencia que servirá para su reforma. ¿Quereis mas? podeis exigir mas de mí?

¡Nada mas, nada mas! exclamó Catalina enajenada, apretando con ambas manos su corazon. Me habeis hecho la mas feliz de todas las mujeres, y ahora puedo creer que no nos abandonareis, y que abrazareis nuestra causa, si fuere posible que se hallase medio de sacar á la reina de su prision, y se la pudiese en estado de defenderse noblemente contra sus rebeldes vasallos.

¿Quién lo duda, mi Catalina? Pero escuchad lo que me dijo el conde de Murray cuando me mandó aquí.....

¡El conde de Murray! exclamó Catalina: al demonio escucharía yo mas bien. ¿Cómo podeis decirme que escuche lo que dijo un vasallo rebelde, un fratricida, un consejero traidor, un falso amigo? ¡Un hombre que de simple particular y pensionista del Estado, se elevara á ser el consejero de la majestad y el distribuidor de todas las gracias! un hombre cuyo rango, fortuna, títulos, importancia y poder no tuvieran otro principio ni otra valia sino el amor fraterno de su inocente hermana! un hombre que mostrara su agradecimiento encerrándola en seguida en esta espantosa y negra prision, y que puso el sello á sus iniquidades desposeyéndola de su cetro y de su reino! un hombre, en fin, que no la asesina, tan solo porque no tiene valor para ello!

Pensais harto mal del conde de Murray, contestó Orlando. Yo por mi parte no tengo muy fuertes motivos de queja contra él; y hablándoos con toda sinceridad, prosiguió sonriéndose, cuando piense en ello, paréceme que debiera prometérseme alguna recompensa que yo estimase en mucho, mucho, para hacerme olvidar los favores que le debo, y de-

dicarme como quereis, cuerpo y alma á la causa de la reina.

Sino es mas que eso, dijo Catalina, yo ofrezco desde luego las alabanzas de los vasallos oprimidos, las plegarias del clero perseguido, la ayuda de la nobleza insultada, la fama en las generaciones venideras, la mas acendrada gratitud de vuestros amigos, honor en la tierra y felicidad en el cielo. Las gracias de vuestra patria, y el reconocimiento de vuestra reina: la caballeria no recordará mayor proeza: los hombres os honrarán, y tendréis el amor de todas las mujeres. En cuanto á mí, que ós fuí dada por compañera en la empresa de libertar á nuestra reina, os amaré; sí, os amaré.... mas que una hermana á su hermano.

¡Proseguid, por Dios, proseguid! dijo Orlando, cayendo de rodillas, y apoderándose de una de sus manos, que Catalina, arrebatada por el entusiasmo, no pensó en retirar.

Pero despues de una pausa, avergonzada la doncella, contestó: no, no mas. He dicho demasiado; ¡oh! sí, demasiado si no sois veraz, y demasiado poco si lo sois. Mas ¿por qué dudar? continuó, viendo los ojos de Orlando animados por el mismo entusiasmo que ardia en los suyos: veo que sois sincero; sí, lo sois: seguiréis conmigo la buena causa:

á ella os dedicais por este signo reverendo y sagrado de nuestra redencion; y diciendo esto, trazó con su dedo sobre la frente del jóven la señal de la cruz; y apartándole en seguida, se bajó y pareció besar en el aire el sagrado símbolo: luego levantándose repentinamente, y arrancando su mano de las de Orlando, se precipitó como una flecha en lo interior del aposento de la reina.

Estático quedó Orlando tal cual le dejara Catalina, arrodillado, y con la vista fija en el espacio que ella ocupaba. Si sus pensamientos no eran completamente felices, eran al menos de aquellos que embriagan á un amante, y hacen que desaparezca de su vista el orbe entero, para no tener presente sino al objeto de su culto. Al cabo de un gran rato, se levantó por fin enajenado aun de dicha, y aunque nunca el predicador Henderson hablara con mas tenacidad que aquella noche contra los errores del catolicismo, es bien seguro que jamás sus palabras hicieron menos impresion en el corazon del paje.





## CAPÍTULO X.

---

Con silencioso continente y pensativo se encaminó Orlando á la mañana siguiente á los parapetos del castillo, como al lugar mas á propósito, seguro y solitario en el que pudiera entregarse á sus meditaciones. Pero en mala hora lo hiciera, puesto que apenas habia llegado, cuando se encontró cara á cara con el predicador Elias Henderson.

Os buscaba, mancebo, dijo este; pues tengo que hablaros de cierto asunto que os concierne muy de cerca.

Ninguna excusa tenia el paje para evitar la conferencia que el otro le proponia; y asi hubo de manifestar con una inclinacion de cabeza que consentia en ella, por mas desagradable que fuese para su corazon.

Con esto el predicador empezó diciendo: Alenseñaros, Orlando, cuanto pude, vuestros

deberes para con Dios, de exprofeso omití hablaros largamente ó insistir sobré los que teneis para con los hombres. Os hallais aqui al servicio de una dama que merece todo respeto por su nacimiento, la mas sincera compasion por sus desgracias, y que posee en grado demasiado eminente aquellas prendas exteriores que con tanta facilidad ganan él afecto de los hombres. Ahora bien, decidme si habeis reflexionado alguna vez acerca del verdadero modo como debeis considerar á Maria de Escocia.

Creo, señor, contestó Orlando, que conozco bastante cuál es mi deber para con mi ilustre ama, como su criado que soy, particularmente en las tristes circunstancias que la rodean.

Sin duda, replicó Henderson; pero habeis de saber, buen jóven, que ese mismo conocimiento que decís tener de vuestros deberes para con Maria, pueden ser causa de que cometais grandes crímenes yaun traicion.

¿Cómo así, señor? repitió Orlando: os aseguro que no alcanzo á comprenderos.

No os hablaré de los crímenes de esta desgraciada dama, puesto que no fuera bien hacerlo á uno de sus propios servidores, continuó el predicador; pero sí puedo deciros que

esa infeliz ilusa ha rehusado mas ofertas de gracia, mas esperanzas de eterna gloria, de las que jamás estuvieran al alcance de otra alguna princesa de la tierra; hasta que al fin ha venido á parar en este triste albergue, donde permanecerá encerrada por el bien de la Escocia, y tal vez para la salvacion de su alma, si es que el dia de su gracia no es ya pasado.

Señor, contestó Orlando con no poca impaciencia: sobrado se me alcanza que mi desventurada ama está prisionera, puesto que yo participo de su prision: y os puedo asegurar que estoy harto de ella, mas de lo que pudiera espresar.

Precisamente de eso os venia yo á hablar, dijo el predicador con dulzura. Pero antes quisiera que consideráseis la encantadora apariencia de aquellas colinas bien cultivadas: ¿veis aquel lugarcillo que apenas se distingue al través del follaje de los frondosos árboles que le rodean? pues alli habitan la paz, la industria y el contento. Si estendeis la vista hasta donde puede alcanzar, vereis de espacio en espacio elevarse majestuosamente innumerables torres de castillos feudales: todos están rodeados de aldeas, y alli como en el nuestro, reina la paz y la union.

Las lanzas yacen colgadas de las paredes, y las espadas tranquilas en las vainas. Veis tambien gran número de capillas en las que el sediento halla abundancia del agua pura de la vida, y el hambriento salutífero pasto espiritual. Ahora bien, decidme: ¿qué merecería aquel que transformase tan feliz y encantadora escena en otra de horror, de fuego, sangre y destruccion? ¿Aquel que entregase el castillo y la cabaña á las llamas, y pretendiese en seguida apagarlas con sangre humana, de qué sería digno? ¿Qué merecería en fin, aquel que contribuyese á entronizar de nuevo la supersticion en esas moradas de dó la arrojaron los prohombres del siglo?

Oscura por demas es la pintura que habeis trazado, contestó Orlando; pero no veo á quien pretendéis indicar como autor de tamaños males.

No permita Dios que tenga que decir: *tú eres el hombre*, contestó Kenderson. Pero quiero que no perdais de vista, mancebo, que mientras servis á vuestra ama, no debeis olvidar por un solo instante las obligaciones que os imponen vuestra patria y la felicidad de sus habitantes. Mirad que si lo hiciéreis, pudiérais ser justamente el objeto de las maldiciones de vuestros conciudadanos, y merecer

el horrible castigo debido al autor de semejante obra de las tinieblas. Si te dejases ganar incautamente por el canto de esas sirenas; si contribuiras á la evasión de esa que fué reina de este lugar de seguridad y penitencia; si así lo hicieras, adios para siempre la paz de las cabañas y la prosperidad de la Escocia. Entónces sí que hasta los que están por nacer te maldecirían, como al que fué instrumento de las calamidades que indispensablemente acarrearía una guerra entre la madre y el hijo.

Nada sé de esos planes á que aludís, Reverendísimo, y por tanto, en modo alguno puedo ayudarlos. Los servicios que he prestado á la reina han sido exclusivamente los de un criado: y aun así, mas de una vez hubiera deseado verme libre de ellos; sino que....

Y precisamente para prepararos á gozar de algun tanto mas de libertad, os he hablado de los males que pudiérais orijinar si de ella abusárais. Jorje Douglas ha hecho saber á su señora madre, que os hallais cansado de vuestro servicio; y la noble Castellana á mi intercesion, y viendo que no está en su mano despediros del todo, ha determinado para aliviar vuestro enfado encomendaros ciertas

comisiones en tierra firme, que hasta aquí fueran desempeñadas por personas de su mayor confianza. Asi que, venid conmigo ante la señora, puesto que hoy mismo debe empezar vuestro encargo.

Quisiera, señor, queuviéseis á bien excusarme de hacerlo asi, contestó Orlando conociendo que toda apariencia de mayor confianza de parte de Henderson y Lady Leven, no haria sino perderle mas y mas en el ánimo de las ilustres cautivas. Bien advertis que un hombre no puede servir á dos amos: y estoy seguro de que mi ama no tomará á bien que lo haga á otro.

Nada temais por esa parte, contestó el predicador: se pedirá su licencia, y se obtendrá al propósito: licencia que será harto fácil de recibir puesto que creará poderse valer de vuestra libertad, para por eso medio ponerse en comunicacion con sus parciales, si tal nombre puede darse á los que invocan su nombre tan solo como una bandera para encender la guerra civil.

Fácil os es decir asi á vos y á los vuestros, dijo Orlando: ningun partido teme encender la guerra civil para lograr su triunfo: y al hacerlo, invoca sacrilego el nombre del Todo-poderoso, el de sus derechos y el del

pueblo: mas luego que ha obtenido la victoria, son infames, traidores y criminales que merecen la cólera del cielo, los vencidos que pugnan por derrocarlos de sus puestos. Mas yo no soy político; no me está bien á mi edad hablar en semejantes materias; solo que veo que voy á ser el objeto de las sospechas de todos. Mi ama, al ver la confianza que en mí reposan sus enemigos, me considerará un espía de sus acciones y proyectos; mientras que la señora de Leven por su parte, nunca cesará de creer en la posibilidad de que yo la haga traicion, tan solo por que las circunstancias me pondrán en oportunidad de hacerla.

Siguióse á estas palabras una pausa de algunos minutos, durante la cual, Henderson miraba de hito en hito á Orlando, como para leer en sus ojos si se encerraba en lo que dijera mas misterio del que á primera vista aparecia. Empero nada pudo discernir; porque Orlando, acostumbrado desde su infancia á guardar su secreto, sabia dar á su fisonomía un aire de inocencia impenetrable, aun cuando mas conmovido estaba en sus adentros:

No os entiendo, Orlando, dijo al fin el predicador; ó mas bien, veo que pensais en

la materia con mas profundidad de la que yo os creia capaz. Pareciame que la alegria de ir á tierra con vuestras redes ó vuestra ballesta hubiera hecho desaparecer toda otra idea de vuestra mente.

Y por Dios que fuera asi como vos decis, respondió Orlando, conociendo la necesidad de destruir las sospechas que evidentemente se elevaran en el entendimiento de Henderson. Asi seria por cierto, si no fuera por lo que me habeis dicho de eso de quemar torres, destruir el Evangelio, y qué sé yo que mas.—Os aseguro que de tal modo trastornarais mi cabeza con esos espantosos vaticinios, que he perdido el indecible gusto que de otro modo me causarán los momentos de libertad que me ofreceis.

Seguidme pues, mancebo, y vamos en busca de la Castellana de Leven, dijo Henderson.

Halláronla almorzando con su nieto Jorge.—La paz sea con vuestra señoria, dijo el capellan haciendo una profunda inclinacion á su patrona: Orlando Græme espera las órdenes de vuesañoria.

Jóven, dijo ella, nuestro capellan nos ha salido garante de vuestra fidelidad, y por tanto hemos determinado encargarnos de



ciertas comisiones en nuestra villa de Kinross.

No lo hagais, señora, si me quereis creer, dijo su nieto con mucha frialdad.

Ya yo sé que vos no lo aprobais, dijo la señora con alguna viveza.—Pero supongo que convendréis en que la madre de vuestro padre tiene bastante experiencia para saber conducirse en estas materias; y prosiguió: tomarás el esquife, Orlando, y dos de mis criados, que te darán Dryfesdale ó Baudal, é irás á buscar ciertos articulos de plata y mueblaje que el ordinario de Edimburgo debió dejar anoche en Kinross.

Puesto que ha de ser, añadió Jorje Douglas, entregad este paquete á un criado nuestro que hallareis en la villa esperándole. Es el parte para mi padre, añadió mirando á su abuela, quien convino en ello con una inclinacion de cabeza.

Ya he dicho al reveren lo señor Henderson, contestó Orlando, que antes de encargarme de la comision de vueseñoria, seria necesario obtener el permiso de mi ilustre ama, á la cual me será imposible servir hoy.

Ved que asi sea, hijo mio, dijo la dama; el escrúpulo del jóven es honrado.

Señora, con vuestro permiso quisiera que me dispensárais de entrometerme en la

presencia de Maria tan temprano, contestó Douglas con la mayor indiferencia: quizá no le sea á ella grato, y por cierto que á mí no me es agradable.

Pues yo, contestó la Castellana, aunque su humor se ha mejorado de algun tiempo á esta parte, no tengo el mas mínimo deseo de esponerme á su picante sátira.

Si me lo permitis, señora, dijo el capellan, yo mismo tendré el honor de llevar vuestro mensaje á la reina. En tanto tiempo como há que habito en el castillo, esa señora no se ha dignado concederme una audiencia particular, ni prestar por un solo momento oidos á mi doctrina: y no obstante, asi Dios haga fructificar mis esfuerzos, como el principal objeto que me moviera á venir aqui, fué el ardiente deseo que tengo de salvar su alma, dándola á conocer el verdadero sendero que debe seguir para alcanzarlo.

Cuidado, señor Henderson, dijo Douglas con tono sarcástico; no vayais á emprender una aventura que no esté reservada para vos. Sois instruido y conoceis el adajio de *Ne accesseris in consilium nisi vocatus*. ¿Quién os mete en esa empresa?

¿Quién? contestó el predicador levantando los ojos al cielo; el amo á cuyo servicio

he entrado. Aquel que me manda que trabaje, ya sea el tiempo oportuno para ello ó no.

Paréceme, continuó el jóven Douglas, que conoceis harto poco las córtés de los príncipes de la tierra.

Asi es con efecto, replicó Henderson; pero pienso como mi maestro Knox, y nada espantoso veo en la cara de una mujer hermosa.

Hijo mio, dijo Lady Leven, no resfríeis el celo de ese santo varon; dejadle que lleve el mensaje á esa desventurada dama.

Con el mayor placer, señora; prefiero mil veces que lo haga él y no yo. Y no obstante, algo habia en sus modales que parecia en contradiccion con sus palabras.

El ministro con esto, seguido de Orlando Græme, pasó á la torre de la reina, y habiendo solicitado el permiso de entrar, le fué concedido. Hallóla ocupada con sus damas en bordar como de costumbre. Recibió Maria al predicador con aquella encantadora afabilidad que usaba en casos ordinarios con cuantas personas se la acercaban; en tanto que él, al dar cuenta de su mision, manifestaba hallarse mucho mas turbado de lo que imaginara. Al fin, empezó diciendo: La buena señora de Leven, con permiso de V. A.....

En esto se paró, y Maria le contestó con una sonrisa: en verdad que mi alteza tendria mucho placer en que la buena señora Lady Leven fuera como vos decís. Mas continuad: ¿Qué desea Lady Leven?

Desea, señora, contestó el capellan, que V. G. permita que este su paje Orlando vaya á Kinross, á fin de recibir algunos efectos que deben haber llegado allí, destinados al mejor adorno de las habitaciones de V. G., y consisten principalmente en objetos de plata y tapicerías.

Escusada me parece la ceremonia de Lady Leven, contestó la reina: ¿á qué solicitar mi permiso para hacer lo que solo depende de su voluntad? Sobrado se nos alcanza que á no estar este caballero mas á sus órdenes que á las nuestras, no le fuera permitido servirnos por tanto tiempo. Mas sea como fuere, damos con mucho gusto permiso para que vaya á esa comision, y os aseguramos que no es nuestro real ánimo que nadie, sea quien fuere, se vea en la dura cautividad que Nos sufrimos.

¡Ah, señora! es tan natural á nuestra débil naturaleza estar descontenta con su prision terrestre! Y no obstante, algunos ha habido que supieran hacer tan buen uso del

tiempo que pasaron en un encierro, que en él aseguraron su eterna felicidad.

Comprendo lo que decirme quereis, caballero, replicó la reina. He oido á vuestro apostol; sí, al mismo John Knox: esto baste para que entendais, que en el caso de ser pervertida, preferiria serlo por el mas hábil y poderoso de los herejes, antes que por uno de sus discípulos.

Señora, contestó el predicador; no al labrador mas hábil concede Dios siempre la mas abundante cosecha. Las mismas palabras que en vano oyérais de la boca de aquel, que con justicia llamais el apostol de los protestantes, en medio de la confusion y mundana alegría de vuestra córte, pueden ayudadas por la gracia divina producir el deseado efecto, ahora que os hallais con la tranquilidad y espacio que este asilo proporciona. Bien sabe Dios, ilustre dama, que hablo con toda la humildad de un hombre, que asi se compararia á los ánjeles inmortales, como al santo varon que habeis nombrado. Sino que tan solo con que consintiérais en dedicar al uso mas noble, sublime y santo, la habilidad y talento que todo el mundo reconoce en vos; tan solo con que nos permitiérais concebir alguna esperanza de que es-

cuchéaris y pesaréis las razones que yo pueda alegar en contra de la ciega supersticion é idolatría en que fuérais educada, os juro, señora, que á la mas leve indicacion vuestra de que os hallábais dispuesta á hacer esto, los mas hábiles de mis hermanos, el mismo John Knox, volarían á este sitio, y consideraria el rescate de vuestra sola alma como el triunfo mayor....

Quédoos sumamente obligada por vuestra buena voluntad, dijo la reina interrumpiéndole. Pero como al presente no tengo sino una sola sala de audiencia, confieso que no me gustaria verla convertida en un sínodo de herejes.

Al menos, señora, de rodillas os suplico no os obstineis en permanecer ciega en vuestros errores. Oid á un hombre que ha llorado y pedido constantemente al cielo vuestra salvacion; que ha ayunado y pasado innumerables noches en plegarias por vuestra conversion, y que está pronto á morir en el momento que un acontecimiento de tamaño interés para la Escocia se llegue á verificar. Sí, señora, con tal que me fuera permitido derribar la última columna del gentilismo que queda en esta tierra, gustoso moriría bajo sus ruinas.

No quiero insultar á vuestro celo, señor capellan, contestó la reina, diciéndoos que sois mas capaz de hacer reir á los filisteos, que de vencerlos. Vuestra caridad exige mi reconocimiento, pues la espresais con calor y buena intencion. Pero pensad y tened tan buena opinion de mí, como yo la tengo de vos; y creed que me anima un deseo vivísimo de volveros al verdadero camino de la salvacion.

Si tal es vuestro generoso propósito, señora, contestó Henderson con ahinco, ¿quién impide que dediquemos alguna porcion del mucho tiempo que al presente teneis de sobra, para discutir una cuestion tan importante? Los hombres todos dicen, señora, que poseeis profundos conocimientos y talento; yo no poseo tales ventajas, pero me siento fuerte en la bondad de mi causa. Por tanto, permitid que discutamos y tratemos de descubrir cuál de los dos está equivocado.

No por cierto, maese Henderson, contestó la reina; jamas por buena opinion que tuviera de mí misma, me atreveria á entrar en semejante discusion con un doctor y polemista como vos. Ademas, que el desafio no es igual; puesto que vos podriais retiraros siempre que conociérais que llevábais lo peor

de la batalla, mientras que yo carezco de esa libertad, y no puedo decir: *esta discusion me importuna. Quisiera estar sola.*

Al pronunciar estas palabras, inclinó la reina la cabeza con cortesía, y Henderson, cuyo celo aunque ardiente, no se estendia hasta á hacerle faltar á la delicadeza, hizo una profunda reverencia, y se preparó para salir.

Antes de que lo verificase, le dijo la reina con mucha cortesania: no me tengais en mala opinion, señor capellan: quizá si mi estancia en este castillo se prolongara, lo que espero no se verifique, puesto que ó mis rebeldes vasallos se arrepentirán de su deslealtad, ó mis fieles valedores obtendrán la superioridad; pero en fin, si como he dicho se prorogase mi cautiverio, es muy posible no tenga inconveniente en escuchar á un hombre que parece tan compasivo como vos; y aun podria ser que me aventurase á esponer mi debilidad, procurando recordar y repetiros las razones que los doctores y concilios han dado en favor de la fé que sigo. Lo dejaremos empero para otro dia; y en el entretanto, decid á Lady Leven que emplee á mi paje en cuanto y como lo tenga por conveniente; y á fin de no inspirar sospechas, no quiero hablarle ni



una sola palabra antes de su partida: y volviéndose al doncel añadió: Orlando, amigo, no perdais esta ocasion de divertirlos; bailad, cantad, corred y saltad, que todo eso puede hacerse en tierra firme; mientras que seria forzoso que tuviese azogue en las venas el que intentase hacerlo aquí.

¿Es posible, señora, que á tales cosas inciteis á este jóven, exclamó el predicador, mientras que el tiempo vuela y la eternidad se abalanza! ¿Creeis acaso que nuestra salvacion pueda ganarse por medio de una ociosa alegria, ó con otros elementos que no sean de miedo y temblor?

No soy yo capaz ni de temer ni de temblar, buen capellan, contestó la reina; tales emociones son desconocidas á Maria Stuardo. Pero creed que si mi tristeza y mis lágrimas pueden hacer que Dios perdone á ese mancebo algunas horas de inocente y pueril diversion, pronta estoy á pagar por él.

Pero, señora, dijo el predicador; ved que os equivocais en eso: nuestras lágrimas y todo nuestro arrepentimiento no bastan para espiacion de nuestros propios pecados, mucho menos para la de los ajenos, como vuestra iglesia falsamente enseña.

¿Me perdonareis, señor capellan, dijo la

reina, que os ruegue os trasladeis á otro sitio? Hállome algo indispueta, y en verdad que tanta disputa me causa algunas náuseas. Tú, Orlando, toma esta bolsita: y volviéndose al capellan, dijo enseñándole el contenido: ved, que solo contiene estas pocas monedas de oro, las cuales, aunque tienen mi propia efijie, nunca sirvieran sino para acarrearne enemigos; y en esta parte se parecen á mis vasallos, que toman las armas contra mí, invocando mi propio nombre. Toma, añadió, este bolsillo á fin que no carezcas de medios para divertirte. No dejes de traerme noticias de Kinross; solo que has de cuidar sean tales, que las puedas decir sin escitar sospechas, ni causar ofensa delante del reverendo capellan y de la noble dama de Leven.

Henderson conoció que era ya indispensable retirarse, y lo hizo sin saber si alegrarse ó sentir el resultado de su entrevista con Maria. Lo que no parecerá estraño si se considera el arte que aquella señora poseia en grado eminente de eludir con el mayor disimulo toda conversacion que la era desagradable ú ofensiva.

Orlando dejó tambien la presencia de la reina en compañia del predicador; pero andando de espaldas como convenia á la ma-

jestad de Maria, y al hacer en la puerta la profunda reverencia de uso, notó que Catalina, sin que nadie pudiese verlo, ponía un dedo sobre sus labios como queriendo decir: cuidado con no olvidar lo que ha pasado entre los dos.

En seguida fué á recibir las últimas órdenes de la Castellana, quien le dijo: Parece que hoy hay fiestas y farándulas en la villa. La autoridad de mi hijo no ha sido aun suficiente para estirpar las antiguas idolatrías de los curas romanos, que parecen haber echado raíces en el corazón de esos viles pecheros. No os mando que os abstengais de participar de esas mundanas diversiones, puesto que eso sería preparar un lazo á vuestra locura, ó enseñaros á mentir; pero al menos participad de esas vanidades con moderacion, y aprended á considerarlas como cosas á que pronto debereis renunciar del todo. Nuestro Senescal de Kinross, Lucas Lundin, ó como él ridiculamente se apellida, el doctor Lundin, os dirá lo que debéis hacer en el encargo que llevais. Acordaos de que se ha confiado en vos, y mostraos digno de confianza.

Si recordamos que los años de nuestro paje no llegaban aun á diez y nueve, y que

habia pasado su vida en el solitario y silencioso castillo de Avenel, escepto las pocas horas que estuvo en Edimburgo y su residencia en Leven (la cual por cierto no contribuyera mucho á ensanchar su conocimiento del mundo), concebirémos fácilmente la alegría que ajitaba su corazon con la perspectiva de las diversiones que le esperaban en la villa. Fuése corriendo á su cuarto, y revolvió todo su guardarropa que no estaba mal provisto, gracias sin duda al mismo rejente que le enviara sus vestidos de Edimburgo. Hasta entónces, por espreso mandato de la reina no habia llevado sino luto; porque segun ella decia, no convenia que sus criados vistiesen de otro color, ínterin permaneciese en el estado en que se encontraba. Mas ahora que iba á lucir sus galas fuera del castillo, escojió entre todas las mas alegres. Púsose un jubon de escarlata acuchillado con raso negro (que era la librea de la casa real de Escocia): peinóse y aromatizó su larga cabellera: arregló su cadena de oro y medalla al rededor de la copa de un castor de la última moda, y se colgó del lado, pendiente de un tahalí ricamente bordado, la preciosa espada que recibiera de un modo tan misterioso. Con esto, con su hermosa presencia, franco

y risueño rostro, bien podia decirse que habria pocos jóvenes en Escocia que le pudieran ser comparados. Bien hubiera querido tornar á despedirse de la reina y de sus damas; pero no lo permitió el tétrico Dryfesdale que le condujo de seguida al bote, diciéndole:

No, amiguito; no queremos que haya audiencia privada: puesto que quieren por fuerza tener confianza en vos, yo cuidaré de que no caigais en tentacion; y añadió con aire del mayor desprecio mirando á sus alegres vestidos: ¿Qué es eso, camarada? mirad que si hallais en la feria algun saltimbanque de esos que andan á la farándula con monos y otros animales, es muy probable que os coja, tomándoos por uno de ellos.

¿Y por qué lo decis? preguntó Orlando: no creo que mis vestidos os hayan costado nada.

Ni á ti tampoco á buen seguro, replicó el mayordomo; que si asi fuera, á fé que tu equipaje estaria mas conforme con tu mérito y situacion.

Con dificultad pudo el paje reprimir la respuesta que se le vino á la lengua, pero lo hizo; y embozándose en su capa de color de escaflata, se metió en el bote que le esperaba,

y al punto dos remeros, tan deseosos como él mismo de ver las fiestas de Kinross, le hicieron volar con toda la fuerza de sus robustos brazos hácia la opuesta orilla. En el momento que empezara á vogar el bote, imaginóse Orlando que veía la hermosísima cara de Catalina asomada con precaucion á una estrecha ventanilla; quitóse al punto el sombrero, y le movió en el aire en señal de que la habia visto y se despedia: un pañizuelo blanco ajitado por un instante contestó á su saludo, y con esto en todo el resto del viaje, asaz corto, la idea de Catalina fué la única que ocupara sus pensamientos y su corazon. A medida que se aproximaba el bote á la orilla, empezóse á distinguir el sonido de la música con la gritería de los feriantes; y apenas tocó en tierra, cuando Orlando corrió en busca del chambelan, á fin de despachar cuanto antes su comision, y quedar libre para disponer á placer del tiempo que le quedaba.

FIN DEL TOMO II.







1970  
Mep 10





